

66

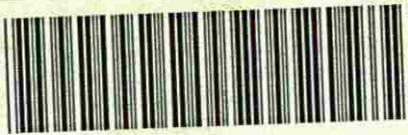
VIVAR

ROMANCES

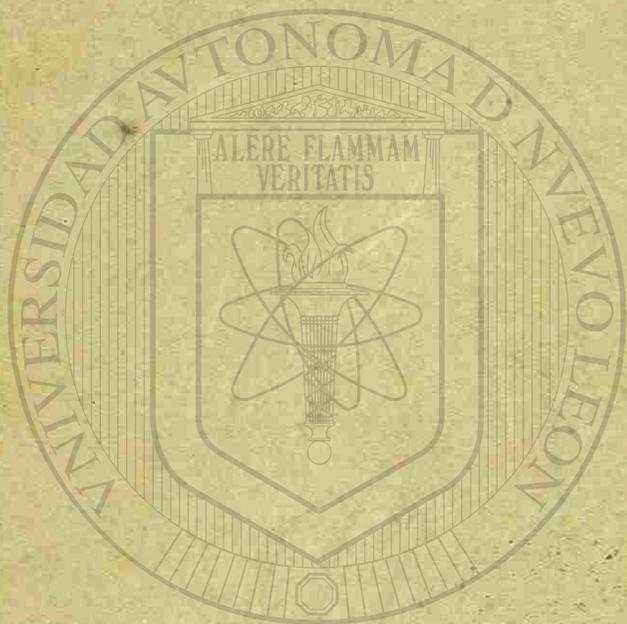
DEL CID

PQ5366
-A5

R.C.



1020027175



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

U A N L



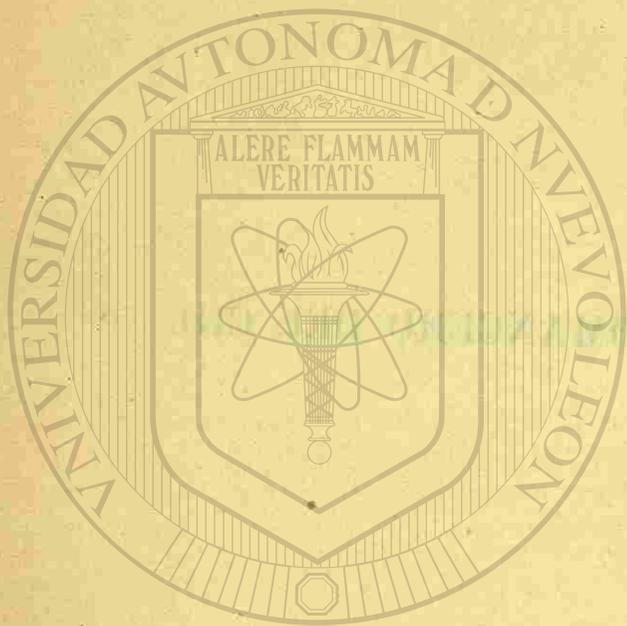
ROMANCERO DEL CID.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

32477



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
PARÍS

35453

ROMANCERO DEL CID

ó

COLECCION DE

ROMANCES CASTELLANOS

QUE TRATAN DE LA VIDA Y HAZANAS

FONDO
DE
RICARDO COVARRUBIAS

RODRIGO DIAZ DE VIVAR

EL CID CAMPEADOR.



CASA EDITORIAL GARNIER HERMANOS

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

098543

861



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PQ6366
.AS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REY"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

05280

PRÓLOGO.

« El Aquiles de nuestra patria, el héroe de nuestra iliada y de nuestra epopeya », para valernos de las mismas palabras que el ilustre Pidal (1), « el Castellano mas conocido en el mundo por sus proezas y por su fama (2), en una palabra Rodrigo Diaz de Vivar, el *Cid Campeador*, tiene el raro privilegio de que lleven su nombre los dos monumentos más antiguos de la poesía heroica castellana que han llegado á nuestros días (3), la *Crónica rimada*, ó como la designa generalmente el señor de los Rios, *Leyenda de las Mocedades de Rodrigo*, y el *Poema de los Rios*; y no fueron estos sin embargo los primeros libros en que se resumieron las grandes hazañas del tan temido castellano: algunos años antes compúsose en lengua latina y por autores desconocidos de nosotros, un *Cantar* (4) y una *Historia de Rodrigo Diaz el Campeador* (5), designada generalmente entre los eruditos con el nombre de historia leonesa (6). Tenemos en prosa castellana una *Crónica del Cid*, cuyo

(1) *Revista de Madrid*, série 2ª, t. III, pág. 308.

(2) *Rodrigo el Campeador*, estudio histórico por D. Manuel Malo de Molina, Madrid, 1857, pág. xiv.

(3) *Historia crítica de la literatura española*, por D. José Amador de los Rios, tomo III, pág. 68.

(4) Escrito, según Du Meril, á principios del siglo XIV.

(5) *Gesta Roderici Campidocti*. Fue descubierto este precioso libro por el erudito Fray Manuel Risco, continuador de la *España sagrada*, en la biblioteca de San Isidro de Leon, y después de mil vicisitudes ha venido á parar á la biblioteca de la Real Academia de la Historia, donde actualmente se conserva.

(6) Por haberse descubierto, como venimos de decir, en la biblioteca de la ciudad de Leon.

manuscrito fué hallado en el monasterio de san Pedro de Cardeña, otra *Crónica* que forma parte de la *Estoria de Espanna*, escrita toda ó en parte (1) por don Alfonso el Sabio. El profundo historiador de nuestra literatura (2) menciona además otras dos Crónicas del Cid, impresa la una en 1512 por Velorado, y la otra en 1498 con el título de *tractado de los fechos de Ruy Diaz*. En cuanto al *Romancero del Cid*, que publicamos á continuacion, ni podemos señalarle autor, — ni época en que se compuso, pues consta de una infinidad de romances de diferentes épocas.

Los escritos que acabamos de mencionar, y las crónicas, leyendas y tradiciones árabes, son las fuentes á que han recurrido todos los historiadores, nacionales y extranjeros, que se han propuesto estudiar esta época de nuestra historia é ilustrar este primer periodo de la literatura patria (3).

La vida del insigne caudillo, cuyo nombre es «invocado por los guerreros como nuncio de victoria, por los patricios como simbolo de libertad, por los caballeros como espejo de hidalguia, y pronunciado por todos con solemne admiracion y respeto (4)», debe ser conocida de nuestros lectores, por lo que no nos detendremos en narrarla con

(1) No han faltado escritores que nieguen que la *Estoria de Espanna*, conocida generalmente con el nombre de *Crónica general*, por haberla denominado así el ilustre don Juan Manuel, fuese obra del rey Sabio. Du Meril, entre otros, supone que fué escrita de orden del rey don Alfonso por don Martin de Córdoba.

(2) Amador de los Rios, *Historia de la literatura española*, tomo III, pág. 71.

(3) A mas de los autores citados, consultense las obras siguientes: Mariana, *Historia de España*; Risco, *la Castilla y el más famoso castellano*; Sandoval, *Historia de los cinco reyes*; Conde, *Historia de la dominacion de los Arabes en España*; Escolano, *Historia de Valencia*; Dozy, *Recherches sur l'histoire politique et littéraire de l'Espagne, pendant le moyen age*; Masdeu, *Refutación crítica de la historia leonesa del Cid*; Quintana, *Vida del Cid*; Lafuente, *Historia de España*; Tieknor, traducción de Gayangos y Vedia, *Historia de la literatura española*; Duran, *Romancero general*; Wolf, *Primavera y flor de romances y Jahrbücher der Litteratur*; Huber, *Geschichte des Cid*; Muller, *Vida del Cid*, introducción á la obra de Herder; Southey, *Crónica del Cid*; Damas Hivard, introducción al *Poema del Cid*, traducido por el mismo; Viardot, *Historia de los Arabes y de los Moros de España*; Boix, *Historia de Valencia*; Gayangos, en varios de sus escritos, *Recuerdos y bellezas de España*, etc., etc.

(4) Amador de los Rios, *Historia crítica de la literatura española*, tomo III, pág. 51.

la debida extension. Solamente con el objeto de tener presente los hechos que se desprenden de la historia y poder luego compararlos con las invenciones mas ó menos fabulosas de los poetas de la antigüedad, trazaremos á grandes rasgos las acciones culminantes de su vida.

Nació Rodrigo Diaz en la aldea de Vivar, cerca de Burgos, por los años de 1040 á 1050, reinando en Castilla don Fernando I. Fueron sus padres don Diego Lainez y doña Teresa Rodriguez. Tuvo la desgracia de perder al primero siendo todavía niño, y ya fuese por los servicios prestados por su padre, ya por otra causa, se sabe que estuvo agregado á la corte del rey don Sancho y que en ella recibió su última educacion, habiendo acompañado mas tarde á su rey como alférez y general de su ejército, una vez armado caballero, en las guerras que sostuvo contra los otros dos Sanchos que reinaban por entonces en Aragon y Navarra. Venció luego á los asturianos y preparó después el cerco de Zamora, tan célebre en la historia como que en él encontró la muerte el rey don Sancho, bajo el puñal asesino del traidor Vellido Dolfos. En la iglesia de Santa Gadea de la ciudad de Burgos tomó Rodrigo el juramento á don Alfonso VI, proclamado rey de Castilla á la muerte de don Sancho, de no haber tomado parte en el trágico fin de este monarca, *por mandato ni por consejo*. «Prestó el rey juramento en union de otros doce caballeros de su vasallaje; pero repetido por segunda y tercera vez, y sonrojado el monarca por semejante insistencia, aun cuando no dejó de jurar, se indignó de tal manera contra Rodrigo, que desde entonces puede decirse formó el propósito de desterrarlo de sus reinos (1).

No se verificó sin embargo el destierro hasta algunos años después, verosimilmente en el de 1080 ó 1081, habiendo ya contraído matrimonio con doña Jimena Diaz, hija del conde de Oviedo y prima hermana del rey. No era, pues, Jimena hija del conde don Gomez de Gormaz, ni este insultó á Diego Lainez, de cuyas resultas se supone murió en desafío á manos de Rodrigo; ni aquella pidió al rey que la casara con el matador de su padre en desagravio del ultraje que habia recibido. Todo este episodio de la vida del Campeador es de pura invencion, como tantos otros á que aluden el Poema y los Romances antiguos.

(1) *Rodrigo el Campeador*, por Malo de Molina, pág. 25.

Desde el año 1081 en que le hallamos en Zaragoza contrayendo amistad y alianza con el rey moro Al-Mutámin hasta el mes de julio de 1098 en que tomó á Murviedro, son tantas sus conquistas y tales sus proezas, que nos es imposible seguirle en estas largas correrías que deben contarse por el número de sus victorias. Mencionaremos solamente sus hechos mas notables y sus mas heroicas hazañas. Entrada en Monzon, « á la vista del ejército de los aliados, por mas que Sancho hubiera jurado que nadie tendría la audacia de hacerlo (1) »; prision del conde Berenguer de Barcelona, después de haber acuchillado su ejército; rápidos triunfos en Aragon; sitio de Morella; derrota completa de las huestes de Sancho Ramiro y de Al Mondhir en los campos del Ebro, en que cayeron prisioneros dos mil soldados con multitud de nobles aragoneses; rendicion de la guarnicion de Polop; « desde Orihuela hasta Jática no dejó un solo muro en pié (2) »; toma de Mora: victoria de Tobar del Pinar, que le costó salir herido; toma de Alberite, Logroño y Alfaro; entrada triunfal en Valencia, después de un largo sitio, el jueves 15 de junio de 1094; toma de Almenara y de Murviedro, que fué la postrimera de sus bazañas.

Derrotado en las inmediaciones de Cuenca, por los Almoravides, el ejército mandado por Alvar Fañez, pariente y compañero del Campeador, y derrotado tambien en Alcira, al saber esta triste nueva el que jamás fué vencido cuando capitaneaba sus guerreros, murió de pesar (julio de 1099). « ¡ Que Dios no use de misericordia con él! » añade el escritor arábigo (3).

Muerto el Campeador, su esposa doña Jimena permaneció en Valencia gobernando la ciudad, que trató de defender contra los Almorabides, pero al cabo de algunos meses de resistencia, abandonó el campo, con todo su ejército, llevándose el cuerpo de su esposo para depositarlo en el claustro del monasterio de San Pedro de Cardaña. Doña Jimena falleció dos años después, en 1104, y fué sepultada al lado de Rodrigo. « En este primer sepulcro, dice un historiador de

(1) Lafuente, *Historia general de España*, tomo IV, pág. 390.

(2) *Id.*, pág. 398.

(3) *Id.*, pág. 423.

nuestros días (1), yació el cuerpo del Cid hasta el año 1272, en que don Alfonso el Sabio mandó construir uno nuevo, compuesto de dos grandes piedras, y lo colocó al lado izquierdo del altar mayor. En dicho sepulcro se grabaron estos versos.

*Quantum Roma potens bellicis extollitur actis,
Virex Arthurus fit gloria quanta Britannis,
Nobilis è Carolo quantum gaudet Francia Magno,
Tantum Iberia duris Cid invictus claret.*

« Y en la circunferencia de la piedra sepulcral se leía :

*Belliger invictus, famosus Marte triumphs,
Clauditur hoc tumulo magnus Didaci Rodericus.*

« En el año 1447, removidos los cimientos de la iglesia de Cardaña, y construida una nueva, los restos del Emperador se pusieron en otro sepulcro al frente de la sacristia, sobre cuatro leones; desde allí se trasladó en 1541 á la pared del lado del Evangelio; pero en octubre de aquel mismo año el emperador Carlos dió una cédula para que se colocase en el centro de la capilla mayor de la iglesia de Cardaña, y allí continúa siendo visitado con respeto y curiosidad de nacionales y extranjeros. »

Segun algunos historiadores el Cid tuvo un hijo varon, llamado Diego Rodriguez, que murió peleando contra los moros en Consuagra. En lo que todos están contestes es en que tuvo dos hijas, llamadas, segun las crónicas y los romanceros, doña Elvira y doña Sol, y segun varios historiadores, entre ellos Dozy y Lafuente, doña Cristina, que casó con el infante don Ramiro de Navarra, y doña Maria, que dio su mano á Ramon Berenguer III, conde de Barcelona.

Acerca del sobrenombre de CAMPEADOR y del título de *mio Cid* con que se designa en las crónicas y en los romances al héroe de Vivar, lo mas probable es que obtuviese aquel, equivalente á *retador peleador* (de la palabra teutonica *champh*, duelo y pelea), en los tiempos de sus

(1) Malo de Molina, *Rodrigo el Campeador*, pág. 150

hazañas, y después de su muerte el de *mío Cid*, sinónimo de *mi señor* (en árabe *sidi*).

No han faltado escritores de nota, tales como Masdeu y Alcalá Galiano, que se hayan atrevido á poner en duda, tocante al Cid, hasta su mismo ser ó existencia (1). Este juicio, por demás temerario, forma un singular contraste con el de escritores que, como Müller y Herder, no titubean en considerar nuestros antiguos romances como documentos históricos fidedignos, suficientes para conocer por ellos la vida de Rodrigo el Campeador. Entre estas dos opiniones tan contrarias, preciso es confesar que el buen sentido aconseja que adoptemos una tercera puesta por Cervántes en boca de uno de sus personajes: « En lo de que hubo Cid, no hay duda, ni menos Bernardo del Carpio; pero de que hicieron las hazañas que dicen, creo que la hay muy grande (2). »

Habiendo apuntado cuanto nos ha parecido necesario acerca de la vida y hechos del *mas famoso castellano*, vamos ahora á consagrar algunas líneas al *Romancero del Cid*, que publicamos á continuacion, dejando para otra ocasion el hablar del *Poema*, de la *Crónica* (3) ó

(1) Palabras textuales de Masdeu en su *Refutacion crítica de la historia leonesa del Cid*, pág. 370.

En cuanto al señor Alcalá Galiano dice terminantemente en la nota del apéndice u, tomo II de la *Historia de España*, de Dunham, lo que sigue: « Sobre si ha existido ó no el Cid está pendiente todavía la disputa; siendo imposible determinar de un modo que no deje lugar á la duda por faltar para ello las competentes autoridades. »

(2) *Don Quijote*, parte I, cap. 49.

(3) « Esta crónica, dice el señor don Agustin Duran, en el Apéndice IV del tomo II de su *Romancero general*, se halla en el *Códice* núm. 9988 de la Biblioteca Real de Paris, descrito por el señor don Eugenio de Ochoa en el *Catálogo de manuscritos españoles*, existentes en dicha Biblioteca, que publicó en Paris, 1844. » Y en el citado Apéndice, dice el señor Duran: « Nuestro erudito y distinguido literato el señor don Eugenio de Ochoa fué el primero que encontró el manuscrito, y le describió haciendo muy oportunas reflexiones acerca de su carácter é importancia. »

El señor Amador de los Rios analiza detenidamente este curioso manuscrito en su excelente y tantas veces citada *Historia crítica de la literatura española*, y en la página 67 del tomo III, escribe las siguientes líneas: « En la *Ilustracion III* de la primera parte indicamos ya que daríamos en este sitio mayor noticia bibliográfica de tan raro monumento. Hallólo en efecto entre los manuscritos españoles de la Biblioteca de Paris, bajo el núm. 9988, y describiólo en el *Catálogo* de dichos manuscritos, que dió

Leyenda de las mocedades de Rodrigo y de los demás escritos relativos á este personaje, anteriores á los Romances. Pero antes de decir una palabra acerca de los del Cid, en particular, digamos algo sobre los romances en general. Dividense estos en históricos, caballerescos, moriscos, pastoriles, vulgares, etc., etc., y como observa muy oportunamente uno de los historiadores de nuestra literatura (1), « lo primero que llama la atencion en los romances antiguos castellanos es el espíritu verdaderamente nacional que en todos y cada uno de ellos domina. »

Son los mas importantes de todos los históricos y entre estos los que han alcanzado mayor celebridad son los relativos al Cid Campeador, sin duda por ser este el héroe predilecto de la poesia popular. La primera edicion de este *Romancero* la hizo Juan de Escobedo y se imprimió en 1612 en Alcalá; contiene ciento sesenta romances, algunos muy antiguos. Otra edicion se hizo en Pamplona en el año 1706; otra en Alemania (Francfort) en 1827; pero la mas completa es la del erudito don Agustin Duran, que forma parte de su célebre *Romancero general* (2). « No existe coleccion alguna de romances antiguos, dice con sobrada razon el inglés Ticknor, que lleve un sello tan marcado del espíritu de la época y del país á que pertenecen, y que constituya una serie tan completa », como los relativos al héroe de Vivar. « Su conjunto ofrece la historia del Cid entera, como no se encuentra en ningun otro documento, ya sea el antiguo *Poema*, que no aspira á ser una vida del héroe, ya la *Crónica* en prosa, que no se remonta

á luz en la referida capital, el año de 1844, nuestro ilustrado amigo el señor don Eugenio de Ochoa. »

Por último, en su estudio histórico sobre *Rodrigo el Campeador*, dice lo siguiente acerca de esta crónica el señor don Manuel Malo de Molina: « Si del mayor interés se juzga el hallazgo del códice de que acabamos de hablar (*Gesta Roderici Campidocti*), de mucha mas estima debe ser para nuestro trabajo el que proporcione el literato don Eugenio de Ochoa, al describir en su *Catálogo de manuscritos existentes la Biblioteca Real de Paris*, el que lleva el título de *Crónica rimada*, del cual no se conservaba la mas remota noticia. »

(1) Ticknor.

(2) O Coleccion de Romances castellanos, anteriores al siglo XVIII, tomos X y XVI de la *Biblioteca de Rivadeneira*.

á sus primeros hechos, ya en fin, el breve y compendioso código latino. »

La hermosa figura de Rodrigo ha inspirado á varios insignes poetas, nacionales y extranjeros, que le han escogido para héroe de sus dramas y tragedias (1). « La gloria de Rodrigo, dice el señor Amador de los Rios, basta sola para alimentar desde su cuna el arte español en las regiones mas elevadas del heroismo, y para sacar de su abatimiento y rudeza al arte de Corneille. Ningun héroe, por grande y celebrado que sea, goza de tan extraordinario privilegio, porque ninguno llega á personificar con tanta fuerza la civilizacion del pueblo que le dá vida, excitando tan enérgica y poderosamente la admiracion de extrañas naciones. » Después de estas elocuentes palabras del ilustrado historiador de nuestra literatura, no nos queda mas que recomendar á los lectores de la coleccion Dramard-Baudry la lectura de los ciento treinta romances que damos aquí del *Romancero del Cid*.

CÁRLOS DE OCHOA.

(1) Guillen de Castro, *Las mocedades del Cid*, de donde tomó Corneille su tragedia titulada *El Cid*; Diamante, *El honrador de su padre*; Harizenbush, *La jura en Santa Gadea*; Fernandez y Gonzalez, *El Cid, Rodrigo Diaz de Vivar*. Tanto en España, como en Francia y otras naciones, se ha puesto varias veces en el teatro la noble figura del Cid.

PRIMERA PARTE

DE LOS ROMANCES DEL CID

QUE TRATA DE SU VIDA

DURANTE EL REINADO DE FERNANDO 1° EL MAGNO.

I. — (Anónimo.)

Non me culpedes si he fecho
Mi justicia y mi deber,
Magüer que siendo pequeño
Me nombraste por juez.
Entre todos me escogistes
Por de mas madura sien,
Porque ficiese derecho
De lo fecho mal y bien.
Non fagats desaguizado
Si al robador enforque,
Que en homes este delito
No causa ninguna prez.
Como de veras me pago,
De las burlas non curé,
Que el que pugna por la honra
Enemigo della fué.
Atended que la justicia,
En burlas y en veras, fué
Vara tan firme y derecha
Que non se pudo torcer.
Verdad, entre burla y juego,
Como es hija de la fe
Es peña que al agua y viento
Para siempre está de un ser.
Miémbraeme que mi abuelo,
En buen siglo su alma esté,
Muchas veces me decia
Aquesto que agora oireis:
« El home en sus manecías
Siempre debiera aprender
A hacer siempre derecho
Cuando en mas burla esté. »
Así fice esta vegada,
Yo cuido que fice bien,
Que sigo un abuelo honrado
Que nadie se quejó del. —
Esto decia Rodrigo,
Afinojado ante el rey,

Delante los que juzgaba
Antes de los años diez.

II. — (Anónimo.)

Cuidando Diego Lainez
En la mengua de su casa,
Fidalga, rica y antigua
Antes que lüigo Abarca,
Y viendo que le fallescen
Fuerzas para la venganza,
Porque por sus luengos días
Por sí no puede tomalla,
No puede dormir de noche,
Nin gustar de las viandas,
Ni alzar del suelo los ojos,
Ni osar salir de su casa,
Nin hablar con sus amigos;
Antes les niega la fabla,
Temiendo que les ofenda
El aliento de su infancia.
Estando, pues, combatiendo
Con estas honrosas bascas,
Para usar desta esperiencia,
Que no le salió contraria,
Mandó llamar á sus hijos,
Y sin decilles palabra
Les fué apretando uno á uno
Las fidalgas tiernas palmas;
No para mirar en ellas
Las quirománticas rayas,
Que este fechicero abuso
No era nacido en España,
Mas prestando el honor fuerzas,
A pesar del tiempo y canas,
A la fria sangre y venas,
Nervios y arterias heladas,
Les apretó de manera
Que dijeron: — Señor, basta,
¿Qué intentas, ó qué pretendes?

á sus primeros hechos, ya en fin, el breve y compendioso código latino. »

La hermosa figura de Rodrigo ha inspirado á varios insignes poetas, nacionales y extranjeros, que le han escogido para héroe de sus dramas y tragedias (1). « La gloria de Rodrigo, dice el señor Amador de los Rios, basta sola para alimentar desde su cuna el arte español en las regiones mas elevadas del heroismo, y para sacar de su abatimiento y rudeza al arte de Corneille. Ningun héroe, por grande y celebrado que sea, goza de tan extraordinario privilegio, porque ninguno llega á personificar con tanta fuerza la civilización del pueblo que le dá vida, excitando tan enérgica y poderosamente la admiración de extrañas naciones. » Después de estas elocuentes palabras del ilustrado historiador de nuestra literatura, no nos queda mas que recomendar á los lectores de la colección Dramard-Baudry la lectura de los ciento treinta romances que damos aquí del *Romancero del Cid*.

CÁRLOS DE OCHOA.

(1) Guillen de Castro, *Las mocedades del Cid*, de donde tomó Corneille su tragedia titulada *El Cid*; Diamante, *El honrador de su padre*; Harizembusch, *La jura en Santa Gadea*; Fernandez y Gonzalez, *El Cid, Rodrigo Diaz de Vivar*. Tanto en España, como en Francia y otras naciones, se ha puesto varias veces en el teatro la noble figura del Cid.

PRIMERA PARTE

DE LOS ROMANCES DEL CID

QUE TRATA DE SU VIDA

DURANTE EL REINADO DE FERNANDO 1° EL MAGNO.

I. — (Anónimo.)

Non me culpades si he fecho
Mi justicia y mi deber,
Magüer que siendo pequeño
Me nombraste por juez.
Entre todos me escogistes
Por de mas madura sien,
Porque ficiese derecho
De lo fecho mal y bien.
Non fagats desaguizado
Si al robador enforque,
Que en homes este delito
No causa ninguna prez.
Como de veras me pago,
De las burlas non curé,
Que el que pugna por la honra
Enemigo della fué.
Atended que la justicia,
En burlas y en veras, fué
Vara tan firme y derecha
Que non se pudo torcer.
Verdad, entre burla y juego,
Como es hija de la fe
Es peña que al agua y viento
Para siempre está de un ser.
Miémbraeme que mi abuelo,
En buen siglo su alma esté,
Muchas veces me decia
Aquesto que agora oireis:
« El home en sus manecías
Siempre debiera aprender
A hacer siempre derecho
Cuando en mas burla esté. »
Así fice esta vegada,
Yo cuido que fice bien,
Que sigo un abuelo honrado
Que nadie se quejó del. —
Esto decia Rodrigo,
Afinojado ante el rey,

Delante los que juzgaba
Antes de los años diez.

II. — (Anónimo.)

Cuidando Diego Lainez
En la mengua de su casa,
Fidalga, rica y antigua
Antes que lüigo Abarca,
Y viendo que le fallecen
Fuerzas para la venganza,
Porque por sus luengos días
Por sí no puede tomalla,
No puede dormir de noche,
Nin gustar de las viandas,
Ni alzar del suelo los ojos,
Ni osar salir de su casa,
Nin hablar con sus amigos;
Antes les niega la fabla,
Temiendo que les ofenda
El aliento de su infancia.
Estando, pues, combatiendo
Con estas honrosas bascas,
Para usar desta experiencia,
Que no le salió contraria,
Mandó llamar á sus hijos,
Y sin decilles palabra
Les fué apretando uno á uno
Las fidalgas tiernas palmas;
No para mirar en ellas
Las quirománticas rayas,
Que este fechicero abuso
No era nacido en España,
Mas prestando el honor fuerzas,
A pesar del tiempo y canas,
A la fria sangre y venas,
Nervios y arterias heladas,
Les apretó de manera
Que dijeron: — Señor, basta,
¿Qué intentas, ó qué pretendes?

Suéltanos ya, que nos matas. —
Mas cuando llegó á Rodrigo,
Casi muerta la esperanza
Del fruto que pretendia,
Que á do no piensan se halla,
Encarnizados los ojos
Qual furiosa tigre hircana,
Con mucha furia y denuedo
Le dice aquestas palabras:
— Soltedes, padre, en mal hora,
Soltedes, en hora mala,
Que á no ser padre, no hiciera
Satisfacción de palabras,
Antes con la mano mesma
Vos sacára las entrañas,
Faciendo lugar el deo
En vez de puñal ó daga. —
Y llorando de gozo el viejo
Dijo: — Fijo de mi alma,
Tu enojo me desenoja,
Y tu indignación me agrada.
Eso brios, mi Rodrigo,
Muéstralos en la demanda
De mi honor que está perdido,
Si en tí no se cobra y gana. —
Contóle su agravio, y dióle
Su bendición, y la espada
Con que dió al conde la muerte,
Y principio á sus fazañas.

III. — (Anónimo.)

Pensativo estaba el Cid,
Viéndose de pocos años,
Para vengar á su padre
Matando al conde Lozano.
Miraba el bando temido
Del poderoso contrario,
Que tenía en las montañas
Mil amigos asturianos:
Miraba como en las córtes
Del rey de Leon Fernando
Era su voto el primero,
Y en guerras mejor su brazo.
Todo le parece poco
Respecto de aquel agravio,
El primero que se ha fecho
A la sangre de Lain Calvo.
Al cielo pide justicia,
A la tierra pide campo,
Al viejo padre licencia,
Y á la honra esfuerzo y brazo.
Non cuida de su niñez,
Que en naciendo, es costumbrado

A morir por casos de honra
El valiente fidalgo.
Descolgó una espada vieja
De Mudarra el castellano,
Que estaba vieja y mohosa
Por la muerte de su amo:
Y pensando que ella sola
Bastaba para el descargo,
Antes que se la ciñese
Así le dice turbado:
— Faz cuenta, valiente espada,
Que es de Mudarra mi brazo,
Y que con su brazo riñes,
Porque suyo es el agravio.
Bien sé que te correrás
De verte así en la mi mano,
Mas no te podrás correr
De volver atrás un paso.
Tan fuerte como tu acero
Me verás en campo armado;
Tan bueno como el primero
Segundo dueño has cobrado,
Y cuando alguno te venza,
Del torpe fecho enojado,
Fasta la cruz en mi pecho
Te esconderé muy airado.
Vamos al campo, que es hora
De dar al conde Lozano
El castigo que merece
Tan infame lengua y mano. —
Determinado va el Cid,
Y va tan determinado,
Que en espacio de una hora
Quedó del conde vengado.

IV. — (Anónimo.) (1)

Non es de sesudos homes,
Ni de infanzones de pro,
Facer denuesto á un fidalgo
Que es temido mas que vos.
Non los fuertes barraganas
Del vuestro ardid tan feroz
Prueban en homes ancianos
El su juvenil furor:
No son buenas fechorias
Que los homes de Leon
Fieran en el rostro á un viejo,
Y no el pecho á un infanzon.
Cuidárais que era mi padre
De Lain Calvo sucesor,
Y que no sufren los tuertos
Los que han de buenos blason.
Mas ¿ cómo vos atrevisteis

A un home, que solo Dios,
Siendo yo su fijo, puede
Facer aquesto, otro non?
La su noble faz ñublasteis
Con nube de deshonor,
Mas yo desfaré la niebla,
Que es mi fuerza la del sol;
Que la sangre desperde
Mancha que finca en la honor,
Y ha de ser, si bien me lembro,
Con sangre del malhechor:
La vuesa, conde tirano,
Lo será, pues su fervor
Os movió á desguisado,
Privándoos de razon.
Mano en mi padre pusisteis
Delante el rey con furor,
Cuidá que lo denostasteis,
Y que soy su fijo yo.
Mal fecho fecisteis, conde,
Yo vos reto de traidor,
Y catad si vos atiendo
Si me causareis pavor.
Diego Lainez me fizo
Bien centrado en su crisol,
Probaré en vos mi fiereza
Y en vuesa falsa intencion.
Non vos valdrá el ardimiento
De mañero lidiador.
Pues para vos combatir
Traigo mi espada y troton. —
Aquesto al conde Lozano
Dijo el buen Cid Campeador,
Que despues por sus fazañas
Ese nombre mereció.
Dióle la muerte y vengóse,
La cabeza le cortó,
Y con ella ante su padre
Contento se afinó.

V. — (Anónimo.) (1)

Consolando al noble viejo
Está el valiente Rodrigo,
Apercibiendo venganza
Y resistiendo suspiros.
Viendo al venerable anciano
Tan sin razon desmentido,
Yantar no puede bocado,
Que nunca yantó ofendido.
— Non vos dé pena, señor,
El tuerto que el conde os fizo,
Que cuando se atrevió á vos,
Non cuidaba era yo vivo:
Las lágrimas que verteis

Dan en mi alma hilo á hilo,
Y como van á su centro
Conviértense en rayos vivos.
Por el alto Dios del cielo,
Y en fe que soy vuestro fijo,
Que os he de facer vengado
O me mataré á mi mismo.
Dadme vuesa bendición
Con la que habeis pretendido
En piedra de vuestro honor
Probar los quilates míos.
Siendo vos mi ensayador,
Tanto de punto he subido
Que presto vereis el flu
Que á vuestro mal dió principio. —
Tomó una espada y rodela
Y de secreto se ha ido,
Vido al conde paseando,
Y estas palabras le ha dicho:
— Conde, lozano estaredes
De aqueste gran valentio,
Porque posastes la mano
Donde home humano ha podido.
Si, por la divina ley
Sabeis que fué permitido
La ofensa que se hizo al padre
Que la restauren los fijos.
Aunque acá por la del duelo,
Por ser de noventa y cinco,
El mio no está cargado,
Vos lo estais y desmentido;
Que el que está en cuerpo de guarda,
O es de la edad que he dicho,
Ni agravia ni es afrentado,
Por las razones que he dicho;
Y antes que muera de pena,
O non llegue de corrido,
Vengo por vuestra cabeza,
Porque se la he prometido. —
Faciendo del menosprecio,
El conde se ha sonreído.
— Vete, rapaz, non te faga
Azotar cual paje niño. —
Poniendo mano el buen Cid
Con gran cólera le ha dicho:
— La razon con la nobleza
Mas vale que diez amigos. —
Son tan soberbios los golpes,
Y tan sin reparo han sido,
Que la cabeza del cuerpo
En un punto ha dividido:
Por los cabellos la lleva,
Y dándola al padre dijo:
— Quien os trató mal en vida
Catalde á vuestro servicio. —

(1) El asunto de este romance está incluido en el de: «Consolando al noble viejo,» del *Romance general*.

(1) El mismo asunto del anterior.

vi. — (Anónimo.)

Llorando Diego Lainez
Yace sentado á la mesa,
Vertiendo lágrimas tristes
Y tratando de su afrenta,
Y trasportándose el viejo,
La mente siempre inquieta,
De temores muy honrados
Va levantando quimeras,
Cuando Rodrigo venia
Con la cortada cabeza
Del conde, vertiendo sangre,
Y asida por la melena.
Tiró á su padre del brazo
Y del sueño lo recuerda,
Y con el gozo que trae
Le dice de esta manera :
— Veis aquí la yerba mala,
Para que vos comais buena ;
Abrid, mi padre, los ojos,
Y alzad la faz, que ya es cierta
Vuesa honra, y ya con vida
Os resucita de muerta.
De su mancha está lavada,
A pesar de su soberbia,
Que hay manos que no son manos,
Y esta lengua ya no es lengua.
Yo os he vengado, señor,
Que está la venganza cierta
Cuando la razon ayuda
A aquel que se arma con ella. —
Piensa que lo sueña el viejo,
Mas no es así, que no sueña,
Sino que el llorar prolijo
Mil caractéres le muestra ;
Mas al fin alzó los ojos
Que fidalgas sombras ciegan,
Y conoció á su enemigo,
Aunque en la mortal librea.
— Rodrigo, hijo del alma,
Encubre aquesa cabeza,
No sea otra Medusa
Que me trueque en dura piedra,
Y sea tal mi desventura
Que antes que te lo agradezca
Se me abra el corazón
Con alegría tan cierta.
¡ O conde Lozano infame !
El cielo de ti me engañe,
Y mi razon, contra ti,
Ha dado á Rodrigo fuerzas.
Siéntate á yantar, mi hijo,

Do estoy, á mi cabecera,
Que quien tal cabeza trae,
Será en mi casa cabeza.

vii. — (Anónimo.)

Día era de los reyes,
Día era señalado,
Cuando dueñas y doncellas
Al rey piden aguinaldo,
Si no es Jimena Gomez,
Hija del conde Lozano,
Que puesta delante el rey
Desta manera ha hablado :
— Con mancilla vivo, rey,
Con ella vive mi madre ;
Cada día que amanece
Veo quien mató á mi padre
Caballero en un caballo
Y en su mano un gavilane ;
Otras veces un halcon
Que trae para cazare,
Y por me hacer mas enojo
Céballo en mi palomare :
Con sangre de mis palomas
Ensangrentó mi brial.
Enviéselo á decir.
Envióme á amenazare
Que me cortará mis haldas
Por vergonzoso lugare (1),
Me forzará mis doncellas
Casadas y por casare ;
Matárame un pagedico
So haldas de mi brial.
Rey que no hace justicia
No debía de reinare,
Ni cabalgar en caballo,
Ni espuela de oro calzare,
Ni comer pan en manteles,
Ni con la reina holgare,
Ni oír misa en sagrado,
Porque no merece mase. —
El rey de que aquesto oyera
Comenzára de hablare :
— ¡ Oh válame Dios del cielo !
Quiérame Dios consejare :
Si yo prendo ó mato al Cid,
Mis córtes se volverane ;
Y si no hago justicia
Mi alma lo pagaráe.
— Ten tú las tus córtes, rey,
No te las revuelva nadie,
Y al que á mi padre mató

Dámelo tú por iguante,
Que quien tanto mal me hizo
Sé que algun bien me harae.
Entonces dijera el rey,
Bien oíreis lo que dirae :
— Siempre lo oí decir,
Y agora veo que es verdade,
Que el seso de las mugeres
Que non era naturale :
Hasta aquí pidió justicia,
Ya quiere con él casare :
Yo lo haré de muy buen grado,
De muy buena voluntad.
Mandarle quiero una carta,
Mandarle quiero llamare. —
Las palabras no son dichas,
La carta camino vae,
Mensagero que la lleva
Dado la habia á su padre.
— Malas mañas habeis, conde ;
No os las puedo yo quitare,
Que cartas que el rey os manda
No me las querais mostrare.
— No era nada, mi hijo,
Sino que vades allae,
Quedaos vos aquí, mio hijo,
Yo iré en vuestro lugare.
— Nunca Dios tal cosa quiera
Ni santa María lo mande,
Sino que adonde vos fuéredes
Que allá vaya yo delante.

viii. — (Anónimo.) (1).

En Búrgos está el buen rey
Asentado á su yantare,
Cuando la Jimena Gomez
Se le vino á querellare.
Cubierta toda de luto,
Tocas de negro cendale
Las rodillas por el suelo
Comenzára de hablare :
— Con mancilla vivo, rey,
Con ella murió mi madre,
Cada día que amanece
Veo al que mató á mi padre
Caballero en un caballo
Y en su mano un gavilane.
Por facerme mas despecho
Céballo en mi palomare,
Mátame mis palomillas
Criadas y por criare,
Le sangre que sale dellas
Teñido me ha mi brial :
Enviéselo á decir,

Envióme á amenazare.
Rey que non face justicia
Non debiera de reinare,
Ni cabalgar en caballo,
Ni con la reina hablare,
Ni comer pan á manteles,
Ni menos armas armare. —
El rey cuando aquesto oyera
Comenzára de pensare :
— Si yo prendo ó mato al Cid
Mis córtes revolveránse ;
Pues si lo dejo de hacer
Dios me lo ha de demandare.
Mandarle quiero una carta,
Mandarle quiero á llamare. —
Las palabras no son dichas,
La carta camino vae,
Mensagero que la lleva
Dado la habia á su padre.
Cuando el Cid aquesto supo
Así comenzó á hablare :
— Malas mañas habeis, conde,
Non vos las puedo quitare,
Que carta que el rey vos manda
No me la quereis mostrare.
— Non era nada, mi hijo,
Sino que vades allae,
Fincad vos acá, mi hijo,
Que yo iré en vuestro lugare.
— Nunca Dios lo tal quisiesse
Ni santa María su madre,
Sino que donde vos fuéredes
Tengo yo de ir adelante.

ix. — (Anónimo.)

Reyes moros en Castilla
Entran con grande alarido ;
De moros son cinco reyes,
Lo demas mucho gentio.
Pasaron por junto á Búrgos,
A Montes Doña han corrido,
Y corriendo á Belforado,
Tambien á Santo Domingo,
A Nájera y á Logroño,
Todo lo habian destruido.
Llevan presa de ganados,
Muchos cristianos cautivos,
Hombres muchos y mugeres,
Y tambien niñas y niños.
Ya se vuelven á sus tierras
Bien andantes y muy ricos,
Porque el rey, ni otro ninguno,
A quitárselo han salido.
Rodrigo cuando lo supo

(1) Este trozo de romance hasta donde dice :
« Rey que no hace justicia, » es casi una repeti-
cion de algunos versos que se hallan en el

primero de los siete infantes de Lara, que
dice : « A Calatrava la vieja. »

(1) Version del anterior.

En Vivar el su castillo
 (Mózo es de pocos días,
 Los veinte años no ha cumplido),
 Cabalga sobre Babieca,
 Y con él los sus amigos,
 Apellidára á la tierra,
 Mucha gente le ha venido.
 Gran salto diera en los moros :
 En Montes Doça el castillo
 Venciera todos los moros,
 Y prendió los reyes cinco.
 Quitárales la gran presa
 Y gentes que iban cautivos.
 Repartiera las ganancias
 Con los que le habían seguido,
 Los reyes trajera presos
 A Vivar, el su castillo;
 Entrególos á su madre ;
 Ella los ha recibido,
 Soltólos de la prisión,
 Vasallage han conocido,
 Y á Rodrigo de Vivar
 Todos lo han bendecido.
 Loaban su valentía,
 Sus parias le han prometido,
 Fuéronse para sus tierras
 Cumpliendo lo que habían dicho.

X. — (Sepúlveda.)

De Rodrigo de Vivar
 Muy grande fama corria,
 Cinco reyes ha vencido,
 Moros de la morería.
 Soltólos de la prisión
 Do melidos los tenia,
 Quedaron por sus vasallos,
 Sus parias le prometian.
 En Búrgos estaba el rey,
 Que Fernando se decia ;
 Aquesa Jimena Gomez
 Ante el buen rey parecia :
 Humilládose había ant'él,
 Y su razon proponia :
 — Fija soy yo de don Gomez,
 Que en Gormáz condado había,
 Don Rodrigo de Vivar
 Le mató con valentia ;
 La menor soy yo de tres
 Hijas que el conde tenia,
 Y vergo á os pedir merced
 Que me hagais en este día,
 Y es que aqueso don Rodrigo
 Por marido yo os pedia.
 Ternéme por bien casada,
 Honrada me contaria,
 Que soy cierta que su hacienda
 Ha de ir en mejoría,

Y él mayor en el estado
 Que en la vuestra tierra había.
 Hareisme así gran merced,
 Hacer á vos bien vernia,
 Porqu'es servicio de Dios,
 Y yo le perdonaria
 La muerte que dió á mi padre,
 Si él aquesto concedia. —
 El rey hobo por muy bien
 Lo que Jimena pedia,
 Escreibiérale sus cartas,
 Que viniese, le decia,
 A Plasencia donde estaba,
 Qu'es cosa que le cumplia.
 Rodrigo, que vió las cartas
 Que el rey Fernando le envia,
 Cabalgó sobre Babieca,
 Muchos en su compañía :
 Todos eran hijosdalgo
 Los que Rodrigo traia,
 Armas nuevas traian todos,
 De una color se vestian,
 Amigos son y parientes,
 Todos á él lo seguian.
 Trecientos eran aquellos
 Que con Rodrigo venian.
 El rey salio á recibirlo,
 Que muy mucho lo queria,
 Dijole el rey : — Don Rodrigo,
 Agradézcoos la venida,
 Que aquesa Jimena Gomez
 Por marido á vos pedia.
 Y la muerte del su padre
 Perdonada os la tenia :
 Yo vos ruego que lo hagais,
 Dello gran placer habria,
 Hacervos be gran merced,
 Muchas tierras os daria.
 — Pláceme, rey, mi señor,
 Don Rodrigo respondia,
 En esto y en todo aquello
 Que tu voluntad seria. —
 El rey se lo agradeció ;
 Desposados los había
 El obispo de Palencia,
 Y el rey dádole había
 A Rodrigo de Vivar
 Mucho mas que antes tenia,
 Y amóle en su corazón,
 Que todo lo merecía.
 Despidiérase del rey,
 Para Vivar se volvía,
 Consigo lleva su esposa,
 Su madre la recebia :
 Rodrigo se la encomienda
 Como á su persona misma ;
 Prometió como quien era
 Que á ella no llegaría

Hasta que las cinco huestes
 De los meros no vencia.

XI. — (Anónimo.)

A Jimena y á Rodrigo
 Prendió el rey palabra y mano
 De juntarlos para en uno
 En presencia de Lain Calvo.
 Las enemistades viejas
 Con amor las olvidaron,
 Que donde preside amor,
 Se olvidan muchos agravios.
 El rey dió al Cid á Valduerna,
 A Saldaña y Belforado,
 Y á San Pedro de Cardaña,
 Que en su hacienda vincularon.
 Entróse á vestir de boda
 Rodrigo con sus hermanos ;
 Quitóse gola y arnes
 Resplandeciente y grabado,
 Púsose un medio botarga
 Con unos vivos morados,
 Calzas, valona tudésca
 De aquellos siglos dorados,
 Eran de grana de polvo
 Y de vaca los zapatos,
 Con dos hebillas por cintas
 Que le apretaban los lados ;
 Camison redondo y justo
 Sin filetes ni recamos
 (Que entonces el almídon
 Era pan para muchachos),
 Con jubon de raso negro,
 Ancho de manga, estofado,
 Que en tres ó cuatro batallas
 Su padre lo había sudado.
 Una acuchillada cuera
 Se puso encima del raso,
 En remembranza y memoria
 De las muchas que había dado ;
 Una gorra de contray
 Con una pluma de gallo,
 Llevaba puesto un tudesco
 En felpa todo aferrado,
 La Tizona rabitlesa
 Del mundo terror y espanto,
 En tiros nuevos traia
 Que costaron quatro cuartos.
 Mas galan que Gerineldos
 Baja el Cid famoso al patio,
 Donde rey, obispo y grandes
 En pié estaban aguardando.
 Tras esto bajó Jimena
 Tocada en toca de papos,
 Y no con estas quimeras
 Que agora llaman hurraços.
 De paño de Lóndres fino

Era el vestido bordado,
 Unas garnachas muy justas
 Con un chapín colorado,
 Un collar de ocho patenas
 Con un san Miguel colgando,
 Que apreciaron una villa
 Solamente de las manos.
 Llegaron juntos los novios,
 Y al dar la mano y abrazo,
 El Cid mirando la novia
 Le dijo todo turbado :
 — Maté á tu padre, Jimena,
 Pero no á desaguizado,
 Matéle de hombre á hombre
 Para vengar cierto agravio.
 Maté hombre, y hombre doy,
 Aquí estoy á tu mandado,
 Y en lugar del muerto padre
 Cobraste marido honrado. —
 A todos pareció bien,
 Su discrecion alabaron,
 Y así se hicieron las bodas
 De Rodrigo el castellano.

XII. — (Anónimo.)

A su palacio de Búrgos,
 Como buen padrino honrado,
 Llevaba el rey á yantar
 A sus nobles afijados.
 Salen juntos de la iglesia
 El Cid, el obispo y Lain Calvo.
 Con el gentío del pueblo
 Que les iba acompañando.
 Por la calle adonde van
 A costa del rey gastaron
 En un arco muy polido
 Mas de treinta y quatro cuartos.
 En las ventanas alfombras,
 En el suelo juncia y ramos,
 Y de trecho á trecho había
 Mil trobas al desposado.
 Salíó Pelayo hecho toro
 Con un paño colorado,
 Y otros que le van siguiendo,
 Y una danza de lacayos.
 Tambien Antolin salíó
 A la gínetá en un asno,
 Y Pelaez con vejigas
 Fuyendo de los moachachos.
 Diez y seis maravedis
 Mandó el rey dar á un lacayo
 Porque espantaba á las fembras ;
 Con un vestido de diablo.
 Mas atras viene Jimena
 Trabándola el rey la mano,
 Con la reina su madrina,
 Y con la gente de manto.

Por las rejas y ventanas
Arrojaban trigo tanto,
Que el rey llevaba en la gorra,
Como era ancha, un gran puñado,
Y á la homildosa Jimena
Se le metian mil granos,
Por la marquesota, al cuello,
Y el rey se los va sacando.
Envidioso dijo Suero,
Que lo oyera el rey, en alto:
— Aunque es de estimar ser rey,
Estimára mas ser mano. —
Mandóle por el regulebro
El rey un rico penacho,
Y á Jimena le rogó
Que en casa le dé un abrazo.
Fablándola iba el rey,
Mas siempre la fabla en vano,
Que non dirá discrecion
Como la que faz callando.
Llegó á la puerta el gentío
Y partiéndose á dos lados,
Quedóse el rey á comer
Y los que eran convidados.

XIII. — (Anónimo.)

Domlugo por la mañana
Cuando el claro sol salió
Mas alegre que otras veces
Por gozar de la ocasion,
Don Rodrigo de Vivar,
El que la palabra dió
De casarse con Jimena,
Ese dia la cumplió:
Y para ir á la iglesia
A tomar la bendicion,
Por mostrar lo que valia
¡ Oh qué galan que salió !
Que de raso columbino
Llevaba un rico jubon,
Calza colorada y justa,
Porque su gusto ajustó,
Bohemio de paño negro,
De raso la guarnicion,
La manga larga y angosta
Con capilla de buitron,
Jaqueta lleva de raja
Y en ella mucho brahon,
Y las faldetas tan cortas
Que se parece el jubon:
Lleva un cinto tachonado,
De plata los cabos son,
Pendiente lleva del cinto

Un doblado mocador:
Zapatos lleva de seda
De un amarillo color,
Abiertos y scuchillados,
Porque era acuchillador:
Un collar de piedras y oro
Que al muerto suegro sirvió,
La gorra lleva con plumas,
Y un labrado camison,
Y la tizonada espada
(A quien él mucho estimó)
De terciopelo morado
Los tiros y vaina son.
Todos los grandes le aguardan
Cuantos en la corte son:
Sale el Cid, y hácenle campo,
Porque era Cid Campeador.
El rey le lleva á su lado,
Que en hacerlo adivinó
Que de otros muy muchos reyes
Rodrigo le hará señor.
Todos le llevan en medio
En órden y procesion,
Y para ir á la iglesia
Todos se mueven á un son.

XIV. — (Sepúlveda.) (1)

Ya se parte don Rodrigo
Que de Vivar se apellida
Para visitar Santiago,
Adonde va en romeria.
Despidióse de Fernando,
Aquese rey de Castilla,
Que le dió muchos haberes,
Sin dones que dado habia.
Veinte vasallos consigo
Llevaba en su compania,
Mucho bien y gran limosna
Hacia por donde iba,
Daba á comer á los pobres,
Y á los que pobreza habian.
Siguiendo por su camino
Muy grande llanto oia,
Que en medio de un tremedal
Un gajo triste plañia,
Dando voces que lo saquen
Por Dios y santa Maria,
Rodrigo cuando lo oye
Para el gajo se venia,
Descendiera de la bestia,
En tierra se descendia:
En la silla lo subió,
Delante si lo ponía;

Llegaron á la posada
Do albergaron aquel dia.
Sentados son á cenar,
Comian á una escudilla.
Gran enojo habian los suyos
De aquesto que el Cid hacia,
No quieren estar presentes,
A otra posada se iban.
Hicieron al Cid y al gajo
Una cama en que dormian
Ambos, cuando á media noche,
Ya que Rodrigo dormia,
Un soplo por las espaldas
El gajo dado le habia,
Tan recio fué que á los pechos
A don Rodrigo salia.
Despertó muy espantado,
Al gajo buscado habia:
No lo hallaba en la su cama,
A voces lumbre pedia.
Traídole habian la lumbre,
El gajo no parecia,
Tornado se habia á la cama,
Gran cuidado en si tenia
De lo que le aconteciera,
Mas vió un hombre que á él venia
Vestido de paños blancos,
Y que aquesto le decia:
— ¿ Duermes ó velas, Rodrigo?
— No duermo, le respondia,
Pero dime quién tú eres
Que tanto resplandecias.
— San Lázaro soy, Rodrigo,
Yo, que á te hablar venia;
Yo soy el gajo á que tú
Por Dios tanto bien hacias.
Rodrigo, Dios bien te quiere,
Otorgado te tenia
Que lo que tú comenzares
En lides, ó en otra guisa,
Lo cumplirás á tu honra
Y crecerá cada dia.
De todos serás temido,
De cristianos y morisma,
Y que los tus enemigos
Empecerte no podrian;
Morirás, tú, muerte honrada,
No tu persona vencida.
Tú serás el vencedor,
Dios su bendicion te envia. —
En diciendo estas palabras
Luego se desaparecia.
Levantóse don Rodrigo
Y de hinojos se ponía,
Dió gracias á Dios del cielo,
También á santa Maria;
Así estuvo en oracion
Hasta que fuera de dia.

Partiérase á Santiago,
Su romeria cumplia;
De allí se fué á Calahorra,
Adonde el buen rey yacia.
Muy bien lo habia recebido,
Holgóse con su venida,
Lidió con Martin Gonzalez
Y en el campo lo vencía.

XV. — (Sepúlveda.)

Sobre Calahorra esa villa
Contienda se ha levantado
Entre el buen rey de Leon,
Llamado el primer Fernando,
Y Ramiro de Aragon
Cuyo reino es el nombrado,
Que ambos los reyes dicen
Que es villa de su reinado.
Por quitar muertes y guerras
Los reyes han acordado
Que lidien dos caballeros,
Cada uno de su bando,
Y el que de aquestos venciese
Que su rey la haya á su mando.
Fernando nombró á Rodrigo
De Vivar el muy nombrado,
Ramiro á Martin Gonzalez,
Muy valiente y esforzado.
Armados ambos que son
En el campo son entrados.
En haciendo la señal
Muy recio se han encontrado;
Quebraron ambos las lanzas,
Quedaron muy lastimados,
Mal feridos de los fierros,
De los encuentros pasados.
Martin le dijo á Rodrigo,
De esta suerte le habia hablado:
— Mucho, Rodrigo, vos pese
De haber sido tan osado
De entrar conmigo en batalla
De do saldreis mal pagado,
Que aquesa vuesa cabeza
Aquí quedará en el campo:
Non volvereis á Castilla
Ni á Vivar el vuestro estado,
Ni Jimena vuestra esposa
Jamás vos verá á su lado,
Aunque dicen que la amais
Y que della sois amado. —
De las palabras que ha dicho
Mucho á Rodrigo ha pesado,
Y con saña muy crecida
Así le habian hablado:
— Sois, Martin, buen caballero,
Notad lo por vos hablado,
Aquesas vuestras palabras

(1) Hay otro del mismo autor que empieza: « Celebradas ya las bodas, » que trata de igual asunto

No son de hombre esforzado,
Que aquesta lid comenzada
Por manos se habrá librado,
Non por razones livianas
De que sois tan abastado.
En la mano de Dios es
Lo que habeis vos razonado,
Y él daré la honra á quien
Viere qu'es bien empleado. —
Dijo, y con crecido enojo
Para él se fué denodado,
Muchas heridas le dió,
En tierra lo ha derribado
Don Rodrigo se apeó,
La cabeza le ha cortado,
Y la sangre de su espada
Luego la había limpiado.
Las rodillas por el suelo,
Las manos puestas en alto,
Muchas gracias daba á Dios
Que tal victoria le ha dado,
Y dijoles á los jueces,
Esto les ha preguntado:
— ¿Queda aquí mas por hacer
Para que sea del reinado
De mi señor Calahorra
Sobre que se ha batallado? —
Respondieron todos juntos:
— No, caballero esforzado,
Que en la batalla pasada
El derecho le es quitado
A Ramiro, aqueso rey
Que decia ser de su estado. —
Fernando abrazó á Rodrigo,
Tiénelo por estimado,
Del rey era muy querido,
De todo el mundo loado.

xvi. — (Anónimo.)

Al arma, al arma sonaban
Los pifaros y atambores;
Guerra, fuego, sangre dicen
Sus espantosos clamores.
El Cid apresta su gente,
Todos se ponen en órden,
Cuando llorosa y humilde
Le dice Jimena Gómez:
Rey de mi alma, y desta tierra conde,
¿Porqué me dejas? dónde vas? adónde?
Que si eres Marte en la guerra,
Eres Apolo en la corte,
Dónde matas bellas damas
Como allá moros feroces.
Ante tus ojos se postran
Y de rodillas se ponen
Los reyes moros, las hijas
De reyes cristianos nobles:

Rey de mi alma, etc.

Ya truecan todos las galas
Por lucidos morriones,
Por arneses de Milan
Los blandos paños de Lóndres:
Las calzas por duras grebas,
Por mallas guantes de flores;
Mas nosotros trocaremos
Las almas y corazones.

Rey de mi alma, etc.

Viendo las duras querellas
De su querida consorte,
No puede sufrir el Cid
Que no la consuele y lllore.
— Enjugad, señora, dice,
Los ojos hasta que torne. —
Ella mirando los suyos
Su pena publica á voces:
Rey de mi alma, y desta tierra conde,
¿Porqué me dejas? dónde vas? adónde?

xvii. — (Sepúlveda.)

Muy grandes huestes de moros
A Estremadura corrian,
Captivan muchos cristianos,
Acorro ninguno habian.
A Rodrigo de Vivar
Los acorra le pedian,
Don Rodrigo como bueno
Sus gentes luego apellida.
Amigos son y parientes
Todos los que le venian;
En busca va de los moros,
La su seña va tendida.
El iba por capitán,
Sobre si buena loriga,
Cabalga sobre Babieca;
Placer es de ver cual iba.
Animando va á los suyos:
— Nadie muestre cobardía,
Pues que todos sois hidalgos
De los buenos de Castilla,
Muramos como valientes,
Aqui es bien perder la vida. —
Entre Atienza y San Esteban
Que de Gormáz se decia,
Alcanzado habian los moros,
Lid campal habian ferida.
Don Rodrigo los venció,
Libra la gente captiva,
Quitábales los ganados,
Siete leguas los seguía:
Tantos mató de los moros
Que contarse no podian;
Gran haber ganára dellos,
Captivos en demasía.
Doscientos son los caballos

Que á don Rodrigo cabian,
Cien mil marcos el despojo:
El todo lo repartia
Entre toda la su gente
Comunmente, sin cobdicia:
A Vivar se habia tornado
Con gran honra que adquiria:
De todos es muy loado
Y del rey á maravilla

xviii. — (Anónimo.)

La noble Jimena Gomez,
Hija del conde Lozano,
Con el Cid, marido suyo,
Sobremesa estaba hablando.
Triste, quejosa y corrida
En ver que el Cid haya dado
En despreciar su compañía
Por preciarse de soldado,
Sospechaba que el enojo
Del muerto conde Lozano
Vengaba de nuevo en ella,
Aunque estaba bien vengado;
Y con este sentimiento,
Tiernamente suspirando,
Con lágrimas amorosas
Así le dijo llorando:

— ¡ Desdichada la dama cortesana
Que casa lo mejor que casar puede,
Y dichosa en extremo la aldeana,
Pues no hay quien de su bien la desherede!
Pues si amanece sola á la mañana,
No hay sueño por la tarde que la vede
De anochecer al lado de su cuyo,
Segura de la ausencia y daño suyo.
No la despiertan sueños de pelea
Sino el sediento hujuelo por el pecho;
Con dársele y mercele se recrea,
Dejándole dormido y satisfecho.
Piensa que todo el mundo está en su aldea,
Y debajo un pajizo y pobre techo
De dorados palacios no se cura,
Que no consiste en oro la ventura.

Viene el disanto, múdase camisa
Y la saya de boda alegremente,
Corales y patena por divisa
De gozo y libertad que el alma siente:
Vase al solaz, y en él con gozo y risa
A la vecina encuentra ó al pariente,
De cuyas rudas pláticas se goza
Y en años de vejez la juzgan moza. —

No quiso el Cid que Jimena
Se le aqueje y duela tanto,
Y en la cruz de su Tizona,
Espada que ciñe al lado,

Le jura de no volver
Mas al fronterizo campo,
Y vivir gozando della
Y de su noble condado.

xix. — (Anónimo.)

Espántame, mi Rodrigo,
Que teniendo ya esperiencia
De la fe que hay en mi alma,
Si es fe la que amor gobierna,
Que así de mí os ausenteis,
Pues se sabe que una ausencia
Suele mudar á las veoes
Una arraigada firmeza.
Yo no sé qué desengaño
Aquestas cosas os muestra,
O porqué así me tratáis,
Si no es que quereis que muera,
Pues que con larga ausencia
A Jimena quitáis vida y paciencia.
Finais en que os adoro,
Y no mirais la inclemencia
Del tiempo, que como tiempo
Cualquier tiempo atras se deja.
No os amenazo, Rodrigo,
Que no es tal vuestra Jimena
Que os fará desaguizado,
Aunque zelos la hagan guerra.
Por dicha, ¿ qué veis en mí
Que á dejarme así os convenza?
Direis que os faltó el querer
Porque os sobró mi firmeza,
Pues que con larga ausencia
A Jimena quitáis vida y paciencia.
¡ Ay pechos de hombres ingratos!
Si las fembras conocieran
Vuestra tan cierta mudanza,
¿ Cómo ninguna os creyera!
¿ Dó están, Rodrigo, los lloros,
Las palabras halagüeñas,
Los falsos ofrecimientos
Llenos de faldas promesas?
Todo el tiempo lo ha mudado,
De todo solo me queda
Para mi triste consuelo
Tierno lloro y tierna queja,
Pues con tan larga ausencia
A Jimena quitáis vida y paciencia.

xx. — (Anónimo.)

Cercada tiene á Coimbra
Aqueso buen rey Fernando,
Siete años duró el cerco
Que jamas lo hubo quitado,
Porque el lugar es muy fuerte,
De muros bien torreado.

No hay vianda en el real,
Que todo lo habian cañado.
Ya quieren alzar el cerco,
Al rey monges han llegado
De aquese gran monasterio
Que nombrado era Lormano,
Que con trabajo crecido
Habian mucho trigo alzado,
Mucho mijo y aun legumbres,
Y al rey todo se lo han dado,
Rogándole no alce el cerco,
Que darian vianda abasto.
El rey se lo agradeció,
Tomó lo que le fué dado,
Partiólo por sus compañías,
Viandas les han abondado :
Quebrantaron muchos muros,
Los moros se han amistado.
Dádose habian al rey
La villa y todo su algo,
Solo fincan con las vidas
Que el rey se las ha otorgado.
En tanto que dura el cerco
Un romero habia llegado
Que viene de allá de Grecia
Al apóstol Santiago.
Astiano habia por nombre,
Obispo es intitulado.
Faciendo estaba oracion
Ante el apostol muy santo.
Astianos oyó decir
Que el apóstol Santiago
Entraba en las grandes lides
Armado y en un caballo
A pelear con los moros
En favor de los cristianos.
El obispo que lo oyó
Muy mucho le habia pesado :
— Non le digais caballero,
Pescador era llamado. —
Y con esta gran porfia
Dormido se habia quedado.
Santiago se le apareeó
Con llaves en la su mano,
Y con muy alegre rostro
Dijo : — Tú faces escarnio
Por llamarme caballero,
Y en ello tanto has cuidado,
Vengo yo ahora á mostrarte,
Porque no dudes en vano.
Caballero soy de Cristo,
Ayudador de cristianos
Contra el poder de los moros,
Y dellos soy abogado. —
Estando en estas razones

Traido le fué un caballo,
Blanco era y muy hermoso,
Santiago le ha cabalgado
Guarnido de todas armas,
Limpias, blancas, relumbrando,
Y á guisa de caballero
A ayudar va al rey Fernando,
Que yace sobre Coimbra
Habia ya siete años.
— Y con estas llaves mismas,
Dijo, que llevo en mis manos,
Abriría yo el lugar;
Mañana el día llegado
Daréselo yo al rey
Que lo ha tenido cercado. —
Y en aquesta propia hora
Al rey la habia entregado.
Nombróse Santa María
La mezquita que han hallado
Consagrándola en su nombre,
Y en ella se habia armado
Caballero don Rodrigo
De Vivar el afamado.
El rey le ciñó la espada,
Paz en la boca le ha dado,
No le diera pescozada
Como á otros habia dado,
Y por hacerle mas honra
La reina le dió el caballo,
Y doña Urraca la infanta
Las espuelas le ha calzado.
Novecientos caballeros
Don Rodrigo habla armado,
Mucha honra le hace el rey
Y mucho fuera loado
Porque fuera muy valiente
En ganar lo que es contado,
Y en otros muchos lugares
Que á su rey ha conquistado.

xxi. — (Anónimo.) (1)

En Zamora está Rodrigo
En corte del rey Fernando,
Padre del rey sin ventura
A quien llamaron don Sancho,
Quando llegan mensageros
De los reyes tributarios
A Rodrigo de Vivar,
Al qual dicen humillados :
— Buen Cid, á ti nos envian
Cinco reyes tus vasallos,
A te pagar el tributo
Que quedaron obligados,
Y por señal de amistad

(1) Es al mismo asunto del de : « En Zamora estaba el rey, » por Sepúlveda.

Te envian mas, cien caballos,
Veinte blancos como arniños,
Y veinte rucios rodados,
Treinta te envian morcillos,
Y otros tantos alazanos,
Con todos sus guarnimientos
De diferentes brocados ;
Y á mas á doña Jimena
Muchas joyas y tocados,
Y á vuestras dos hijas bellas
Dos jacintos muy preciados,
Dos cofres de muchas sedas
Para vestir tus fidalgos. —
El Cid les dijera : — Amigos,
El mensaje habeis errado,
Porque yo no soy señor
Adonde está el rey Fernando :
Todo es suyo, nada es mio,
Yo soy su menor vasallo. —
El rey agradeció mucho
La humildad del Cid honrado,
Y dijo á los mensageros :
— Decidles á vuestros amos
Que aunque no es rey su señor,
Con un rey está sentado,
Y que cuanto yo poseo
El Cid me lo ha conquistado,
Y que yo estoy muy contento
En tener tan buen vasallo. —
El Cid despidió á los moros
Con dones que les ha dado,
Siendo dende allí adelante
El Cid Ruiz Diaz llamado,
Apellido, entre los moros,
De home de valor y estado.

xxii. — (Anónimo.)

La silla del buen sant Pedro
Victor papa la tenia,
Y el emperador Enrique
Ante él se humilló y decia :
— Ante vos, el padre santo,
Mi querella proponia
Contra aquese rey Fernando
Que á Castilla y Leon tenia,
Porque todos los cristianos
Por señor me obedecian,
Solo él no me conoce
Ni mi tributo me envia :
Constreñidle, santo padre,
Que me obedezca este día. —
El papa envió su mandado
En que pedido le habia
Que le fuese tributario,
So pena que enviaria
Y daría su cruzada
Porqué no le obedecia.

Muchos reyes que allí estaban,
Que en concilio presidian,
Retaban al rey Fernando
Si esto cumplir no queria.
El rey cuando vió las cartas
Pena recibido habia,
Porque si esto va adelante,
A sus reinos mal vendria.
A los sus honrados homes
Su consejo les pedia,
Ellos al rey aconsejan
Faga lo que le pedian,
Porque de ser obediente
Al papa á él convenia,
Y si hacerlo no quiere
A sus reinos mal vendria,
Porque vendrán contra el
Reyes que lo desañan.
No estuvo en este consejo
El buen Cid, que ido se habia
A ver á Jimena Gomez,
Su esposa que bien queria,
Y habia muy poco tiempo
Que el buen Cid la conocia.
Estando hablando en esto
Don Rodrigo entrado habia,
El rey cuando vido al Cid
Lo que ha pasado decia,
Y rogólo le aconseje
Lo que sobre eso haria.
El Cid cuando tal oyó
El corazon le dolia :
Fabló su razon al rey,
Desta manera decia :
— Rey Fernando, vos nacisteis
En Castilla en fuerte día,
Si en vuestro tiempo ha de ser
A tributos sometida,
Lo cual nunca fué hasta aquí,
Gran deshonra nos seria :
Cuanta honra Dios nos dió
Si tal faceis es perdida.
Quién esto vos aconseja
Vuestra honra no queria,
Ni de vuestro señorío
Que á vos, rey, obedecia.
Enviad vuestro mensaje
Al papa y á su valia,
Y á todos desañad
De vuesa parte y la mia
Pues Castilla se ganó
Por los reyes que ende habia,
Ninguno les ayudó
De moros á la conquista.
Mucha sangre les costó,
La vida me costaria
Antes que pagar tributo,
Pues á nadie se debía. —

El rey lo tuvo por bien
Lo que el buen Cid le decia :
Al papa envió el mensaje,
Y por merced le pedia
No ayude tal sinrazon
Sobre lo que no la habia ;
Y al emperador Enrique
Y á aquellos que lo seguian,
A todos desafiaba,
Y que buscarlos queria.
Ocho mil y novecientos
Caballeros ya venian,
Parte de ellos son del rey,
Y otros que el buen Cid tenia :
Por capitan general
A don Rodrigo tenian,
Pasaron los puertos de Aspa,
Y al encuentro les salia
Ramon, conde de Saboya,
Con muy gran caballeria.
Con el Cid hubo batalla,
La lid fué mucho ferida,
Mas Rodrigo venció al conde
Y en la prision lo ponía
Soltólo con las rehenes
De una hija que tenia,
En ella hubo el buen rey
Un hijo que se decia
Don Fernando, cardenal
De ese reino de Castilla.
Tambien don Rodrigo Diaz
Otra batalla vencía
Del mayor poder de Francia
Que al encuentro le salía,
Sin que el rey se hallase en ella,
Que atras quedádose habia.
Los reyes y emperadores
Con toda la su valia
Cuando vieron el estrago
Que el buen Cid haciendo iba,
Por merced piden al papa
Que al rey Fernando le escriba
Que á Castilla se volviese,
Que tributo no querian,
Que contra el poder del Cid
Ninguno se ampararia
El rey cuando vió el mensaje
A su tierra se volvia,
Túvose por muy contento,
Y al Cid se lo agradecia.

XXIII. — (Anónimo.) (1)

A concilio dentro en Roma
El padre santo ha llamado.
Por obedecer al papa

Este noble rey Fernando
Para Roma fué derecho
Con el Cid acompañado.
Por sus jornadas contadas
En Roma se han apeado ;
El rey con gran cortesía
Al papa besó la mano,
Y el Cid y sus caballeros
Cada cual de grado en grado.
En la iglesia de San Pedro
Don Rodrigo habia entrado,
Do vido las siete sillas
De siete reyes cristianos,
Y vió la del rey de Francia
Junto á la del padre santo,
Y la del rey su señor
Un estado mas abajo.
Fuése á la del rey de Francia,
Con el pie la ha derribado,
La silla era de marfil,
Hecho la ha cuatro pedazos,
Y tomó la de su rey
Y subióla en lo mas alto.
Habló allí un honrado duque
Que dicen el saboyano :
— Maldito seas, Rodrigo,
Del papa descomulgado,
Porque deshonraste un rey
El mejor y maspreciado. —
Oyendo el Cid sus razones
Vesta manera ha hablado :
— Dejemos los reyes, duque,
Y si os sentis agraviado,
Hayámoslo entre los dos,
De mí á vos sea demandado. —
Allegóse cabe el duque,
Un gran fempujon le ha dado
El duque sin responder
Se quedó muy mesurado.
El papa cuando lo supo
Al Cid ha descomulgado ;
Sabiéndolo el de Vivar,
Ante el papa se ha postrado.
— Absolvedme, dijo, papa,
Sino seraos mal contado. —
El papa, padre piadoso,
Respondió muy mesurado :
— Yo te absuelvo, don Ruy Diaz,
Yo te absuelvo de buen grado,
Con que seas en mi corte
Muy cortés y mesurado.

XXIV. — (Anónimo.)

En los solares de Búrgos
A su Rodrigo aguardando

Tan en cinta está Jimena,
Que muy cedo aguarda el parto.
Cuando ademas dolorida,
Una mañana en disanto,
Bañada en lágrimas tiernas
Tomó la pluma en la mano,
Y despues de haberle escrito
Mil quejas á su velado,
Bastantes á domeñar
Unas entrañas de mármol,
De nuevo tomó la pluma
Y de nuevo tornó al llanto,
Y desta guisa le escribe
Al noble rey don Fernando.
« A vos, mi señor el rey,
« El bueno, el aventurado,
« El magno, el conqueridor,
« El agradecido, el sabio,
« La vuesa sierva Jimena,
« Fija del conde Lozano,
« A quien vos marido disteis
« Bien así como barlando,
« Desde Búrgos os saluda
« Donde vive lacerando :
« Las vuestas andauzas buenas
« Llévevoslas Dios al cabo.
« Perdonadme, mi señor,
« Si no os fablo muy en salvo,
« Que si mal talante os tengo
« Non puedo disimullalo.
« ¿ Qué ley de Dios vos enseña
« Que podais por tiempo tanto,
« Cuando aincáis en las lides,
« Descasar á los casados ?
« ¿ Qué buena razon consiente
« Que á un garzon bien domeñado,
« Falagüeno y homildoso,
« Le mostreis á ser leon bravo,
« Y que de noche y de dia
« Le traigais atraillado
« Sin soltaile para mi
« Sino una vez en el año ?
« Y esa que me le soltais,
« Hasta los pies del caballo
« Tan teñido en sangre viene
« Que pone pavor mirallo ;
« Y cuando mis brazos toca,
« Luego se duerme en mis brazos,
« En sueños gime y forceja,
« Que cuida que está lidiando.
« Apenas el alba rompe
« Cuando lo estan acuetando
« Las escolcas y adalides
« Para que se vuelva al campo.
« Llorando vos lo pedí,
« Y en mi soledad cuidando
« De cobrar padre y marido,
« Ni uno tengo, ni otro alcanzo ;

« Que como otro bien no tengo
« Y me lo habedes quitado,
« En guisa le lloro vivo
« Cual si estuviera finado.
« Si lo faceis por honraile,
« Mi Rodrigo es tan honrado
« Que no tiene barba y tiene
« Cinco reyes por vasallos.
« Yo finjo, señor, en cinta
« Que en nueve meses he entrado,
« Y me podran empecer
« Las lágrimas que derramo.
« Non permitais se malogren
« Prendas del mejor vasallo
« Que tiene cruces bermejas
« Ni á rey ha besado mano.
« Respondedme en puridad
« Con lotras de vuesa mano,
« Aunque al vueso mandadero
« Le pague yo su aguinado.
« Dad este escrito á las llamas,
« Non se faga de palacio,
« Que á malos barruntadores
« Non me será bien contado. »

XXV. — (Anónimo.)

Pidiendo á las diez del dia
Papel á su secretario,
A la carta de Jimena
Responde el rey por su mano.
Despues de hacer la cruz
Con cuatro puntos y un rasgo,
Aquestas palabras finca
A guisa de cortesano :
« A vos, Jimena la noble,
« La del marido envidiado,
« La homildosa, la discreta,
« La que cedo espera el parto.
« El rey que nunca vos tuvo
« Talante desmesurado
« Vos envia sus saludes
« En fe de quereros tanto.
« Decisme que soy mal rey
« Y que descaso casados,
« Y que por los mis provechos
« Non entro de vuestos daños :
« Que estais de mi querellosa
« Decis en vuestos despachos,
« Que non vos suelto el marido
« Sino una vez en el año,
« Y que cuando vos le suelto,
« En lugar de falagaros
« En vuestos brazos se duerme,
« Como vengo tan cansado.
« Si suplérades, señora
« Que vos quitaba el velado
« Por mis enamoramientos,

(1) Del asunto de este romance se hace mencion en la parte 1. cap. 19 del Quijote.

« Fuera con razon quejaros,
 « Mas si solo vos lo quito
 « Para lidiar en el campo
 « Con los moros convecinos,
 « Non vos fago mucho agravio.
 « A non vos tener en cinta,
 « Señora, el vueso velado,
 « Creyera de su dormir
 « Lo que me habedes contado;
 « Pero si os tiene, señora,
 « Con el brial levantado...
 « No se ha dormido en el lecho,
 « Si espera en vos mayorazgo:
 « Y si en el parto primero
 « Un marido os ha faltado,
 « No importa, que sobra un rey
 « Que os fará cion mil regalos.
 « Non le escribades que venga,
 « Porque aunque esté á vueso lado,
 « En oyendo el atambor
 « Será forzoso dejaros.
 « Si non hubiera yo puesto
 « Las mis huésteles á su cargo,
 « Ni vos fuerais mas que dueña,
 « Ni él fuera mas que un fidalgo.
 « Decis que vueso Rodrigo
 « Tiene reyes por vasallos.
 « ¡Ojalá como son cinco
 « Fueren cinco veces cuatro!
 « Porque teniéndolos él
 « Sujetos á su mandado,
 « Mis castillos y los vuestos
 « No hubieran tantos contrarios.
 « Decis que entregue á las llamas
 « La carta que me habeis dado:
 « A contener heregias
 « Fuera digna de tal pago;
 « Mas si contiene razones
 « Dignas de los siete sabios,
 « Mejor es para mi archivo
 « Que non para el fuego ingrato.
 « Y porque guardéis la mia
 « Y non la fagais pedazos,
 « Por ella á lo que perdiédes
 « Prometo buen aguinaldo.
 « Si fijo, prometo dalle
 « Una espada y un caballo,
 « Y dos mil maravedis
 « Para ayuda de su gasto.
 « Si fija, para su dote
 « Prometo poner en cambio
 « Desde el dia que naciere,
 « De plata cuarenta marcos.
 « Con esto ceso, señora,
 « Y no de estar suplicando
 « A la Virgen vos alumbré
 « En los peligros del parto. »

XXVI. — (Anónimo.)

Salió á misa de parida
 A San Isidro en Leon
 La noble Jimena Gomez,
 Muger del Cid Campeador.
 Para salir, de contray
 Sus escuderos vistió,
 Que el vestido del criado
 Dice quien es el señor.
 Un jubon de grana fina
 La bella dama sacó,
 Con cajas de terciopelo
 Picadas de dos en dos;
 De lo mismo una basquiña
 Con la mesma guarnicion,
 Donas que la diera el rey
 El dia que se casó,
 Y con los cabos de plata
 Un muy rico ceñidor,
 Que á la condesa su madre
 El conde en donas le dió.
 Lleva una coña de papos
 De riquísimo valor,
 Que le dió la infanta Urraca
 El dia que se veló;
 Dos patenas lleva al cuello
 Puestas con mucho primor,
 Con san Lazaro y san Pedro,
 Santos de su devocion,
 Y los cabellos que al oro
 Disminuyen su color,
 A las espaldas echados
 De todos hecho un cordón.
 Lleva un manto de contray,
 Porque las dueñas de honor
 Mientras mas cubren su rostro
 Mas descubren su opinion.
 Tan hermosa iba Jimena
 Que suspenso quedó el sol
 En medio de su carrera
 Por podella ver mejor,
 Y á la entrada de la iglesia
 Al rey Fernando encontró
 Que para metella dentro
 De la mano la tomó.
 Dijo el rey: — Noble Jimena,
 Pues es el Cid Campeador
 Vueso dichoso marido
 Y mi vasallo el mejor,
 Que por estar en las lides
 Hoy de la iglesia faltó,
 A falta del brazo suyo
 Yo vuestro bracero soy;
 Y á aquea hermosa infanta
 Que el cielo divino os dió,
 Mando mil maravedis
 Y mi plumage el mejor. —

Non le agradece Jimena
 Al rey tanto su favor,
 Que le ocupa la vergüenza,
 Y á sus palabras la voz.
 Las manos quiso Jimena
 Besarle, y él las huyó:
 Acompañóla en la iglesia
 Y á su casa la volvió.

XXVII. — (Anónimo.)

Acababa el rey Fernando
 De distribuir sus tierras,
 Cercano para la muerte
 Que le amenaza de cerca,
 Cuando por la triste sala
 De negro luto cubierta,
 La olvidada infanta Urraca
 Vertiendo lágrimas entra;
 Y viendo á su padre el rey,
 Con debida reverencia
 De hinojos ante la cama
 La mano le pide y besa;
 Y despues de haber mostrado
 Con tierno llanto sus quejas,
 Mostrando la voz humilde
 Así la infanta se queja:
 — Entre divinas y humanas,
 ¿Qué ley, padre, vos enseña
 Para mejorar los homes
 Desheredar á las fembras?
 A Alfonso, Sancho y Garcia,
 Que están en vuesa preseñcia,
 Dejais todos los haberes
 Y de mi non se vos lembra.
 Non debo ser vuesa fija,
 Que os forzára si lo fuera
 A tener de mi lemanza
 La vuesa naturaleza.
 Si legitima non soy,
 Magüer que bastarda fuera,
 De alimentar los mestizos
 Habedes naturaleza,
 Y si ansi non es, decid:
 ¿Qué culpa me deshereda?
 ¿Qué desacato vos fice
 Que tal castigo merzeca?
 Si tal tuerto me faceis,
 Las naciones estranjeras
 Y los vuestos homes buenos
 ¿Qué dirán cuando lo sepan?
 Que non es derecho, non,
 Ni tal es razon que sea.
 Pudiendo ganalla en lides,
 Dar á los homes hacienda.

Dejaisme desheredada,
 Pero catad que soy fembra,
 Y lo que podré facer
 Sin varon y sin hacienda.
 Si tierras no me dejais,
 Iréme por las agenas,
 Y por cubrir vueso tuerto
 Negaré ser fija vuesa.
 En trage de peregrina
 Pobre iré, mas faced cuenta
 Que las romeras á veces
 Suelen fincar en rameras.
 Sangre noble me acompaña,
 Mas cuido que mi nobleza
 Como estraña olvidaré,
 Pues que por tal me desechas. —
 Tales palabras habló,
 Y esperando la respuesta
 Dió principio al tierno llanto
 Poniendo fin á sus quejas.

XXVIII. — (Anónimo.)

Doliente se siente el rey,
 Este buen rey don Fernando,
 Los pies tiene hácia el oriente
 Y la candela en la mano.
 A su cabecera tiene
 Arzobispos y perlados,
 A su man derecha tiene
 A sus hijos todos cuatro.
 Los tres eran de la reina
 Y el uno era bastardo:
 Ese que bastardo era
 Quedaba mejor librado.
 Arzobispo es de Toledo,
 Maestre de Santiago,
 Abad era en Zaragoza,
 De las Españas primado.
 — Hijo, si yo no muriera,
 Vos fuerades padre santo,
 Mas con la renta que os queda
 Vos bien podeis alcanzarlo. —
 Ellos estando en aquesto
 Entrára Urraca Fernando,
 Y vuelta hácia su padre
 Desta manera ha hablado.

XXIX. — (Anónimo.) (1)

Morir vos queredes, padre,
 Sant Miguel vos haya el alma;
 Mandistedes vuestras tierras
 A quien bien se os antojára.
 Disté á don Sancho á Castilla,

(1) De lo contenido en este romance se hace mención en el *Quijote*, parte II, cap. 5.

« Fuera con razon quejaros,
 « Mas si solo vos lo quito
 « Para lidiar en el campo
 « Con los moros convecinos,
 « Non vos fago mucho agravio.
 « A non vos tener en cinta,
 « Señora, el vueso velado,
 « Creyera de su dormir
 « Lo que me habedes contado;
 « Pero si os tiene, señora,
 « Con el brial levantado...
 « No se ha dormido en el lecho,
 « Si espera en vos mayorazgo:
 « Y si en el parto primero
 « Un marido os ha faltado,
 « No importa, que sobra un rey
 « Que os fará cion mil regalos.
 « Non le escribades que venga,
 « Porque aunque esté á vueso lado,
 « En oyendo el atambor
 « Será forzoso dejaros.
 « Si non hubiera yo puesto
 « Las mis huéstes á su cargo.
 « Ni vos fuerais mas que dueña,
 « Ni él fuera mas que un fidalgo.
 « Decís que vueso Rodrigo
 « Tiene reyes por vasallos.
 « ¡Ojalá como son cinco
 « Fueren cinco veces cuatro!
 « Porque teniéndolos él
 « Sujetos á su mandado,
 « Mis castillos y los vuesos
 « No hubieran tantos contrarios.
 « Decís que entregue á las llamas
 « La carta que me habeis dado.
 « A contener heregias
 « Fuera digna de tal pago;
 « Mas si contiene razones
 « Dignas de los siete sabios,
 « Mejor es para mi archivo
 « Que non para el fuego ingrato.
 « Y porque guardéis la mia
 « Y non la fagais pedazos,
 « Por ella á lo que perdiédes
 « Prometo buen aguinaldo.
 « Si fijo, prometo dalle
 « Una espada y un caballo,
 « Y dos mil maravedís
 « Para ayuda de su gasto.
 « Si fija, para su dote
 « Prometo poner en cambio
 « Desde el dia que naciere,
 « De plata cuarenta marcos.
 « Con esto ceso, señora,
 « Y no de estar suplicando
 « A la Virgen vos alumbré
 « En los peligros del parto. »

XXVI. — (Anónimo.)

Salió á misa de parida
 A San Isidro en Leon
 La noble Jimena Gomez,
 Muger del Cid Campeador.
 Para salir, de contray
 Sus escuderos vistió,
 Que el vestido del criado
 Dice quien es el señor.
 Un jubon de grana fina
 La bella dama sacó,
 Con cajas de terciopelo
 Picadas de dos en dos;
 De lo mismo una basquiña
 Con la mesma guarnicion,
 Donas que la diera el rey
 El dia que se casó,
 Y con los cabos de plata
 Un muy rico ceñidor,
 Que á la condesa su madre
 El conde en donas le dió.
 Lleva una coña de papos
 De riquísimo valor,
 Que le dió la infanta Urraca
 El dia que se veló;
 Dos patenas lleva al cuello
 Puestas con mucho primor,
 Con san Lazaro y san Pedro,
 Santos de su devocion,
 Y los cabellos que al oro
 Disminuyen su color,
 A las espaldas echados
 De todos hecho un cordón.
 Lleva un manto de contray,
 Porque las dueñas de honor
 Mientras mas cubren su rostro
 Mas descubren su opinion.
 Tan hermosa iba Jimena
 Que suspenso quedó el sol
 En medio de su carrera
 Por podella ver mejor,
 Y á la entrada de la iglesia
 Al rey Fernando encontró
 Que para metella dentro
 De la mano la tomó.
 Dijo el rey: — Noble Jimena,
 Pues es el Cid Campeador
 Vueso dichoso marido
 Y mi vasallo el mejor,
 Que por estar en las lides
 Hoy de la iglesia faltó,
 A falta del brazo suyo
 Yo vuestro bracero soy;
 Y á aquea hermosa infanta
 Que el cielo divino os dió,
 Mando mil maravedís
 Y mi plumage el mejor. —

Non le agradece Jimena
 Al rey tanto su favor,
 Que le ocupa la vergüenza,
 Y á sus palabras la voz.
 Las manos quiso Jimena
 Besarle, y él las huyó:
 Acompañóla en la iglesia
 Y á su casa la volvió.

XXVII. — (Anónimo.)

Acababa el rey Fernando
 De distribuir sus tierras,
 Cercano para la muerte
 Que le amenaza de cerca,
 Cuando por la triste sala
 De negro luto cubierta,
 La olvidada infanta Urraca
 Vertiendo lágrimas entra;
 Y viendo á su padre el rey,
 Con debida reverencia
 De hinojos ante la cama
 La mano le pide y besa;
 Y despues de haber mostrado
 Con tierno llanto sus quejas,
 Mostrando la voz humilde
 Así la infanta se queja:
 — Entre divinas y humanas,
 ¿Qué ley, padre, vos enseña
 Para mejorar los homes
 Desheredar á las fembras?
 A Alfonso, Sancho y Garcia,
 Que están en vuesa preseñcia,
 Dejais todos los haberes
 Y de mi non se vos lembra.
 Non debo ser vuesa fija,
 Que os forzára si lo fuera
 A tener de mi lemanza
 La vuesa naturaleza.
 Si legitima non soy,
 Magüer que bastarda fuera,
 De alimentar los mestizos
 Habedes naturaleza,
 Y si ansi non es, decid:
 ¿Qué culpa me deshereda?
 ¿Qué desacato vos fice
 Que tal castigo merzeca?
 Si tal tuerto me faceis,
 Las naciones estranjerias
 Y los vuesos homes buenos
 ¿Qué dirán cuando lo sepan?
 Que non es derecho, non,
 Ni tal es razon que sea.
 Pudiendo ganalla en lides,
 Dar á los homes hacienda.

Dejaisme desheredada,
 Pero catad que soy fembra,
 Y lo que podré facer
 Sin varon y sin hacienda.
 Si tierras no me dejais,
 Iréme por las agenas,
 Y por cubrir vueso tuerto
 Negaré ser fija vuesa.
 En trage de peregrina
 Pobre iré, mas faced cuenta
 Que las romeras á veces
 Suelen fincar en ramerias.
 Sangre noble me acompaña,
 Mas cuido que mi nobleza
 Como estraña olvidaré,
 Pues que por tal me desechas. —
 Tales palabras habló,
 Y esperando la respuesta
 Dió principio al tierno llanto
 Poniendo fin á sus quejas.

XXVIII. — (Anónimo.)

Doliente se siente el rey,
 Este buen rey don Fernando,
 Los pies tiene hácia el oriente
 Y la candela en la mano.
 A su cabecera tiene
 Arzobispos y perlados,
 A su man derecha tiene
 A sus hijos todos cuatro.
 Los tres eran de la reina
 Y el uno era bastardo:
 Ese que bastardo era
 Quedaba mejor librado.
 Arzobispo es de Toledo,
 Maestre de Santiago,
 Abad era en Zaragoza,
 De las Españas primado.
 — Hijo, si yo non muriera,
 Vos fuerades padre santo,
 Mas con la renta que os queda
 Vos bien podeis alcanzarlo. —
 Ellos estando en aquesto
 Entrára Urraca Fernando,
 Y vuelta hácia su padre
 Desta manera ha hablado.

XXIX. — (Anónimo.) (1)

Morir vos queredes, padre,
 Sant Miguel vos haya el alma;
 Mandistedes vuestras tierras
 A quien bien se os antojára.
 Distes á don Sancho á Castilla,

(1) De lo contenido en este romance se hace mención en el *Quijote*, parte II, cap. 5.

Castilla la bien nombrada,
A don Alonso á Leon,
Y á don García á Vizcaya.
A mí porque soy muger
Dejaisme desheredada,
Irme he yo por estas tierras
Como una muger errada,
Y este mi cuerpo daría
A quien bien se me antojára,
A los moros por dinero
Y á los cristianos de gracia:
De lo que ganar pudiere
Haré bien por vuestra alma.—
Allí preguntára el rey:
— ¿Quién es esa que así habla? —
Respondiera el arzobispo:
—Vuestra hija doña Urraca.

— Calledes, hija, calledes,
No digades tal palabra,
Que muger que tal decia
Meresce de ser quemada.
Allá en Castilla la Vieja
Un rincón se me olvidaba,
Zamora habia por nombre,
Zamora la bien cercada,
De una parte la cerca el Duero,
De otra Peña Tajada,
Del otro la moreria,
Una cosa es muy preciada:
Quien es la tomare, hija,
La mi maldición le caiga.—
Todos dicen ámen, ámen,
Sino don Sancho que calla.

SEGUNDA PARTE

DE LOS ROMANCES DEL CID

QUE TRATA DE SUS HAZAÑAS Y AVENTURAS

DURANTE

EL REINADO DE SANCHO II EL VALIENTE.

I. — (Sepúlveda.)

El rey don Sancho reinaba
En Castilla su reinado,
Y en Galicia don García,
Que de don Sancho es hermano.
Sobre los reinos los dos
Mucho habian guerreado,
Y en batalla muy sangrienta
Ambos reyes se han hallado.
Muchos mueren de sus gentes:
Prendió García á don Sancho,
Diéralo á seis caballeros
Que lo tengan á recaudo;
Va en alcance de la gente
Que tenia el rey su hermano.
Don Sancho que se vio preso
Gran enojo habia cobrado,
Dijo á los que le guardaban
Que le dejen ir en salvo,
Farales grandes mercedes,
Siempre les dará gran algo,
Y en el reino de su rey
Non farà desaguizado.
Respondieron todos juntos
No harian lo que ha mandado

Hasta que vuelva su rey
Y ponga en ello recaudo.
Estando don Sancho preso
Alvar Fañez ha llegado,
Y á los que al rey tienen preso
Desta manera ha hablado:
— Traidores, dejad mi rey,
Que teneis aprisionado.—
Y arremetiendo con ellos
Con todos ha peleado:
Derribará á los dos dellos,
Los cuatro huyeron del campo,
Don Sancho quedando libre
De los que lo habian guardado
A muy grandes voces dice:
— Venid aquí, mis vasallos,
Acordaos, mis caballeros,
Del prez que los castellanos
Ganasteis en las batallas
Y lides do habeis entrado,
No lo querais hoy perder,
Sino adelante llevarlo.—
Cuatrocientos caballeros
Con él se habian juntado,
Y estando ya todos juntos
El buen Cid habia asomado,

Caballeros trae trecientos
Y todos son hijosdalgo.
Cuando don Sancho los vido
Muy gran esfuerzo ha cobrado,
Y á sus caballeros dijo:
— Bajemos luego á lo llano,
Que pues el Cid es venico,
Nuestro será hoy el campo.—
Recibió bien á Ruy Diaz,
El famoso castellano,
Diciendo: — Bien vengais, Cid,
El muy bien afortunado;
Ningun vasallo hasta hoy
A tal punto habia llegado
A servir á su señor
Como vos, buen Cid honrado.—
El Cid le responde al rey
Con ánimo denodado:
— Bien podeis creer, señor,
Que vos cobrasteis el campo,
En el cual vos vencereis
A García vuestro hermano,
O yo por vos moriré
Como cualquier buen fidalgo.—
Ellos estando en aquesto
Don García habia llegado,
Cantando viene y alegre,
No sabe lo que ha pasado,
Diciendo como venció
A su hermano el rey don Sancho,
Y como lo tiene preso
Y puesto á muy buen recaudo.
Como se vieron los reyes,
A otra batalla han tornado
Mas fuerte que la pasada
Do fué preso el rey don Sancho.
Vencido fué don García,
Mueren muchos de su bando:
Prendió á don García el Cid
Con su esfuerzo tan sobrado,
Entrególo á su señor
Con placer demasado:
En fuertes hierros lo meten
Por mando del rey don Sancho
Y en el castillo de Luna
Estuviera encarcelado.

II. — (Sepúlveda.)

Don Sancho reina en Castilla,
Alfonso, en Leon, su hermano:
Sobre cual habrá ambos reinos
Muy gran lid han levantado.
Junto al río de Carrion
Los reyes han batallado,
De sus gentes mueren muchas,
Don Sancho perdiera el campo
Y huyera de la batalla,

Triste iba y muy cuitado.
Alfonso mandó á su gente
Que no maten los cristianos,
Gran mancilla tiene de ello,
De su hermano se ha quejado
Por haber sido la causa
Del rompimiento pasado.
Rodrigo Diaz de Vivar,
Ese buen Cid afamado,
A don Sancho su señor
Estáballo conhortando;
Dijole: — Rey y señor,
Verdad es lo que os fablo,
Y es que las gentes gallegas
Que están con el vuestro hermano
Agora están bien seguros
En sus posadas folgando,
Y no se temen de vos
Ni de los del vuestro bando:
Faced volver los que fuyen,
Ponedlos so vuestra mano,
Y tras el alba venida
Con esfuerzo denodado
Ferid en todos muy recio,
Leoneses y galicianos,
Y muy fuerte, asoberbienta,
Con ánimos esforzados;
Ca ellos han por costumbre,
Cuando ganan algun campo,
Alabarse de su esfuerzo
Y escarnecer al contrario,
Y como gastan la noche
En placer y engasejando,
Dormirán por la mañana
Como homes sin cuidado;
Y vos, buen rey, vencereis
Y quedareis bien vengado.—
Muy bien le pareció al rey
Lo que el Cid le ha consejado.
El rey con todas sus gentes
Firieron en los contrarios:
Unos matan, otros prenden,
Todos son desbaratados:
Prendieron al rey Alfonso
En un templo consagrado.
Cuando vieron los leoneses
Su señor aprisionado,
Pelean muy fuertemente,
Prendieron al rey don Sancho,
Y catorce caballeros
Lo llevan á buen recaudo.
El buen Cid cuando lo vido
En su alcance es ya llegado,
Y dijoles: — Caballeros,
Softad mi señor de grado,
Darvos he yo á don Alfonso
De quien erades vasallos.—
Respondieron los leoneses

Al de Vivar afamado :
 — Ruy Diaz, volveos en paz,
 Sino ireis aprisionado
 Con vuestro señor el rey,
 Que con nusco aquí llevamos. —
 Gran enojo tomó el Cid
 De lo que le habian hablado :
 Peleó con todos ellos,
 Y á su señor ha librado.
 Los trece deja vencidos,
 El uno se habia escapado.
 A Burgos llevaron preso
 A Alfonso, del rey hermano,
 Por el gran esfuerzo y fechos
 De aquese Cid castellano.

III. — (Sepúlveda.) (1)

En Toledo estaba Alfonso,
 Hijo del rey don Fernando,
 Huido estaba por miedo
 Del rey don Sancho su hermano :
 Acogiólo Alimaimon.
 Que en Toledo es su reinado.
 Mucho quiere á don Alfonso,
 De moros es estimado ;
 Durmiendo está en una huerta
 A sombra que hacia un árbol,
 Cerca del está Alimaimon.
 Con sus moros razonando,
 Dijo : — Fuerte es Toledo,
 No puede ser conquistado
 Si no quitasen el pan
 Y las frutas siete años,
 Y teniendo siempre el cerco
 Sin que se hobiese quitado,
 Por la falta de viandas
 Tomarse ha el año octavo. —
 Don Alfonso, que lo oyó,
 Finge que durmiendo ha estado.
 Por costumbre habian los moros,
 Que su ley se lo ha mandado,
 Que degüellen un carnero,
 Ya iban á degollarlo.
 Con el rey va don Alfonso
 Que lo iba acompañando,
 Y sus cristianos tambien
 De Castilla habian llegado.
 Don Alfonso es muy hermoso,
 De grandes dones dotado,
 Pagábanse dél los moros,
 De todos es muy loado.
 Juntos van ambos los reyes,
 Detras dos moros hablando,
 El uno le dijo á el otro :

— ¡ Hermoso es este cristiano !
 Gran señor merece ser,
 En él bien es empleado. —
 Replicóle el otro moro :
 — Esta noche yo he soñado
 Que Alfonso entraba en Toledo
 En un puerco cabalgando.
 De Toledo ha de ser rey,
 Tenlo por averiguado. —
 Ellos hablando en aquesto
 Los cabellos se han alzado
 A ese buen rey don Alfonso :
 Alimaimon con su mano
 Los apretaba hácia yuso,
 Y ellos siempre están en alto.
 El rey moro bien oyó
 Todo lo qu'es ya contado,
 Hizo llamar á sus moros
 Los que tienen por mas sabios,
 Los cuales dicen que Alfonso
 Habrá el reino toledano :
 Aconsejan que lo maten,
 Mas el rey no lo habia en grado,
 Porque lo queria mucho,
 Mas jura le habia prendado
 Que contra él ni sus hijos
 Non hará desaguisado.
 Alfonso lo prometió
 Y lo cumplió de buen grado :
 Mucho lo quiere el rey moro
 Y dél está asegurado.

IV. — (Anónimo.)

Llegado es el rey don Sancho
 Sobre Zamora esa villa :
 Muchas gentes trae consigo,
 Qué haberia mucho queria.
 Caballero en un caballo
 Y el Cid en su compañía,
 Andábala al rededor,
 Y el rey así al Cid decia :
 — Armado está sobre Peña
 Tajada toda esta villa,
 Los muros tiene muy fuertes,
 Torres ha en gran demasia,
 Duero la cercaba al pié,
 Fuerte es á maravilla,
 No bastan á la tomar
 Cuantos en el mundo habia :
 Si me la diese mi hermana,
 Mas que á España la querria.
 Cid, á vos crió mi padre,
 Mucho bien fecho os habia ;
 Fizeos mayor de su casa

Y caballero en Coimbra
 Cuando la ganará á moros.
 Cuando en Cabezón moria,
 A mí y á los mis hermanos
 Encomendado os habia ;
 Jurámosle allí en sus manos
 Facervos merced cumplida.
 Ficeos mayor de mi casa,
 Gran tierra dado os tenia
 Que vale mas que un condado
 El mayor que hay en Castilla.
 Yo vos ruego, don Rodrigo,
 Como amigo de valia,
 Que vayades á Zamora
 Con la mi mensageria,
 Y á doña Urraca mi hermana
 Decid que me dé esa villa
 Por gran haber ó gran cambio,
 Como á ella mejor seria.
 A Medina de Rioseco
 Yo por ella la daría
 Con todo el infantazgo,
 Y tambien le prometia
 A Villalpando y su tierra,
 O Valladolid la rica,
 O á Tiedra, que es buen castillo,
 Y juramento le haria
 Con doce de mis vasallos
 De cumplir lo que decia ;
 Y si no lo quiere hacer,
 Por fuerza la tomara. —
 El Cid le besó la mano,
 Del buen rey se despedia,
 Llegado habia á Zamora
 Con quince en su compañía.

V. — (Anónimo.)

Después del lamento triste
 De la muerte de Fernando,
 Y después de sucederle
 El rey su hijo don Sancho,
 En medio de mil contrastes
 Ordena al Cid castellano
 Con mil ofertas y ruegos
 Ir al pueblo zamorano
 A rogar á doña Urraca,
 De parte del rey su hermano,
 Que Zamora dé y entregue
 A su potestad y mando,
 Y partiendo el de Vivar
 A hacer del rey el mando,
 Llegado al postigo viejo
 Que está con órden guardado.
 Como prohiben la entrada
 Al que honra al pueblo hispano,
 Intenta romper la guardia
 Por cumplir del rey el mando.

Ya la defensa del muro
 La guarda que está velando
 Procura, y la resistencia,
 Y al rumor del castellano
 La oprimida doña Urraca,
 Vestida de negros paños,
 Pone el pecho sobre el muro,
 Y moviendo el rostro y manos,
 Humedeciendo los ojos
 Le dice á Rodrigo el bravo :
 — ¡ Porque por puertas ajenas
 Vencidas con tus victorias
 Llamas, pues con ello ordenas
 Que esté viva á vivas penas
 Y muerta para las glorias?
 Y pues el frato de amigo
 Depusiste, y das de mano
 Sin ver que justicia sigo :
 Afuera, afuera, Rodrigo,
 El soberbio castellano.

Afuera, pues que quebraste
 La palabra y jura á aquella
 En cuya alma te enterraste,
 Y al fin se la lastimaste
 Por no quedar dentro della ;
 Mas cuando tu mano fiera
 Firmó en mi daño ordenado
 Aunque el rey te lo impidiera,
 Acordásete debiera
 De aquel buen tiempo pasado.
 Yo soy muger, y pasión
 No me da lugar que pida
 Al cielo tu perdición,
 Que si es mi alma ofendida,
 Así lo ha mi corazón :
 Y aunque por tu causa muero,
 No te quiero dar mal pago,
 Porque yo me acuerdo, fiero,
 Cuando te armé caballero

En el altar de Santiago.

Lo que no consideraste
 Consideran las mugeres ;
 Mas cuando al trato te hallaste
 De lo que eras te acordaste
 Y olvidaste lo que eres :
 Esta disculpa te hallo,
 Pues ya eres fidalgo de armas,
 Mas sin serlo, aunque vasallo,
 Mi padre te dió las armas,
 Mi madre te dió el caballo.

Al estado te subieron
 Que por tu medio perdi ;
 Tu bien y mi mal hicieron
 Pues cuanta honra te dieron
 Tanta me quitaste á mí :
 Y guardándole el decoro
 Del gusto á mi padre amado,
 Yo que por tu causa lloro,

(1) En este romance no se habla del Cid, pero tiene conexión con su historia.

Yo te calcé espuela de oro
Porque fueses mas honrado.

vi. — (Anónimo.)

Entrado ha el Cid en Zamora,
En Zamora aquesa villa,
Llegado ha ante doña Urraca
Que muy bien lo recibía,
Dicho le había el mensage
Que para ella traía.
Doña Urraca que lo oyó
Muchas lagrimas vertía,
Diciendo: — ¡Triste cuitada!
¿Don Sancho qué me quería?
No cumpliera el juramento
Que á mi padre fecho había,
Que aun apenas fuera muerto,
A tal hermano don Garcia
La tomó toda su tierra
Y en prisiones lo ponía,
Y cual si fuese ladrón
Agora en ellas yacía.
Tambien á Alfonso mi hermano
Su reino se lo tenía,
Huyóse para Toledo,
Con los moros está hoy día.
A Toro tomó á mi hermana,
A mi hermana doña Elvira;
Tomarme quiere á Zamora,
Gran pesar yo recibía:
Muy bien sabé el rey don Sancho
Que soy muger femenina
Y non lidiaré con él,
Mas á furto ó paladina
Yo haré que le den la muerte,
Que muy bien lo merecía.—
Levantóse Arias Gonzalo
Y respondido la había:
— Non lloredes vos, señora,
Yo por merced os pedía,
Que á la hora de la cuita
Consejo mejor sería
Que non acuitarvos tanto
Que gran daño á vos vendría.
Hablad con vuestros vasallos,
Decid lo que el rey pedía,
Y si ellos lo han por bien,
Badie al rey luego la villa;
Y si non les pareciere
Facer lo que el rey pedía,
Muramos todos en ella,
Como manda la hidalguía.—
La infanta tuvo por bien
Facer lo que le decía;
Sus vasallos la juraron
Que antes todos morirían
Cercados dentro en Zamora

Que no dar al rey la villa.
Con esta respuesta el Cid
Al buen rey vuelto se había:
El rey cuando aquesto oyó
Al buen Cid le respondía:
— Vos aconsejasteis, Cid,
No darme lo que quería,
Porque vos criasteis dentro
De Zamora aquesa villa;
Y á no ser por la crianza
Que en vos mi padre facía,
Luego os mandára enforecar,
Mas de hoy en noveno día
Os mando vais de mis tierras
Y del reino de Castilla.

vii. — (Anónimo.)

El Cid fué para su tierra,
Con sus vasallos partía
Para Toledo do estaba
Alfonso cuando fuía.
Los condes y ricos homes
Al rey don Sancho decían
No perdiese tal vasallo
Y de tanta valentía
Como es Ruy Diaz el Cid,
Qu'es muy grande su valía.
El rey vido qu'es muy bien
Facer lo que le decían,
Y fablando á Diego Ordoñez
Mandóle que al Cid le diga
Que se venga luego á él,
Que como bueno lo haría,
Y que le haría el mayor
De los que en su casa había.
Ordoño fué tras del Cid,
Su mensage le decía:
El Cid se había aconsejado
Con los suyos que tenía
Si haría lo que el rey manda,
Su parecer les pedía:
Que se vuelva al rey dijeron,
Pues su disculpa le envía.
El Cid con ellos se vuelve;
El rey cuando lo sabía,
Dos leguas salió á él,
Quinientos van en su guía.
El Cid cuando vido al rey
De Babieca descendía,
Besóle luego las manos,
Para el real se volvía,
Y todos los castellanos
Gran placer con él habían.

viii. — (Anónimo.)

Apenas era el rey muerto,
Zamora ya está cercada;

De un cabo la cerca el rey,
Del otro el Cid la cercaba:
Del cabo que el rey la cerca,
Zamora no se da nada;
Del cabo que el Cid la aqueja,
Zamora ya se tomaba.
Doña Urraca en tanto aprieto
Asomóse á una ventana,
Y allí de una torre mocha
Estas palabras fablaba (1).

ix. — (Anónimo.) (2)

Afuera, afuera, Rodrigo,
El soberbio castellano,
Acordárete debía
De aquel buen tiempo pasado,
Cuando fulste caballero
En el altar de Santiago,
Cuando el rey fué tu padrino,
Tú, Rodrigo, el afijado;
Mi padre te dió las armas,
Mi madre te dió el caballo,
Yo te calcé las espuelas,
Porque fueras mas honrado:
Pensé de casar contigo,
No lo quiso mi pecado,
Casásete con Jimena,
Fija del conde Lozano:
Con ella hubiste dinero,
Conmigo hubieras estado,
Porque si la renta es buena
Muy mejor es el estado.
Bien casásete, Rodrigo,
Muy mejor fueras casado;
Dejaste fija de rey
Por tomar la de un vasallo.—
En oír esto Rodrigo
Quedó dello algo turbado;
Con la turbacion que tiene
Esta respuesta le ha dado:
— Si os parece, mi señora,
Bien podemos desviallo.—
Respondióle doña Urraca
Con rostro muy sosegado:
— No lo mande Dios del cielo
Que por mi se haga tal caso:
Mi ánima penaría,
Si yo fuese en discrepallo.—
Volvióse presto Rodrigo,
Y dijo muy angustiado:
— Afuera, afuera, los míos,
Los de á pié y los de á caballo,
Pues de aquella torre mocha

Una vira me han tirado.
No traia el asta el fierro,
El corazon me ha pasado,
Ya ningun remedio sientio
Sino vivir mas penado.

x. — (Anónimo.)

Riberas del Duero arriba
Cabalgan dos zamoranos,
Las divisas llevan verdes,
Los caballos alazanos,
Ricas espadas ceñidas,
Sus cuerpos muy bien armados,
Adargas ante sus pechos,
Gruesas lanzas en sus manos,
Espuelas llevan ginetas,
Y los frenos plateados.
Como son tan bien dispuestos,
Parecen muy bien armados,
Y por un repecho arriba
Salen mas recios que galgos,
Y súbenlos á mirar
Del real del rey don Sancho.
Desde á otra parte fueron,
Dieron vuelta á los caballos,
Y al cabo de una gran pieza
Soberbios así han hablado:
— ¿Tendredes dos para dos,
Caballeros castellanos,
Que puedan armas facer
Con otros dos zamoranos,
Para daros á entender
No face el rey como hidalgo
En quitar á doña Urraca
Lo que su padre le ha dado?
Non queremos ser tenidos,
Ni queremos ser honrados,
Ni rey de nos faga cuenta,
Ni conde nos ponga al lado,
Si á los primeros encuentros
No los hemos derribado:
Y siquiera salgan tres,
Y siquiera salgan cuatro,
Y siquiera salgan cinco,
Salga siquiera el diablo,
Con tal que no salga el Cid,
Ni ese noble rey don Sancho,
Que lo habemos por señor,
Y el Cid nos ha por hermanos:
De los otros caballeros
Salgan los mas esforzados.—
Oídolo habían dos condes,
Los cuales eran cuñados:

(1) Las palabras y quejas de doña Urraca son las del siguiente romance.

(2) Con algunas variantes es el mismo que el del *Romancero del Cid*.

— Atended, los caballeros,
Mientras estamos armados.—
Piden apriesa las armas,
Suben en buenos caballos,
Caminan para las tiendas,
Donde yace el rey don Sancho:
Piden que los dé licencia
Que ellos puedan hacer campo
Contra aquellos caballeros
Que con soberbia han hablado.
Allí hablara el buen Cid,
Que es de los buenos dechado:
— Los dos contrarios guerreros
Non los tengo yo por malos,
Porque en muchas lides de armas
Su valor habian mostrado,
Que en el cerco de Zamora
Tuvieron con siete campo:
El mozo mató á los dos,
El viejo mató á los cuatro,
Por uno que se les fuera
Las barbas se van pelando.—
Enojados van los condes
De lo que el Cid ha hablado:
El rey cuando ir los viera
Que vuelvan está mandando;
Otorgó cuanto pedian
Mas por fuerza que de grado.
Mientras los condes se arman,
El padre al hijo está hablando:
— Volved, fijo, hácia Zamora,
A Zamora y sus andamios,
Mirad dueñas y doncellas
Como nos están mirando:
Fijo, no miran á mí
Porque ya soy viejo y cano,
Mas miran á vos, mi fijo,
Que sois mozo y esforzado.
Si vos faceis como bueno,
Sereis de ellas muy honrado;
Si lo faceis de cobarde,
Abatido y ultrajado.
Afirmas en los estribos,
Terciad la lanza en las manos,
Esa adarga ante los pechos,
Y apercebid el caballo,
Que al que primero acomete
Tienen por mas esforzado.—
Apenas esto hubo dicho
Ya los condes han llegado,
El uno viene de negro
Y el otro de colorado:
Vanse unos para otros,
Fuertes encontros se han dado,
Mas el que al mozo le cupo
Derribólo del caballo,
Y el viejo al otro de encuentro
Pasóle de claro en claro.

El conde de que esto viera
Huyendo sale del campo,
Y los dos van á Zamora
Con vitoria muy honrados.

xi. — (Anónimo.)

Guarte, guarte, rey don Sancho,
No digas que no te aviso
Que de dentro de Zamora
Un alevoso ha salido:
Llámase Vellido Dolfos,
Hijo de Dolfos Vellido,
Cuatro traiciones ha fecho
Y con esta serán cinco.
Si gran traidor fué el padre,
Mayor traidor es el fijo.
Gritos dan en el real,
Que á don Sancho han mal herido:
Muerto le ha Vellido Dolfos,
Gran traicion ha cometido.
Desque le tuviera muerto
Metiése por un postigo,
Por las calles de Zamora
Va dando voces y gritos:
— Tiempo era, doña Urraca,
De cumplir lo prometido.

xii. — (Anónimo.)

Con el cuerpo que agoniza
Despidiéndose del alma,
Diciendo tales razones
Que tierna lástima causan,
El malogrado don Sancho
A vista del cerco estaba,
Que si lejos estuviera
Fuera de mas importancia.
Muerto le deja un traidor,
Que siempre tuvo esta fama,
Movido de su albedrio,
Que á un traidor esto le basta,
Por fiarse de su abrigo
Y de su alevosa traza,
Que quien de traidores fia
En tales sucesos para.
A su malograda muerte
El famoso Cid se halla,
Que si en vida le creyera
Un mundo no le matara.
Viendo el caso desastrado
De tan notable desgracia,
Y viendo blandir no puede
Contra Zamora la lanza
Por el juramento fecho
Con que las manos le ata,
Que aunque la razon le fuerza,
Mira á Dios y á su palabra,

Quiere acudir al remedio,
Y allí el remedio le falta,
Porque aunque está allí el difunto,
Ve que está ausente la causa.
Unas veces se enternece,
Otras suspira y repara,
Otras le mira y revuelve,
Y viéndole muerto, calla.
Ya fia, ya desconfia
Viendo que el hablar le falta,
Y aunque revuelto en su sangre
Así le dice y abraza:

— Famoso rey, que ya la tierra fria
Triunfa de tu valor y brazo fuerte,
De quien el mundo todo se temia
Procurando rendido obedecerte:
¿De qué te aprovechó tu valentia,
Pues por tu dura y por tu avara suerte.

Vencido quedas en la tierra dura
Con muy estraña y grave desventura?
Miraras, rey, que al fin era tu hermana
La que su casa y tierra defendia,
Y la razon que el Cid, aunque liviana,
Te dijo para el fin de esta porfia:
Agora quedará leda y ufana
Viendo muerto á quien tanto la ofendia.
Tendido en esta tierra fria y dura
Con tan estraña y grave desventura.—

Estas razones le dijo
Y el tierno llanto le ataja,
Y así muerto como está
Le respeta y se avasalla.
Meten al cuerpo en su tumba
Para que le den mortaja,
Dando traza en su real
Para la justa venganza.

TERCERA PARTE

DE LOS ROMANCES DEL CID

QUE TRATA DEL RETO DE ZAMORA, Y DE SUS HAZAÑAS

HASTA QUE EMPEZÓ Á REINAR ALFONSO VI EL BRAVO.

i. — (Anónimo.) (1)

Muerto yace el rey don Sancho,
Vellido muerto le habia:
Pasado está de un venablo,
Y gran lástima ponía.
Llorando estaba sobre él
Toda la flor de Castilla,
Don Rodrigo de Vivar
Es el que mas lo sentia,
Con lágrimas de sus ojos
Desta manera decía:
— Rey don Sancho, señor mio,
Muy aciago fué aquel dia
Que tú cercaste á Zamora
Contra la voluntad mia.
Quien te lo aconsejó, rey,
A Dios ni al mundo temia,
Pues te fizo quebrantar
La ley de caballería.—
Y viendo el hecho en tal punto
A grandes voces decía:

— Que se nombre un caballero
Antes que se pase el dia
Para retar á Zamora
Por tan grande alevosía.—
Todos dicen que es muy bien,
Mas nadie al campo salía.
Témense de Arias Gonzalo
Y cuatro hijos que tenia,
Mancebos de gran valor,
De gran esfuerzo y estima.
Mirando estaban al Cid
Por ver si lo aceptaria,
Y el de Vivar que lo entiende
Desta manera decía:
— Caballeros fijosdalgo,
Ya sabeis que non podia
Armarme contra Zamora,
Que jurado lo tenia.
Mas yo daré un caballero
Que combata por Castilla,
Tal, que estando él en el campo
No sintais la falta mia.—

(1) En los romances de Sepúlveda hay uno al asunto que empieza: « Muerto es el rey don Sancho. »

— Atended, los caballeros,
Mientras estamos armados.—
Piden apriesa las armas,
Suben en buenos caballos,
Caminan para las tiendas,
Donde yace el rey don Sancho:
Piden que los dé licencia
Que ellos puedan hacer campo
Contra aquellos caballeros
Que con soberbia han hablado.
Allí hablara el buen Cid,
Que es de los buenos dechado:
— Los dos contrarios guerreros
Non los tengo yo por malos,
Porque en muchas lides de armas
Su valor habian mostrado,
Que en el cerco de Zamora
Tuvieron con siete campo:
El mozo mató á los dos,
El viejo mató á los cuatro,
Por uno que se les fuera
Las barbas se van pelando.—
Enojados van los condes
De lo que el Cid ha hablado:
El rey cuando ir los viera
Que vuelvan está mandando;
Otorgó cuanto pedian
Mas por fuerza que de grado.
Mientras los condes se arman,
El padre al hijo está hablando:
— Volved, fijo, hácia Zamora,
A Zamora y sus andamios,
Mirad dueñas y doncellas
Como nos están mirando:
Fijo, no miran á mí
Porque ya soy viejo y cano,
Mas miran á vos, mi fijo,
Que sois mozo y esforzado.
Si vos faceis como bueno,
Sereis de ellas muy honrado;
Si lo faceis de cobarde,
Abatido y ultrajado.
Afirmas en los estribos,
Terciad la lanza en las manos,
Esa adarga ante los pechos,
Y apercebid el caballo,
Que al que primero acomete
Tienen por mas esforzado.—
Apenas esto hubo dicho
Ya los condes han llegado,
El uno viene de negro
Y el otro de colorado:
Vanse unos para otros,
Fuertes encontros se han dado,
Mas el que al mozo le cupo
Derribólo del caballo,
Y el viejo al otro de encuentro
Pasóle de claro en claro.

El conde de que esto viera
Huyendo sale del campo,
Y los dos van á Zamora
Con vitoria muy honrados.

xi. — (Anónimo.)

Guarte, guarte, rey don Sancho,
No digas que no te aviso
Que de dentro de Zamora
Un alevoso ha salido:
Llámase Vellido Dolfos,
Hijo de Dolfos Vellido,
Cuatro traiciones ha fecho
Y con esta serán cinco.
Si gran traidor fué el padre,
Mayor traidor es el fijo.
Gritos dan en el real,
Que á don Sancho han mal herido:
Muerto le ha Vellido Dolfos,
Gran traicion ha cometido.
Desque le tuviera muerto
Metióse por un postigo,
Por las calles de Zamora
Va dando voces y gritos:
— Tiempo era, doña Urraca,
De cumplir lo prometido.

xii. — (Anónimo.)

Con el cuerpo que agoniza
Despidiéndose del alma,
Diciendo tales razones
Que tierna lástima causan,
El malogrado don Sancho
A vista del cerco estaba,
Que si lejos estuviera
Fuera de mas importancia.
Muerto le deja un traidor,
Que siempre tuvo esta fama,
Movido de su albedrio,
Que á un traidor esto le basta,
Por fiarse de su abrigo
Y de su alevosa traza,
Que quien de traidores fia
En tales sucesos para.
A su malograda muerte
El famoso Cid se halla,
Que si en vida le creyera
Un mundo no le matara.
Viendo el caso desastrado
De tan notable desgracia,
Y viendo blandir no puede
Contra Zamora la lanza
Por el juramento fecho
Con que las manos le ata,
Que aunque la razon le fuerza,
Mira á Dios y á su palabra,

Quiere acudir al remedio,
Y allí el remedio le falta,
Porque aunque está allí el difunto,
Ve que está ausente la causa.
Unas veces se enternece,
Otras suspira y repara,
Otras le mira y revuelve,
Y viéndole muerto, calla.
Ya fia, ya desconfia
Viendo que el hablar le falta,
Y aunque revuelto en su sangre
Así le dice y abraza:

— Famoso rey, que ya la tierra fria
Triunfa de tu valor y brazo fuerte,
De quien el mundo todo se temia
Procurando rendido obedecerte:
¿De qué te aprovechó tu valentia,
Pues por tu dura y por tu avara suerte.

Vencido quedas en la tierra dura
Con muy estraña y grave desventura?
Miraras, rey, que al fin era tu hermana
La que su casa y tierra defendia,
Y la razon que el Cid, aunque liviana,
Te dijo para el fin de esta porfia:
Agora quedará leda y ufana
Viendo muerto á quien tanto la ofendia.
Tendido en esta tierra fria y dura
Con tan estraña y grave desventura.—

Estas razones le dijo
Y el tierno llanto le ataja,
Y así muerto como está
Le respeta y se avasalla.
Meten al cuerpo en su tumba
Para que le den mortaja,
Dando traza en su real
Para la justa venganza.

TERCERA PARTE

DE LOS ROMANCES DEL CID

QUE TRATA DEL RETO DE ZAMORA, Y DE SUS HAZAÑAS

HASTA QUE EMPEZÓ Á REINAR ALFONSO VI EL BRAVO.

i. — (Anónimo.) (1)

Muerto yace el rey don Sancho,
Vellido muerto le habia:
Pasado está de un venablo,
Y gran lástima ponía.
Llorando estaba sobre él
Toda la flor de Castilla,
Don Rodrigo de Vivar
Es el que mas lo sentia,
Con lágrimas de sus ojos
Desta manera decía:
— Rey don Sancho, señor mio,
Muy aciago fué aquel dia
Que tú cercaste á Zamora
Contra la voluntad mia.
Quien te lo aconsejó, rey,
A Dios ni al mundo temia,
Pues te fizo quebrantar
La ley de caballería.—
Y viendo el hecho en tal punto
A grandes voces decía:

— Que se nombre un caballero
Antes que se pase el dia
Para retar á Zamora
Por tan grande alevosía.—
Todos dicen que es muy bien,
Mas nadie al campo salía.
Témense de Arias Gonzalo
Y cuatro hijos que tenia,
Mancebos de gran valor,
De gran esfuerzo y estima.
Mirando estaban al Cid
Por ver si lo aceptaria,
Y el de Vivar que lo entiende
Desta manera decía:
— Caballeros fijosdalgo,
Ya sabeis que non podia
Armarme contra Zamora,
Que jurado lo tenia.
Mas yo daré un caballero
Que combata por Castilla,
Tal, que estando él en el campo
No sintais la falta mia.—

(1) En los romances de Sepúlveda hay uno al asunto que empieza: « Muerto es el rey don Sancho. »

Levantóse Diego Ordoñez,
Que á los plés del rey yacia,
La flor es de los de Lara
Y lo mejor de Castilla,
Con voz enojosa y ronca
De esta manera decia :
— Pues el Cid había jurado
Lo que jurar no debía,
No es menester que señale
Quien la batalla prosiga.
Caballeros hay en ella
De tanto esfuerzo y valía
Como el Cid, aunque es muy bueno
Y yo por tal lo tenía;
Mas si quereis, caballeros,
Yo lidiaré la conquista
Aventurando mi cuerpo,
Poniendo á riesgo mi vida,
Pues que la del buen vasallo
Es por su rey ofrecida.

II. — (Anónimo.) (1)

Después que Vellido Dolfos,
Aquel traidor afamado,
Derribó con cruda muerte
Al valiente rey don Sancho,
Se allegan en una tienda
Los mayores de su campo.
Júntase todo el real
Como estaba alborotado
De ver el venablo agudo
Que á su rey ha traspasado.
No se lo quieren sacar
Hasta que haya confesado,
Y ese conde don García,
Que de Cabra era llamado,
Viendo de tal modo al rey
Desta manera le ha hablado :
— ¡ O rey, en quien yo tenía
La esperanza de mi estado!
Veote tan mal herido
Que remedio no he hallado
Sino solo encomendarte
A lo que eres obligado :
Toma cuenta á tu conciencia
Y mira en lo que has errado
Contra aquel alto Señor
Que te puso en tal estado.
Al cuerpo no busques cura,
Porque su tiempo es pasado,
Ya son tus dias cumplidos,
Ya tu plazo es allegado,

Paga lo que te obligaste
Cuando fuiste bautizado.
La muerte, sierra y señora,
No te da mas largo plazo,
No consiente apelacion
Sino que pagues de grado :
Cumple corar de tu alma,
Del cuerpo no hayas cuidado. —
Respondió en aquesto el rey,
Todo en lágrimas bañado,
Temblando tiene la lengua
Y el gesto tiene mudado :
— Bien adelante seades, conde,
Y en armas aventurado,
En todo hablastes muy bien,
Buen consejo me habéis dado :
Yo bien sé cual es la causa
Que en tal punto soy llegado
Por pecados cometidos
Al inmenso Dios sagrado,
Y también fué por la jura
Que á mi padre hube quebrado
En cercar esta ciudad
Que á mi hermana hobo dejado.
A Dios encomiendo el alma;
Pues que estoy en tel estado,
Traédme los sacramentos,
Porque está á muerte llegado.
Así se salió el alma
Y el cuerpo se le ha enfriado.
Sus vasallos en aquesto
A Zamora han enviado
A aques don Diego Ordoñez,
Un caballero estimado,
A decir á los vecinos
Como á su rey ha matado
El falso Vellido Dolfos,
Vasallo del rey don Sancho,
Por lo cual desafiaba
Al traidor de Arias Gonzalo
Y á los zamoranos todos,
Pues en ella se han hallado,
Y á los panes, y á las aguas,
Y á lo que no está criado,
Y aun á todos los nacidos
Que en Zamora son hallados,
Y á los grandes y pequeños
Aunque no sean engendrados.

III. — (Anónimo.) (2)

Ya cabalga Diego Ordoñez,
Del real se había salido

De dobles piezas armado
En un caballo morcillo :
Va á reptar los zamoranos,
Por la muerte de su primo
Que mató Vellido Dolfos,
Hijo de Dolfos Vellido.
— Yo os reptó, los zamoranos,
Por traidores fementidos,
Repto á todos los muertos
Y con ellos á los vivos,
Repto hombres y mugeres,
Los por nacer y nascidos,
Repto á todos los grandes,
A los grandes y á los chicos,
A las carnes y pescados,
Y á las aguas de los rios. —
Allí habló Arias Gonzalo,
Bien oireis lo que hubo dicho :
— ¿ Qué culpa tienen los viejos ?
¿ Qué culpa tienen los niños ?
¿ Qué merecen las mugeres,
Y los que no son nascidos ?
¿ Porqué reptas á los muertos,
Los ganados y los rios ?
Bien sabéis vos, Diego Ordoñez,
Muy bien lo tenéis sabido,
Que aquel que repta concejo
Debe de lidiar con cinco. —
Ordoñez le respondió :
— Traidores heis todos sido.

IV. — (Anónimo.)

Después que retó á Zamora
Don Diego Ordoñez de Lara,
Vengador noble y valiente
Del rey Sancho, que Dios haya,
Su consejo tiene junto
En palacio doña Urraca,
Por su hermano dolorida,
Por su reto lastimada;
Y como la vil envidia
Cuanto no merece tacha,
De la virtud enemiga
Peligro de la privanza,
Murmuraba maldiciente
De Arias Gonzalo que falta,
Sospechando falsamente
Que es por mengua su tardanza.
A aquellos que lo calumnian,
Empuñando la su espada,
Denodado les responde
Nuño Cabeza de Vaca :
— Aquel civil que presume
Temor, bajeza ó fe mala
De Arias Gonzalo mi tío,
Miente, miente por la barba :
Y el que negare el respeto

A sus venerables canas,
A mi que las reverencia
Me ponga la tal demanda. —
Estando en esto, el buen viejo
Entró grave por la sala,
Arrastrando grande luto,
Haciendo sus hijos plaza.
La mano á la infanta pide,
Medura fizo á la infanta,
Saludó á los homes buenos,
Y desta suerte les fabla :
— Noble infanta, leal consejo,
Don Diego Ordoñez de Lara,
Que para buen caballero
Este apellido le basia,
En vez del Cid don Rodrigo
Que conjuró alianza,
Por la pro de su rey muerto
Con infame reto os carga.
A vuestro cabildo vengo
Con estos cuatro en compañía
Ciudadanos, hijos míos,
De Lain Calvo sangre honrada.
Tardéme un poco en venir,
Que pláticas no me agradan
Quando los negocios piden
Obras, valor y venganza. —
A una el viejo y sus hijos
Los largos capuces rasgan,
Quedando en armas lucidas,
Lloró de nuevo la infanta,
Los viejos graves se admiran,
La infanta su ser alaba,
Porque todos daban voces
Y nadie quien lidie daba.
Arias Gonzalo prosigue
Diciendo : — Recibe, Urraca,
Mis canas para consejo,
Mis hijos para batalla :
Dales tu mano, señora,
Que su juventud lozana
Será invencible, si fuere,
De tu mano real tocada.
Honrar á la gente buena,
Y esotra comun pagarla.
Le cumple al rey que desea
Domeñar fuerzas contrarias,
Y con sangre de don Diego
Que se quite aquella mancha
Que á ti y á tu pueblo reta
Con tan insufrible infamia :
Y si esta sangre, que es buena
Y se ha de vender muy cara,
Fallare, su muerte honrosa
Viva mantendrá su fama.
Yo seré el quinto y primero
Que volveré por la causa,
Aunque mi vejez parezca

(1) Este mismo se halla en el *Romancero del Cid* con algunas variantes.

(2) El contenido de este romance se cita en la

parte II, cap. 27 del *Quijote*, y es al mismo asunto del que le precede.

Mocedad noble afrentada
Al campo me voy, señora,
No me deis por esto gracias,
Que el buen vasallo al buen rey
Debe hacienda, vida y fama.

v. — (Anónimo.)

El hijo de Arias Gonzalo,
El mancebito Pedro Arias,
Para responder á un reto
Velando estaba unas armas.
Era su padre el padrino,
La madrina doña Urraca,
Y el obispo de Zamora
Es el que la misa canta:
El altar tiene compuesto,
Y el sacristan perfumaba
A san Jorge y san Roman,
Y á Santiago el de España:
Estaban sobre la mesa
Las nuevas y frescas armas,
Dando espejos á los ojos
Y esfuerzo á quien las miraba.
Salió el obispo vestido,
Dijo la misa cantada,
Y el arnes pieza por pieza
Bendice, y arma á Pedro Arias.
Enlázale el rico yelmo,
Que como el sol relumbraba,
Relevado de mil flores,
Cubierto de plumas blancas.
Al armarle caballero
Sacó el padrino la espada,
Dándole con ella un golpe
Le dice aquestas palabras:
— Caballero eres, mi hijo,
Hidalgo y de noble casta,
Criado en buenos respetos
Desde los pechos del ama:
Hágate Dios tal que seas
Como yo deseo que salgas,
En los trabajos sufrido,
Esforzado en las batallas,
Espanto de tus contrarios,
Venturoso con la espada,
De tus amigos y gentes
Muro, esfuerzo y esperanza:
No te agrades de traidores
Ni les mires á la cara,
De quien de ti se fiare
No le engañes, que te engañas:
Perdona al vencido triste
Que no puede tomar lanza,

No des lugar que tu brazo
Rompa las medrosas armas;
Mas en tanto que durare
En tu contrario la saña,
No dudes el golpe fiero
Ni perdones la estocada:
A Zamora te encomiendo
Contra don Diego de Lara,
Que nada siente de honra
Quien no defiende su casa. —
En el libro de la misa
Le toma jura y palabra;
Pedrarias dice: — Si otorgo
Por aquestas letras santas. —
El padrino le dió paz,
Y el fuerte escudo le abraza
Y doña Urraca le ciñe
Al lado izquierdo la espada.

vi. — (Anónimo.) (1)

Arias Gonzalo responde
Diciendo que han mal hablado;
Mandan asnar varones
Que juzguen en este caso.
Doce salen de Zamora
Y otros doce van del campo.
Arias Gonzalo se armaba
Para combatir el pacto,
Consiógo lleva cuatro hijos
Que en el mundo Dios le ha dado;
A todos los de Zamora
Desta manera ha hablado:
— Varones de gran estima,
Los pequeños y d'estado,
Si hay alguno entre vosotros
Que en la muerte de don Sancho
Y en la traición de Vellido
Pueda encontrarse culpado,
Dígame muy prestamente,
De decillo no haya empacho,
Que mas quiero irme en destierro
Y en Africa desterrado,
Que no en campo ser vencido
Por alevoso y malvado. —
Todos dicen prestamente
Sin alguno estar callado:
— Mal fuego nos queme, conde,
Si en tal muerte hemos estado;
No hay en Zamora ninguno
Que tal hubiese mandado:
El traidor Vellido Dolfos
Por sí solo lo ha acordado,
Bien podeis vos ir seguro,
Id con Dios, Arias Gonzalo.

vii. — (Anónimo.)

Ya se salen por la puerta,
Por la que salía al campo,
Arias Gonzalo y sus hijos
Todos juntos á su lado.
El quiere ser el primero
Porque en la muerte no ha estado
De don Sancho, mas la infanta
La batalla le ha quitado,
Llorando de los sus ojos
Y el cabello destrenzado:
— ¡Ay! ruégovos por Dios, dice,
El buen conde Arias Gonzalo,
Que dejéis esta batalla
Porque sois viejo y cansado,
Dejáisme desamparado
Y todo mi haber cercado,
Ya sabeis como mi padre
A vos dejó encomendado
Que no me desampareis,
Ende mas en tal estado. —
En oyendo aquesto el conde
Mostróse muy enojado:
— Dejédsme ir, mi señora,
Que yo estoy desafiado
Y tengo de hacer batalla,
Porque fui traidor llamado. —
Con la infanta, caballeros
Juntos al conde han rogado
Que les deje la batalla,
Que la tomarán de grado.
Desque el conde vido aquesto
Recibió pesar doblado;
Llamára sus cuatro hijos
Y al uno dellos ha dado
Las sus armas y su escudo,
El su estoque y su caballo.
Al primero le bendice
Porque era del muy amado,
Pedrarias habia por nombre,
Pedrarias el castellano.
Por la puerta de Zamora
Se sale fuera y armado,
Topárase con don Diego,
Su enemigo y su contrario:
— Sáveos Dios, don Diego Ordoñez,
Y él os haga prosperado,
En las armas muy dichoso,
De traiciones libertado:
Ya sabeis que soy venido
Para lo que está aplazado,
A libertar á Zamora
De lo que le han levantado. —

Don Diego le respondiera
Con soberbia que ha tomado:
— Todos juntos sois traidores,
Por tales sereis quedados. —
Vuelven los dos las espaldas
Por tomar lugar del campo,
Hiriéronse juntamente
En los pechos muy de grado,
Saltan astas de las lanzas
Con el golpe que se han dado,
No se hacen mal alguno
Porque van muy bien armados.
Don Diego dió en la cabeza
A Pedrarias desdichado,
Cortárale todo el yelmo
Con un pedazo del casco;
Desque se vido herido
Pedrarias y lastimado,
Abrazárase á las celines
Y al pescuezo del caballo:
Sacó esfuerzo de flaqueza,
Aunque estaba mal llagado:
Quiso ferir á don Diego,
Mas acertó en el caballo,
Que la sangre que corria
La vista le había quitado:
Cayó muerto prestamente
Pedrarias el castellano.
Don Diego que vido aquesto
Toma la vara en la mano,
Dijo á voces: — ¡Ah Zamora!
¿Dónde estás, Arias Gonzalo?
Envía el hijo segundo
Que el primero ya es finado. —
Envió el hijo segundo
Que Diego Arias es llamado.
Tornára á salir don Diego
Con armas y otro caballo,
Y diérale fin á aquesto
Como al primero le ha dado:
El conde viendo á sus hijos
Que los dos le han ya faltado,
Quiso enviar al tercero,
Aunque con temor doblado:
Llorando de los sus ojos
Dijo: — Ve, mi hijo amado,
Haz como buen caballero
Lo que tú eres obligado:
Pues sustentas la verdad,
De Dios serás ayudado,
Venga las muertes sin culpa
Que han pasado tus hermanos. —
Hernán D'arias, el tercero,
Al palenque habia llegado,

(1) Al mismo asunto hay uno en los romances de Sepúlveda, que empieza así: « De la cobdicia que es mala. »

(1) Este romance está unido al anterior en el Cancionero de Romances, pero en el Romancero del Cid está separado y forma uno por sí solo.

Mucho mal quiere a don Diego,
Mucho mal y mucho daño.
Alzó la mano con saña,
Un gran golpe le había dado,
Mal herido le ha en el hombro,
En el hombro y en el brazo.
Don Diego con el su estoque
Le hiriera muy de su grado,
Hiriéndolo en la cabeza,
En el casco le ha tocado.
Recudió el hijo tercero
Con un gran golpe al caballo,
Que hizo ir a don Diego
Huyendo por todo el campo.
Así quedó esta batalla
Sin quedar averiguado
Cuáles son los vencedores,
Los de Zamora ó del campo.
Quisiera volver don Diego
A la batalla de grado,
Mas no quisieron los fieles,
Licencia no le han dado.

viii. — (Anónimo.)

Ante los nobles y el vulgo
Dese pueblo zamorano
Hablando con Diego Ordoñez
Está el viejo Arias Gonzalo.
En las palabras que dice
Con pecho feroz y airado
Arias demuestra su enojo,
Y Ordoñez su pecho hidalgo.
— Cobarde, el viejo le dice,
Animoso con muchachos,
Pero con hombres de harba
Tímido cual liebre al galgo;
Si yo a batalla saliera
No vivierades ufano.
Ni trajera por mis hijos
Aqueste capuz cerrado,
Que por vos es de Vivar
Le trajera cual le traigo,
Siendo la menor hazaña
Que se apetece a mi brazo,
Pues bien sé que sois, Ordoñez,
Mas arrogante que bravo,
Y sabéis que en todo tiempo
Obro más de lo que hablo,
Y con aquesto sabéis
Que por miedo el rey don Sancho
Estorbió que los tres condes
No entraran conmigo en campo,
Contando mis valentías
Cuando dijo al zamorano:
« Mete hierro y saca sangre
Y espolea ese caballo; »
Y cuando maté a los dos,

Por el que se fué escapando
Cual si yo fuera el vencido
Quedé mi barba mesando;
Y también como los condes,
Porque fueron tan osados,
Del encuentro de mi lanza
Volaron de los caballos,
A cuya causa las damas
Bajaron de los andamios,
Y á competencia mi cuello
Enlazaron con sus brazos,
Por los que dieran mancebos
Sus tiernos y verdes años,
Movidos solo de envidia
De los deste viejo cano.
También tendredes memoria
De cuando con diez paganos
Tuve solo escaramuzza
Dando de diez, rueve al campo;
Y con aquesta noticia
De cuando vencí á Albenzaidos,
Saliedo de industria á pié
Y el diestro moro á caballo,
Cuando le dejé la vida
Porque dijo: « Arias Gonzalo,
Mas vale ser tu vencido
Que ser vencedor de un campo. »
Y otros hechos valerosos
Que el mundo dice y yo callo,
Porque en infinito tiempo
No hay tiempo para contallo.
Perque de pavor no mueras
Aquesta estoque no arranco,
Que está de un millon de muertos
Boto y de sangre esmaltado.
Estas honrosas hazañas
Por tu infamia y mi honor saco;
Las tuyas son que malaste
Un rapaz y otro muchacho. —
El cortes don Diego Ordoñez
Templóse de cortesano,
Respondiendo a voces altas,
Con órgano humilde y bajo;
Y con el rostro risueño,
Un poco torcido el brazo,
De codo sobre la espada,
Y el rostro sobre la mano,
Le dice: — Aquesas proezas
Y esos hechos soberanos,
El cielo y tu buena suerte
Se las concedió á tu brazo:
En tu causa soy testigo,
Y por serlo en razon valgo,
Y tú en las mias no vales
Por testigo apasionado,
Y aunque puedo referirte
Valentías y hechos raros
Que casi imitan los tuyos,

Aunque á los tuyos agravio,
Solo diré por honrarme
Con lo que me has deshonrado,
Que les di muerte á dos hijos
Del que ha sido tan honrado
Que se ha atrevido á venir
Al real de su contrario.
Repórtate, Gonzalo Arias,
Repórtate, Arias Gonzalo. —
El viejo que ya tenía
El corazon desfogado,
Conoció haber emprendido
Un hecho muy temerario;
Desto y del valor de Ordoñez
Viéndose tan obligado,
Profesando su amistad
Le pide la amiga mano.
Pióla don Diego de Lara
Con un semblante galiardo,
Y tras darla, el uno al otro
Enreda y cruza los brazos.
Celebran las amistades
Todos y el Cid castellano,
Y con esto dió la vuelta
A Zamora Arias Gonzalo.

ix. — (Anónimo.) (1)

Sembrado está el duro suelo
De la sangre zamorana
De los tres hijos queridos
Del buen viejo Gonzalo Arias:
Sembrado está el duro suelo
De las piezas de las armas,
Y del batir de los golpes
Surcada la empalizada.
Rodrigo Arias queda muerto
En medio de la estacada,
Y su caballo á don Diego
Sacó fuera de la raya,
Y aun el animoso Ordoñez
Volver quiere á la batalla
Para lidiar con los dos
Que por vencer le quedaban.
El viejo Arias armado
Furioso empuña la lanza,
Que quiere vengar con ella
Tanta sangre derramada.
Con la voz ronca y horrible
Por medio de todos pasa,

Y al matador de sus hijos
Dice airado estas palabras:
— Pues la sangre, ardiente jóven,
Crudo lobo, no te harta,
Mata tu sed con la mia,
De un viejo que te desama,
Que yo beberé la tuya
Con que mitigue mi saña,
Y acompañaré mis hijos
En la muerte por su patria.

x. — (Anónimo.)

Por aquel postigo viejo
Que nunca fuera cerrado
Vi veoir pendon hermejo
Con trecientos de á caballo:
En medio de los trecientos
Viene un monumento armado,
Y dentro del monumento
Viene un ataud de palo,
Y dentro del ataud
Venía un cuerpo finado
Qu'era el de Fernando D'arias,
El hijo de Arias Gonzalo.
Llorábanle cien doncellas,
Todas ciento hijosdalgo,
Todas eran sus parientas
En tercero y cuarto grado,
Las unas le dicen primo,
Otras le llaman hermano,
Las otras decían tío,
Otras lo llaman cuñado,
Sobre todas lo lloraba
Aquesa Urraca Hernando.
¡ Y cuán bien que las consuela
Ese viejo Arias Gonzalo!
— ¿ Porqué llorais, mis doncellas?
¿ Porqué haceis tan grande llanto
No lloréis así, señoras,
Que no es para llorallo,
Que si un hijo me han muerto
Aqui me quedaban cuatro;
No murió por las tabernas
Ni á las tablas jugando,
Mas murió sobre Zamora
Vuestra honra bien guardando:
Murió como caballero
Con sus armas peleando.

(1) El mismo asunto que el del anterior.

CUARTA PARTE

DE LOS ROMANCES DEL CID

QUE TRATA DE SUS HECHOS

DURANTE

EL REINADO DE ALFONSO VI EL BRAVO, Y DE SU MUERTE.

I. — (Anónimo.) (1)

Doña Urraca, aquesa infanta (2),
Mensageros ha enviado
Que vayan con las sus cartas
A don Alfonso su hermano,
El cual estaba en Toledo
Del rey moro acompañado.
Toman caballos y postas
Los mas ligeros y flacos,
Caminan dias y noches
Con camino apresurado:
Llegaron presto á Toledo;
En un lugar muy poblado,
Olias habia por nombre,
Olias el saqueado,
Toparon á Peranzures,
Un caballero afamado
Que en libertar á su rey
Mucho tiempo ha trabajado:
Llamára los mensageros
En un lugar apartado,
Cortárale las cabezas,
Las cartas les ha tomado,
Fuérase para Toledo
Sin á nadie haber topado:
Fuése para don Alfonso
Que dél era muy amado,
Contóle toda la muerte
Que fué dada al rey don Sancho,
Y como por él venian
Para dalle su reinado;
Que lo tuviese secreto
Porque al rey parte no ha dado.
Respondió el rey que si haria,
Que no tuviese cuidado.
Fuérase el rey don Alfonso,
Cuando deste se ha apartado,
A ese rey Alimaimon,

(1) Este romance, el de: « Arias Gonzalo responde, » y el de: « Ya se salen por la puerta, » forman uno solo en el *Cancionero de Romances*.

Que á Toledo habia tomado;
Dijole secretamente
Todo lo que habia pasado,
Porque siempre don Alfonso
Fué discreto y avisado,
Y pensó que si estas nuevas
De otro el rey fuese informado,
Que no le vendría bien,
Sino mucho mal y daño.
Pero respondióle el rey
Con gran placer que ha tomado:
—Yo te doy mi fe y palabra
Que tu Dios te ha aconsejado,
Porque tengo en los caminos
Mucha gente de caballo
Que te guarden las salidas
Y las entradas y pasos:
Si salieras sin licencia
Tú fueras despedazado,
Mas pues eres tú tan fiel,
Galardon te será dado.—
Sentáronse en una mesa
Y el ajedrez han tomado:
Juega tanto don Alfonso
Que el rey estaba enojado,
Tres veces le dijo: —Vete,
Vete y salte del palacio.—
Don Alfonso muy contento
Fuése á su casa de grado,
Fuése con él Peranzures,
Que desto mucho se ha holgado.
Toma sogas y maromas
Por salvar del muro abajo,
Afuera caballos tienen,
Todos están en el campo.
Sálense á la media noche
Que está todo asesegado,
Cubierto con las estrellas
Y con la luna alumbrado.

(2) Desde aquí empiezan los romances que tratan del juramento exigido y tomado por el Cid al rey Alfonso VI, hasta que este le desterró.

Bajan por Sant Agustin,
Un monesterio cercado,
Cerca está de la ribera
De aque-se rio de Tajo,
Sálense hácia la vega
Y en el camino han entrado;
No paran noche ni dia,
Porque no hayan de alcanzallos:
Llégan muy presto á Zamora
Que es pueblo muy bien cercado,
Sus vasallos lo reciben,
Aunque no le habian jurado.
Hablando está con su hermana
De la muerte de su hermano,
Cuando salió un caballero
Que Ruy Diaz es llamado
Este nunca habia querido
A su rey besar la mano,
Hasta que por juramento
Pruebe ser libre y salvado
De la muerte que fué dada
A su hermano el rey don Sancho,
Porque uadie de los suyos
Nunca en esto ha sido osado
De tomar tal juramento
Sino el Cid, que es muy honrado.
En esto respondió el rey,
Bien oireis lo que ha hablado:
—¿Cuál causa, vasallos míos,
Cuál es la causa y pecado
Que solo Ruy Diaz queda
Que no me besa la mano?
Yo siempre le hice honra
Como mi padre ha mandado,
Siempre le hice mercedes,
De todos es mas privado.—
Allí respondiera el Cid
Con semblante mesurado:
—Don Alfonso, don Alfonso,
Por fuerza teneis vasallos,
Que todos tienen sospecha
Que vos solo sois culpado
De la muerte que fué dada
A vuestro hermano en el campo,
Y cualquier que me quisiere
Por contino y por vasallo
Pagaráme muy buen sueldo,
Y sino soy libertado,
Que ser siervo de traidores
No me cumple ni es mi grado:
Vos hareis el juramento
Que todos han demandado.—
Mucho se holgó el rey
De lo que el Cid ha hablado:
—Dios os ponga en honra, el Cid,
En gran honra y gran estado.
Ruego á la Virgen Maria
Y á su Hijo muy amado

Que muriese por tal muerte
Como murió el rey don Sancho,
Si fui en dicho ni en hecho
De la muerte de mi hermano,
Aunque como sabeis todos
Me tuvo el reino forzado:
Por tanto os ruego, señores,
Como amigos y vasallos,
Que deis órden y manera
Como desto sea librado.—
Allí respondieran todos
Sus vasallos y criados:
—Este juramento, el rey,
En Búrgos debreis jurarlo,
En Santa Agueda la iglesia
Do juran los hijosalgo,
Vos y doce caballeros
De los vuestros toledanos.—
El fué desto muy contento
Y luego lo hace de grado.
En Santa Agueda de Búrgos
Estaba el rey asentado
Cuando se llegó el Cid
Con un libro en la su mano,
En que están los evangelios
Y un crucifijo pintado:
Comienza desta manera,
Desta manera ha hablado:
—Todos venis con el rey
Porque jure y sea librado:
Si cualquiera de vosotros
En aquesto habeis estado
O si vos, rey don Alfonso,
De cruel muerte seais matados.
—Amen, amen, dijo el rey,
Que de tal no soy culpado.—
Los sus vasallos entonces
Las llaves le han entregado;
Alzáronlo por su rey,
Todos le besan las manos,
A todos hace mercedes,
De todos es muy amado.

II. — (Anónimo.)

En Toledo estaba Alfonso,
Que non cuidaba reinar,
Desterrárale don Sancho
Por su reino le quitar.
Doña Urraca á don Alfonso
Mensagero fué á enviar,
Las nuevas que le traian
A él gran placer le dan.
—Rey Alfonso, rey Alfonso,
Que te envian á llamar;
Castellanos y leoneses
Por rey alzado te han
Por la muerte de don Sancho

Que Vellido fué á matar :
Solo entre todos Rodrigo,
Que no te quiere acetar,
Porque amaba mucho al rey
Quiere que hayas de jurar
Que en la su muerte, señor,
No tuviste que culpar.
— Bien vengais, los mensageros,
Secretos querais estar,
Que si el rey moro lo sabe
El aquí nos detendrá. —
El conde don Peranzures
Un consejo le fué á dar,
Que caballos bien herrados
Al reyes habian de herrar.
Descuélganse por el muro,
Sálese de la ciudad,
Fueron á dar á Castilla
Do esperándolos están.
Al rey le besan la mano,
El Cid no quiere besar,
Sus parientes castellanos
Todos juntado se han.
— Heredero sois, Alfonso,
Nadie os lo quiere negar;
Pero si os place, señor,
Non vos debe de pesar
Que nos fagais juramento
Cual vos lo quieren tomar,
Vos y doce de los vuestos,
Los que vos querais nombrar,
De que en la muerte del rey
Non tenedes que culpar.
— Pláceme, los castellanos,
Todo os lo quiero otorgar. —
En Santa Gadea de Búrgos
Allí el rey se va á jurar,
Rodrigo tomó la jura
Sin un punto mas tardar,
Y en un cerrojo bendito
Le comienza á conjurar :
— Don Alfonso, y los leoneses,
Venid vos á salvar
Que en la muerte de don Sancho
Non tuvisteis que culpar
Ni tampoco della os plugo,
Ni á ella disteis lugar :
Mala muerte hayais, Alfonso,
Si non dijereis verdad,
Villanos sean en ella
Non fidalgos de so ar,
Que non sean castellanos
Por mas deshonra vos dar,
Sino de Asturias de Oviedo
Que non vos tengan piedad.
— Amen, amen, dijo el rey,
Que non fui en tal maldad. —
Tres veces tomó la jura,

Tantas le va á preguntar.
El rey viéndose afneado,
Contra el Cid se fué á airar :
— Mucho me afneais, Rodrigo,
En lo que no hay que dudar,
Gras besarme heis la mano
Si agora me haceis jurar.
— Si señor, dijera el Cid,
Si el sueldo me habeis de dar
Que en la tierra de otros reyes
A fijosdalgos les dan;
Cuyo vasallo yo fuere
Tambien me lo ha de pagar,
Si vos dárme lo quisieredes
A mí placer me vendrá. —
El rey por tales razones
Contra el Cid se fué á enojar,
Siempre desde allí adelante
Gran tiempo le quiso mal.

III. — (Anónimo.)

Hizo hacer al rey Alfonso
El Cid un solemne juro
Delante de muchos grandes
Que se hallaron en Búrgos.
Mandó que con él viniesen
Doce caballeros suyos
Para que con él jurasen
Cada cual uno por uno
En la muerte de don Sancho
Que lo mataron seguro
En el cerco de Zamora
A traición y junto al muro.
Y cuando en el templo santo
Estuvieron todos juntos,
Levantóse del escaño
El Cid, y aquesto propuso :
— Por aquesta santa casa
Donde estamos ende ayuso,
Que digades la verdad
De aquesto que vos pregunto.
Si vos, rey, fuisteis la causa,
O de los vuestos alguno,
En la muerte de don Sancho,
Hayais la muerte que él hubo. —
Todos dijeron : Amen;
Mas el rey quedó confuso,
Pero por cumplir el voto,
Respondió : — Lo mesmo juro. —
Fincó la rodilla en tierra
Por facer la corte ayuso,
El Cid delante de todos
Al rey le habla sesudo :
— Si ayer non vos besé mano,
Mi rey, á ello fui tenuto,
Mas agora vos la beso
Con todo mi grado y gusto.

En esto que aquí he hablado
Nos os he fecho agravio alguno,
Que esto debiera al rey Sancho
Como leal vasallo suyo,
Y si aquesto non ficiera
Yo quedára por perjuro,
Et non por buen caballero
Me tuviera todo el vuigo.

IV. — (Anónimo.) (1)

En Santa Agueda de Búrgos
Do juran los hijosdalgo,
Le tomaban jura á Alfonso
Por la muerte de su hermano.
Tomábasela el buen Cid,
Ese buen Cid castellano,
Sobre un cerrojo de fierro
Y una ballesta de palo,
Y con unos evangelios
Y un crucifijo en la mano.
Las palabras son tan fuertes,
Que al buen rey ponen espanto :
— Villanos mántente, Alfonso,
Villanos, que no fidalgos
De las Asturias de Oviedo
Que no sean castellanos;
Mántente con agujadas
No con lanzas ni con dardos,
Con cuchillos cachicuernos
No con puñales dorados,
Abarcas traigan calzadas
Que no zapatos con lazo,
Capas traigan aguaderas
No de contray ni frisado,
Con camisones de estopa
No de holanda, ni labrados,
Cabalguen en sendas burras
Que no en mulas ni en caballos,
Frenos traigan de cordel
Que no cueros fogueados,
Mántente por las aradas
Que no en villas ni en poblado,
Sáquente el corazon vivo
Por el siniestro costado,
Si no dices la verdad
De lo que eres preguntado,
Sobre si fuiste ó no
En la muerte de tu hermano. —
Las juras eran tan fuertes
Que el rey no las ha otorgado :
Allí habló un caballero
Que del rey es mas privado :

— Haced la jura, buen rey,
No tengais deso cuidado,
Que nunca fué rey traidor,
Ni papa descomulgado. —
Jurado habia el buen rey
Que en tal nunca fué hallado;
Pero tambien dijo presto
Malamente y enoado :
— Muy mal me conjuras, Cid,
Cid, muy mal me has conjurado,
Porque hoy le tomas la jura
A quien has de besar mano.
Vete de mis tierras, Cid,
Mal caballero probado,
Y no vengas mas á ellas,
Dende este dia en un año.
— Pláceme, dijo el buen Cid,
Pláceme, dijo, de grado,
Por ser la primera cosa
Que mandas en tu reinado :
Por un año me destierras,
Yo me destierro por cuatro. —
Ya se partia el buen Cid
A su destierro de grado
Con trecientos caballeros,
Todos eran hijosdalgo,
Todos son hombres mancebos,
Ninguno allí no habia cano,
Todos llevan lanza en puño
Con el fierro acicalado,
Y llevan sendas adargas
Con borlas de colorado,
Y no le faltó al buen Cid
Adonde asentar su campo.

V. — (Anónimo.) (2)

Fincad ende mas sesudo,
Don Rodrigo, con vos fablo,
Catad que soy vuestro rey
Maguer que no esté jurado,
Y este cerrojo de fierro
Y esta ballesta de palo,
Como fincan en mi jura
Fincan tambien en mi agravio.
Yo fago testigo á Dios
Y á nuestro patron Santiago,
Que non he sido traidor
En la muerte de don Sancho.
Non mostréis con ser sañudo
Ser, Rodrigo, apasionado,
Que maguer que haya razon
Se ha de humillar el vasallo.

(1) Es con algunas variantes el mismo de: «En Santa Gadea de Búrgos,» del *Romancero del Cid*, que se suprime por lo mismo y por estar modernizado.

(2) Es al mismo asunto de los anteriores.

Si con las huestes, Rodrigo,
Fincades sañudo y bravo,
Sed con los reyes humilde,
Y se'eis mas estinado.
Non eclipseis con la lengua
Los fechos de vuestros brazos,
Que el fablar sin ocaion
Es de homes afeinados.
Bien se me lembra del tiempo
Que como noble soldado
Habeis servido en las lides
A mi padre don Fernando,
Mas non vos ensolberzezan
Los triunfos que heis alcanzado,
Que es la jactancia un borron
Que borra fechos muy claros.
Decis que si parte he sido
En la muerte de mi hermano
Que me den villanos muerte,
Fablais bien, serán villanos:
Non fincará contra rey,
Ningun vasallo fidalgo,
Que un fidalgo nunca emprende
Facer tal desaguisado. —
Esto dijo don Alfonso
Teniendo puesta la mano
Sobre un cerrojo de hierro
Y una ballesta de palo.

VI. — (Anónimo.) (1)

Por la muerte que le dieron
En Zamora al rey don Sancho
Han jurado al rey Alfonso
Los hombres buenos y honrados
Castellanos y leoneses,
Con galegos y asturianos.
El Cid rehusa la jura
Y así el buen rey le ha hablado:
— Decid, ¿por qué non queréis,
Buen Cid, besarme la mano,
Pues que lo han hecho los grandes
Cuantos hay en mi reinado? —
El Cid respondió: — Señor,
Ficiéralo de buen grado,
Si no fuera por el vulgo
Que gran sospecha ha tomado
Que por vuestra orden y mía
A traicion murió don Sancho.
Para que mejor se entienda
La verdad y lo contrario,
Es bien que fagais la jura
En un altar consagrado
De que nunca hubiste parte
En fecho tan feo y malo.—

El rey fué contento desto,
Y en un altar consagrado
Ambas las dos manos puso
Sobre un evangelio santo,
Diciendo non haber parte
En la muerte de su hermano.
El Cid tres veces repite,
Por lo que el rey enojado
Le dijo: — Basta que hagais
Lo justo y no demasiado,
Pero yo juro y prometo
Que presto me haga vengado.
— Buen rey, faced vuestra guisa,
Respondió el Cid sosegado,
Que yo tengo hecho mi oficio
Como caballero honrado.

VII. — (Sepúlveda.)

Ese buen Cid Campeador
Ya se parte de Castilla:
Por mando del rey Alfonso
Lleva su mensagería
A Almucanis ese moro
Rey de Cordoba y Sevilla,
Para que le den las parias
Pasadas que le debía.
En Sevilla estaba el Cid
Faciendo á lo que venia,
Mudafar, rey de Granada,
A Almucanis mal queria,
Caballeros castellanos
Mudafar consigo habia,
Son de los mas estimados
Que habia dentro en Castilla:
Don Garcia Ordoño el uno
Que conde todos decian,
Fernan Sanchez era el otro,
Yerno del rey don Garcia,
Y Lope Sanchez su hermano
Estaba en su compañía,
Y otro caballero honrado,
Diego Perez se decía:
Ellos con grandes poderes
Con el Mudafar venian
Contra Almucanis, el rey
Que pechero es de Castilla.
El Cid cuando aquesto supo
Mucho pesado le habia,
Enviárale sus cartas
Y en ellas así decía:
« Que non vengán con su gente
« Contra el reino de Sevilla,
« Que es pechero al rey Alfonso
« Con quien amistad tenia:

« Y si lo quieren facer,
« Que su rey ayudaria
« A Almucanis su vasallo,
« Que otra cosa no pedia. »
Recibido han las cartas,
Mas en nada las tenian:
Entran en tierras del rey,
Del rey moro de Sevilla,
Que mandando van y estragando
Fasta Gabra aquesa villa.
El Cid cuando aquesto supo
Contra ellos se partia:
Moros llevaba consigo,
Cristianos los que podía.
Las huestes se habian juntado,
El Cid mataba y heria:
Muy reñida es la batalla,
Durado ha casi un día,
Fasta que venciera el Cid
Y en huida los ponía.
A caballeros cristianos
El buen Cid muchos prendía,
De moros non habia cuenta
Los que cautivado habia.
Tres días tuviera pre-os
Los cristianos que vencía,
Volvióse con gran despojo
A Sevilla do partía:
Almucanis dió las parias
Y á Castilla se volvía.
Mucho plugo al rey Alfonso
De lo que el Cid fecho habia,
Y de aquel día adelante
Al Cid Campeador decian.

VIII. — (Anónimo.) (1)

Fablando estaba en el claustro
De San Pedro de Cardeña
El buen rey Alfonso al Cid,
Despues de misa, una fiesta:
Trataban de las conquistas
De las mal perdidas tierras
Por pecados de Rodrigo
Que amor disculpa y condena.
Propuso el buen rey al Cid
El ir á ganar á Cuenca,
Y Rodrigo mesurado
Le dice desta manera:
— Nuevo sois, el rey Alfonso,
Nuevo rey sois en la tierra,
Antes que á guerras vayades
Sosegad las vuestras tierras.
Muchos daños han venido

Por los reyes que se ausentan,
Que apenas han calentado
La corona en la cabeza:
Y vos non estais muy seguro
De la calumnia propuesta
En la muerte de don Sancho
Sobre Zamora la Vieja,
Que aun hay sangre de Vellido,
Magüer que en fidalgas venas,
Y el que fizo aquel venablo
Si le pagan fará treinta. —
Bermudo en lugar del rey
Dice al Cid: — Si vos aquejean
El cansancio de las lides
O el deseo de Jimena,
Idvos á Vivar, Rodrigo,
Y dejadle al rey la empresa,
Que homes tiene tan fidalgos
Que non volverán sin ella.
— ¿Quién vos mete, dijo el Cid,
En el consejo de guerra,
Fraile honrado, á vos agora
La vuesa cogulla puesta?
Subidvos á la tribuna
Y rogado á Dios que venzan,
Que non venciera Jozué
Si Moisés non lo ficiera.
Llevad vos la capa al coro,
Yo el pendon á las fronteras,
Y el rey sosiegue su casa
Antes que busque la agena,
Que non se farán cobarde
El mi amor, ni la mi queja,
Que mas traigo siempre al lado
A Tizona, que á Jimena.
— Home soy, dijo Bermudo,
Que antes que entrára en la regla,
Si non vencí reyes moros,
Engendré quien los venciera:
Y agora en vez de cogulla,
Quando la ocasion se ofrezca
Me calaré la celada
Y pondré al caballo espuela.
— Para fugir, dijo el Cid,
Podrá ser, padre, que sea,
Que mas de aceite que sangre
Manchado el hábito muestra.
— Calledes, le dijo el rey,
En mal hora, que non en buena;
Acordársevos debía
De la jura y la ballesta.
Cosas tenedes, el Cid,
Que farán fablar las piedras,
Pues por cualquier niñeria

(1) Aquí empiezan los romances del Cid des-
terrado hasta que conquistó á Valencia y envió
parias al rey Alfonso. Se comprenden tambien
los de Martin Pelaez.

(1) Es al asunto de los anteriores, pero el mejor considerándolo como poesia.

Faceis campaña la iglesia.—
Pasaba el condé de Oñate
Que llevaba la su dueña,
Y el rey por hacer mesura
Acompañóla á la puerta.

IX. — (Anónimo.)

Si atendeis que de los brazos
Vos aice, atended primero
Si no es bica que con los mios
Cuide subirvos al cielo :
Bien estais afinojado,
Que es pavor veros enhiesto,
Que asiento es asaz debido
El suelo de los soberbios :
Descubieró estais mejor
Despues que se han descubierto
De vuestas altanerías
Los mal guisados escesos.
¿Eu qué os habeis empachado
Que dende el pasado invierno
Non vos han visto en las córtés,
Puesto que córtés se han fecho ?
¿Porqué, siendo cortosono,
Traeis la barba y cabello
Descompuesto y desviada
Como los padres del yerno ?
Fues aunque vos lo pregunto
Asaz que bien os entiendo,
Bien conozco vuestas mañas
Y el semblante falagüeno :
Querreis decir que cuidando
En mis tierras y pertrechos
Non cuidades de ahijarvos
La barba y cabello luengo.
Al de Alcalá contrallasteis
Mis treguas, paz y concierto,
Bien como si el querer mio
Tuvierades por muy vueso.
A los fronterizos moros
Diz que tenéis por tan vuestos
Que os adoran como á Dios ;
¡Grandes algos habreis dellos !
Quando en un jura os hallasteis,
Despues del triste suceso
Del rey don Sancho mi hermano
Por Velido traidor muerto,
Todos besaron mi mano
Y por rey me obedecieron
Solo vos me contrallasteis
Tomándome juramento :
En Santa Gudea lo fice
Sobre los cuatro evangelios,
Y en el ballestón dorado
Teniendo el cuadrillo al pecho.
Matarades á Velido
Si hicierais como bueno,

Que no ha faltado quien dijo
Que tuvisteis asaz tiempo :
Fasta el muro lo seguisteis,
Y al entrar la puerta dentro
Bien cerca estaba quien dijo
Que non osasteis de miedo :
Y nunca fueron los mios
Tan astutos y mañeros
Que cuidasen que don Sancho
Muriese por mis consejos ;
Murió porque á Dios le plugo
En su juicio secreto,
Quizá porque de mi padre
Quebrantó sus mandamientos.
Por estos desaguisados,
Desavenencias y tuertos,
Con titulo de enemigo
De mis reinos vos destierro.
Yo tendré vuestos condados
Fasta saber por entero,
Con acuerdo de los mios,
Si confiscarvos puedo.
Non repliqueis pañabra,
Que vos juro por san Pedro
Y por san Millán bendito
Que podré enforcaros luego.—
Estas palabras le dijo
El rey don Alfonso el Sesto,
Inducido de traidores,
Al Cid, honor de sus reinos.

X. — (Anónimo.)

Téngovos de replicar
Y de contrallarvos tengo,
Que no han pavor los valientes
Ni los non culpados miedo.
Si finca muerta la honra
A manos de los genuestos,
Menos mal sera enforcarme
Que el mal que me habedes fecho.
Yo seré en tierra humildoso
A guisa de vuestro siervo,
Que teniendo los mis brazos
Cuido alzarme sin los vuestos.
Cúbranse y non vos acaten
Los ociosos falagüenos,
Que magüer yo non lo soy
Me puedo cubrir primero.
Bos vedades hubo córtés
Desde antaño por invierno,
Diz que por la pro comun,
O por los vuestos provechos :
Vos en Leon las ficisteis,
Pero yo en los campos yermos
Faciendo las miac, deslice
De' contrario los pertrechos.
Lo fecho en Alcalá vedes,

Non lo que fice primero,
Y es mal juzgador quien juzga
Sin notar todo el proceso.
Folga que el moro de allende
Respete mis fechos buenos,
Que si non me los respeta
Non vos guardará respeto.
Asaz me semejais blando
Porque de tiempo tan luengo
De apretarvos en la jura
Vos duele el escocimiento :
Mentirá el que me achacare
Del traidor Dolfos el tuerto.
Pues sabeles lo que fué
Y lo que fice en el reto :
Ademas que sin espuelas
Cabalgué entonces por yerro :
Vencen pesadas falsías
Al noble y sencillo berho.
Y pues gasté mis haberes
En prez del servicio vuestro,
Y de lo que hube ganado
Vos fice señor y dueño,
Non me lo confiscaredes
Vos, ni vuestos consejeros.
Que mal podredes tollerme
La hacienda que non tengo.
De hoy mas seré facendoso,
Pues hoy de vos me destierro,
Y de hoy para mi me gano,
Pues hoy para vos me pierdo.—
Estas palabras decia
El noble Cid, respondiendo
A las querellas injustas
Del rey don Alfonso el Sesto.

XI. — (Anónimo.)

Del rey Alfonso se queja
Ese buer Cid castellano
Por la injusta paga y premio
Que á sus servicios ha dado.
Dice entre airado y furioso,
El rostro triste y turbado :
— No te llamo, rey, injusto,
Porque al fin soy tu vasallo,
Ni porque me desterraste
De tu reino y mi condado,
Solo porque me perdi
En hacer tu gusto y grado.
Mal quisto estoy con el mundo
Por acrecentar tu estado,
Y por suplir tus flaquezas,
Dicen que robo y que malo
Esos falsos consejeros
Que te están aconsejando,
Corderos en la apariencia,
Y lobos en los estragos.

¡Oh cuán fáciles te hacen
Mil dificultosos casos,
Que quizá sin mi presencia
Resultarán en mil daños !
Acuérdate, rey Alfonso,
Que soy el Cid tu vasallo,
Mas presto para servirte
Que tú para darme el pago
De mis honrados servicios :
Aunque tú me has desterrado,
Movido, segun entiendo,
De que estoy atesorando,
Y sin mirar que si tengo
A'go, todo lo he ganado
A trueco de sangre y fuerza
De mi cuerpo y de mi brazo,
Y no viviendo en el ocio
Que hay en tu real palacio,
Donde se pasan los dias
En hacer grandes estragos,
No en los moros fronterizos,
Sino en deshonrar hidalgos.
No quiero ya los favores,
Rey, de todos tus privados,
Que sin ellos los tendré
De muchos buenos hidalgos.—
Esto decia Rodrigo
Quando estaba aparejando
Lo necesario y forzoso
Para salir desterrado.

XII. — (Anónimo.)

De palacio sale el Cid
Sentido de una palabra,
Que quien palabras no siente
El sentimiento le falta.
Las manos tuerce furioso,
Aunque no por castigarlas,
Porque contra su cabeza
Sus manos no se levantan.
Hechos dos Etnas los ojos
Brotan fuego y vivas llamas,
Porque en ellos como en lienzo
Pinta su pasión el alma.
Erizados los cabellos,
Revuelta la barba cana,
Que el tiro de la deshonra
Descompone barbancanas.
Pasease sin compas
Y alterada voz levanta,
Que el corazon con decir
Su pesadumbre descansa :
— Mal fablastes de mí, el rey.
Con voz muy desentonada ;
Yo palabra non vos dije,
Ca por mi mis obras fablan,
Y fablára mi Tizena

Por mi honor y por su fama,
Sino que el ser vos quien sois
La enmudece en la su vaina.
Vuestra fabla, rey Alfonso,
A mi fama non la infama,
Ca el señor á su vasallo
Aunque mas diga no agravia.
Desterraisme de mi tierra,
Desto non me finca saña,
Ca el hombre bueno fidalgo
De tierra agena hace patria.
Están muchos envidiosos
Junto á vos de mis fazañas,
Ca de ordinario la envidia
A la virtud acompaña.
Dicen entre juglerías
Y porque non vomitedes
Razones desaguasadas,
Y porque non vomitedes
Va la pildora dorada.
Mil mentiras falagüeñas,
Non verdades, á vos fablan,
Ca una vezada bregaron
La verdad é la privanza.
Non sentiredes mi mengua
Fasta la primer batalla,
Ca el bien non es conocido
Fasta que nos face falta. —
Esto dijo el Cid Ruy Díaz
Quando en Babieca cabalega,
Y hácia Valencia camina,
Tierra rica, hermosa y llana.

xiii. — (Anónimo.)

Grande saña cobró Alfonso
Contra el buen Cid castellano,
Porque le tomó la jura
De la muerte de su hermano :
Encubrió la su enemiga,
Aguardó á hacerse vengado.
El rey moro de Toledo,
Que Hafi Maimon es llamado,
Del Cid se quejara al rey
Que en su reino se había entrado,
Y hasta dentro de Toledo
Sus moros ha cautivado :
Siete mil son los cautivos,
Sin otro mucho ganado.
Mucho al rey Alfonso pesa,
Contra el Cid estaba arrado
Mucho mas que antes estaba ;
Con el rey lo habían mezclado
Por envidia que le tienen
Los grandes de su reinado.
Es ribióte el rey al Cid
Que salga de su reinado
Dentro de los nueve días,
Que mas non le da de plazo.

El buen Cid á sus parientes
Las cartas les ha mostrado,
Todos se quejan del rey
De haberlo tan mal mirado,
Desterrando un caballero
Tan valiente y esforzado,
Que muy bien había servido
A él, á su padre, y su hermano :
Ofrécese de ir con él
A lo servir muy de grado,
Y que todos morirían
Con él juntos en el campo.
El Cid les agradecia
La palabra que le han dado,
Y otro día salió el Cid
De Vivar, que era su estado,
Con toda su compañía
Con ánimos esforzados :
Volvióse á sus caballeros
Y esto les está hablando :
— Amigos, si á Dios pluguiere
Que á Castilla nos volvamos,
Digovos que tornaremos
Todos muy ricos y honrados.

xiv. — (Anónimo.)

Obedezco la sentencia,
Magüer que non soy culpado,
Pues es justo mande el rey
Y que obedezca el vasallo ;
Y plegue á Nuesa Señora
Que vos haga aventurado,
Tal que non echedes menos
La mi espada ni el mi brazo.
Bien cuído que non vos mueve
Servos yo desaguasado,
Sé que envidiosos á veces
Manchan los pechos fidalgos :
*Mas al fin el tiempo vos será testigo
Que ellos mugeres son, y yo Rodrigo.*
Esos bravos infanzones
Que comen á vuestro lado,
Consejeros mentirosos,
Lidiadores en palacio,
¿ Cómo non vos acorrieron
Quando preso vos llevaron,
Y cuando yo vos quité
Solo á trece en medio el campo ?
Sino que á tienda suelta
Fuyeron los amenguados
Donde mostraron tener
Lengua asaz y pocas manos :
*Mas al fin el tiempo vos será testigo
Que ellos mugeres son, y yo Rodrigo.*
Membrad vos, rey don Alfonso,
De lo que agora vos fablo,
Vos con saña, yo sesudo,

Vos vengado y yo agraviado,
Que yo fago pleitesia
A san Pedro y á san Pablo
De mezclar, Dios en ayuso,
Mi hueste con los paganos,
Y si finco vencedor
Poner á vuestro mandado
Los castillos y fronteras,
Pueblos, haberes, vasallos :
*Mas al fin el tiempo vos será testigo
Que ellos mugeres son, y yo Rodrigo.*

xv. — (Anónimo.)

Esenchó el rey don Alfonso
Las palabras halagüeñas
Del Cid en su despedida
Quando se partió á la guerra,
Y dijo á sus infanzones :
— Hoy deja nuestras banderas
El home mas animoso
Que sangre de moros riega,
Y aunque parezca osadia
El fablar con tantas veras,
Non fueron atrevimientos
Supuesto que lo asemejan.
Los amorios del alma
En el pecho do se encierran
Lealtad y amor, con su rey
Tienen para hablar licencia.
Alongado va al destierro,
Y veo que en su presencia
Es solo un home el que parte
Y mil voluntades lleva ;
Y cuído que un buen guerrero
Quando de su rey se ausenta
Reprochado de su corte
Se ha de tener á la agena.
Que de un edificio grande
Si se le rompe una piedra,
Por solo su desencaje
Se suele venir á tierra.
No hay folgarse entre los reyes,
Que nunca los reyes huelgan
Cuidando el pro de sus reinos
Y haciendo en los nueves guerra.
Si fidalgos con la espada
Por su rey en lides entran,
El rey con espada y alma
Anda, padece y pelea.
Gran lidiador es el Cid,
Fuerte y noble en gran manera,
Pero si non es homildoso
¿ De Dios y del rey qué espera ?
Conviene que el Cid se alongue
Y dirán en las nueves tierras,
Que Alfonso face justicia
Y en castigo á nadie excepta.

xvi. — (Anónimo.)

Don Rodrigo de Vivar
Está con doña Jimena
De su destierro tratando,
Que sin culpa le destierran.
El rey Alfonso lo manda,
Sus envidiosos se huelgan,
Llorale toda Castilla
Porque huertana la deja.
Gran parte de sus haberes
Ha gastado el Cid en guerra,
Non halla para el camino
Dinero sobre su hacienda.
A dos judios convida,
Y sentados á su mesa
Con amigables caricias
Mil florines les pidiera.
Dices que por seguro
Dos cofres de plata tengan,
Y que si dentro de un año
Non les paga, que la vendan
Y cobren la logreria
Como concertado queda.
Dióles dos cofres cerrados
Entrambos llenos de arena,
Y confiados del Cid
Dos mil florines le prestan.
— ¿ O necesidad infame,
A cuantos honrados fuerzas
A que por salir de tí
Hagan mil cosas mal hechas !
Rey Alfonso, señor mio,
A traidores das orejas,
Y á los fidalgos leales
Palacios y orejas cierras.
Mañana saldré de Búrgos
A ganar en las fronteras
Algun pequeño castillo
Adonde mis gentes quepan ;
Mas segun son de orgullosos
Los que llevo en mi defensa,
Las cuatro partes del mundo
Tendrán por morada estrecha.
Estarán mis estandartes
Tremolando en las almenas,
Caballeros agraviados
Hallarán guarida en ellas ;
Y por conservar el nombre
De tus reinos, que es mi tierra,
Los lugares que ganare
Serán Castilla la Nueva.

xvii. — (Anónimo.)

Ese buen Cid Campeador,
Que Dios en suñu mantenga,
Faciendo está una vigilia

En San Pedro de Cardeña,
Que el caballero cristiano
Con las armas de la Iglesia
Debo de guarnir su pecho
Si quiere vencer las guerras.
Doña Elvira y doña Sol,
Las sus dos hijas tan bellas,
Acompañan á su madre
Ofreciendo rica ofrenda.
Cantada que fué la misa,
El abad y monges llegan
A bendecir el pendon.
Aquel de la cruz bermeja.
Soltó el manto de los hombros,
Y en cuerpo con armas nuevas,
Del pendon prendió los cabos,
Y desta suerte dijera:
— Pendon bendecido y santo,
Un castellano te lleva
Por su rey mal desterrado,
Bien plañido por su tierra.
A mentiras de traidores
Inclinando sus orejas
Dió su prez y mis hazañas,
¡ Desdichado del y dellas!
Cuando los reyes se pagan
De falsas halagüeñas,
Mal parados van los suyos,
Luego mal les viene cerca.
Rey Alfonso, rey Alfonso,
Esos cantos de sirena
Te adormecen por matarte,
¡ Ay de tí si no recuerdas!
Tu Castilla me vedaste
Por haber folgado en ella,
Que soy espanto de ingratos
Y conmigo non cupteran.
¡ Plegue á Dios que non se calgan,
Sin mi brazo, tus almenas!
Tú que sientes me baldonas,
Sin sentir me lloran ellas.
Con todo, por mi lealtad
Te prometo las tenencias
Que en las fronteras ganaren
Mis lanzas y mis ballestas,
Que venganza de vasallo
Contra el rey, traicion semeja,
Y el sufrir los tuertos suyos
Es señal de sangre buena. —
Esta jura dijo el Cid,
Y luego á doña Jimena
Y á sus dos hijas abraza:
Mudas y en llanto las deja.

XVIII. — (Anónimo.) (1)

Estando cumpliendo el Cid
El destierro en que yacia,
Aquel á quien don Alfonso
Mandó salir de Castilla:
Por siniestas relaciones
Que envidiosos hecho habian
Contra el Cid, cosa ordinaria
Su propicia suerte vista,
Porque siempre al semejante
Cuyas hazañas se estiman
Le nacen fieros contrarios
Del efecto dellas mismas,
Viendo que en él y no en ellos
Con razon ponen la vista,
Y que escorrece sus nombres
El que ayer no le tenia,
Como si de sus principios
No se tuviese noticia
De que fueron adquiridos
Destas tres por una via,
O por privanza con reyes,
O por tetras, ó malicia,
Y que al que hoy da su valor nombre
Verle ensalzado se admiran
Sin porqué, pues no es ventaja
La antigüedad de algun dia,
Y deben de presumir
Que es de sangre ilustre y limpia,
Porque la que no lo es
Nobles acciones no cria.
El sujeto valeroso
Es parage de la invidia
Do hacen presa las lenguas
Por mil diferentes vias,
Que como ven que á la fama
Con sus hazañas obligan,
Y las inútiles suyas
Hacen el fin con sus vidas,
Procuran que las ajenas
No se celebren y digan,
Que las ignoren los reyes
Pretendiendo con malicia,
Queriendo trazarlo todo
Estas inmundas arpias.
Digo pues, que como el Cid
Con la paz no se entendia,
Y en los peligros mayores
Puesta llevase la mira,
Cercó á Alcocer que de moros
Era una fuerza escogida
Y la de mas importancia
En las partes fronterizas;

Pero no pudiendo entrarla
Con ásperas baterías,
Eché mano de la industria,
Que no es de menos estima
Que el valor y fortaleza
Ni de menor gloria digna,
Cosa loable en la guerra,
Codicada y permitida.
Hizo pues para cebarlos
Que con su genio huía,
Y que levantaba el cerco
Por hambre, sed y fatigas,
Dejándose muchas tiendas
Con preseas varias, ricas,
Porque el codicioso moro
Salga y el alcance siga,
Trayendo para robarlas
Menos órden con mas prisa,
Dejando la fuerza sola
Sin quien la entrada resista:
Y fué así, que como vieses
La repentina huida,
Desamparando el castillo
En su seguimiento tiran.
Pero á pequeña distancia
Vuelve con suerte propicia
El famoso de Vivar
Que una gruesa lanza cimbra,
Y en el bravo sarraceno
Haciendo sangrienta riza,
Sin aventurar soldado
Entró la fuerza y la villa.

XIX. — (Anónimo.)

Ya que acabó la vigilia
Aquel noble Cid honrado
Y dejó á doña Jimena
Y á sus dos hijas llorando,
A la vista de San Pedro
En un espacioso llano
Dijo con grande denuedo
A los que le están mirando:
— Quintientos fidalgos sois
Los que me heis acompañado,
A quien no diré lo mucho
Que os obliga el ser fidalgos;
Pero pues que me destierra
El rey por injustos casos,
Faced cuenta, mis amigos,
Que todos vais desterrados,
Y que han de guardar mi honra
Vuestra valor y mi brazo,
Que aunque él ha sido injusto
No lo han de ser sus vasallos,
Antes derramar la sangre
Por vencer á los contrarios. —
Todos respondien: — Buen Cid,

Vueso hablar es escusado,
Pues basta que nos mandéis
Para quedar obligados. —
Por tierras de moros entran
Muchas batallas ganando
Rindiendo muchos castillos,
Y reyes atributando.
Tanto pudo el gran valor
De aquel noble Cid honrado,
Que en poco tiempo conquista
Hasta Valencia llegando,
Donde alcanzó gran tesoro,
Y un grande presente ha enviado
Al ingrato rey Alfonso
De cien hermosos caballos,
Todos con ricos jaeces
De diferentes bordados,
Y cien moros, que los llevan
De las riendas, sus esclavos:
Y cien llaves de las villas
Y castillos que ha ganado,
Y tambien al rey envia
Cuatro reyes sus vasallos:
Aqueste presente lleva
Ordoño su gran privado.

XX. — (Anónimo.)

Mentirosos adalides
Que de las vidas ajenas
Guisais plato para el gusto
De muchas serdas orejas:
Fidalgos de Villalon,
Caballeros de Valduerna,
Hombres buenos de Villalva
Y cristianos de Sansueña:
Escuchadme si fincáredes
Con memoria, que mis quejas
Son hijas de vueso agravio
Y de vuesa culpa nietas:
Yo soy el Cid Campeador
Que lino sobre Consuegra,
Tan humilde al rey Alfonso
Cuanto á mi doña Jimena:
Yo soy aquel que mis armas
Toda la semana entera
Non se quitan dos vegadas
Del cuerpo que las sustenta,
Y el que en las batallas crudas
Con mi lanza y mi ballesta
Soy el primero de todos,
Y que non duermo en las tiendas:
Non fago tuerto á los míos
Magüer facerlo pudiera,
Antes les entrego juntos
Los haberes y tenencias:
Pelco con la Fizona,
Non ofendo con la lengua

(1) En los romances de Sepulveda hay uno al asunto que dice: « Por mando del rey Alfonso, »
Uno y otro son detestables.

Por non con ella imitar
 A las mal habladas fembras :
 Como en el suelo por falta
 De las levantadas mesas,
 Y por postre tengo asaltos,
 Que son frutas que me alegran :
 Non desentierro las vidas
 De hombre bueno o muger buca,
 Nin digo si fué fidalgo,
 Nin si ha pechado ó si pecha :
 Non trato sobre comida
 De hacer á nadie ofensa,
 Simon de si han apretado
 Bien las cinchas á Babieca :
 Non me acuesto imaginando
 Con mentiras quitar tierras,
 Si acaso puedo las gano,
 Y si non, fisco sin ellas,
 Y conquistando el castillo
 Fago pintar en sus piedras
 Las armas del rey Alfonso,
 Y yo humillado á par dellas :
 Llora, quando estoy á solas,
 La mi consorte Jimena,
 Que finca cual tortolilla
 Sola y triste en tierra agena,
 Que maguer es tierra suya
 Tiene enemigos muy cerca,
 Que pues lo son de su esposo,
 ¿ Quién duda lo serán della ?
 Pido justicia, y mis voces
 Cuido fasta el cie o llegan,
 Que como son voces justas
 Non dudo que llegar puedan :
 Aquesto escribe Rodrigo
 A los condes de Consuegra,
 A los fidalgos y ricos,
 Sin honor y sin hacienda.

XXI. — (Anónimo.)

Ese buen Cid Campeador
 De Zaragoza parba,
 Sus gentes lleva consigo
 Y la su seña tendida
 Para correr á Monzon :
 A Huesca tambien corria,
 A Onda con Almenar
 Estragado los habia.
 El rey Pedro de Aragon
 Muy gran pesar recibia
 Quando supo que el buen Cid
 Tan cerca de si yacia.
 Apellidara sus gentes,
 Muchas son en demasia ;
 Llegado han á Piedra Alta,
 Sus tiendas fincar facia,
 A ojos esta del Cid,

Mas para él no venia.
 El Cid salió de Monzon
 Con doce en su compañía
 A helgarse por el campo
 Armados de buena guisa.
 Los de ese rey de Aragon
 Le tuvieron puesta espia,
 Caballeros eran ciento
 Y cincuenta que á él salian.
 El Cid lidiara con todos,
 Como bueno los vencia :
 Siete son los caballeros
 Y caballos que prendia,
 Los otros huyen del campo
 Que aguardarle no querian :
 Los presos piden merced,
 Que los suelte le pedian,
 El Cid como es muy honrado
 Lo que piden concedia.

XXII. — (Sepúlveda.)

Adofir de Mudafar
 A Rueda en guarda tenia
 Por el buen rey don Alfonso
 Que conqnerido la habia.
 Almofalas, ese moro,
 Con sobrada maestria
 Metióse dentro el castillo,
 Con él alzado se habia :
 Adofir quando lo supo
 Al rey su mensage envia,
 Pidiéndole su socorro
 Para recobrar la villa.
 El rey envió á Ramiro
 Y á ese conde don Garcia,
 Con muchas gentes armadas
 Que van en su compañía.
 El moro quando lo supo
 Dijo el castillo daría
 A ese buen rey don Alfonso,
 Y que á otro no queria.
 Convidóle á comer
 Por hacelle alexosia
 Allí dentro del castillo :
 El rey temido se habia.
 El infante don Ramiro
 Con el conde en compañía
 Entraron para comer,
 Que ir el rey no queria ;
 Mas luego que entraron dentro
 A entrambos quitan la vida
 Con otros que van con ellos,
 Y al rey mucho le dolia.
 Túvose por deshonrado,
 Y al Cid sus cartas envia,
 Que estaba cerca de allí
 Desterrado de Castilla.

Rodrigo que vió el mensage
 Para el rey luego venia :
 Caballeros fijosdalgo
 Acompañado lo habian :
 Quando lo vido el buen rey
 Su perdon le concedia :
 Contólo lo acontecido,
 Que le vengue le pedia,
 Y que con el se viniese
 A su reino y señoría.
 El Cid le besó las manos
 Por el perdon que le hacia,
 Mas no lo quiso aceptar
 Si el rey no le prometia
 De dar á los fijosdalgo
 Un plazo de treinta dias
 Para salir de la tierra,
 Si algun crimen cometian,
 Y que fasta ser oidos
 Jamas los desterraria.
 Nin querantaria los fueros
 Que sus vasallos tenían,
 Nin menos que los pechase
 Mas de lo que convenia,
 Y que si lo tal ficiere
 Contra él alzarse podian.
 Todo lo promete el rey
 Que nada contradecia,
 Y á Castilla caminado
 Rodrigo el cerco ponía.
 Al moro que tal mal hizo
 Por gran fambre lo prendia,
 Y á todos los mas traidores
 Al rey luego los envia.
 El rey los ha recibido,
 Dellos hizo gran justicia,
 Y mucho agradece al Cid
 El presente que le hacia.

XXIII. — (Anónimo.) (1)

Ceñid las membrados brazos
 Al cuello que bien os quiere,
 Por ser asaz de tal dueño
 Que mundo otro par no tiene :
 Non rehuyais de abrazarme,
 Que brazos de home tan fuerte
 Desentollescen mis tierras
 Y las de moros tollescen ;
 Facedlo, que bien podeis,
 E cuidá non me manchedes,
 Que aun finca en las vuestas armas
 La sangre mora reciente.
 Non atendais tuertos que os fice.

Pues tan buen precio merecen,
 Que non quise en mi servicio
 Homes á quien sirven reyes.
 Si vos desterre, Rodrigo,
 Fué porque á moros que crecen
 Desterreis sus fechorias,
 Y las vuestas alto vuelen.
 Non vos eche de mi reino
 Por falsos que vos mal quieren,
 Si porque en tierras agenas
 Por vos mi poder se muestre.
 De Alvar Fañez vuestro primo
 Recebí vuestro presente,
 No en feudo vuestro, Rodrigo,
 Simon como de parientes.
 Las banderas que gana-teis
 A sarracenos de atende,
 Por vuesa mandadería
 En San Pedro las veredes,
 La vuesa Jimena Gomez,
 Que tanto vos quiso siempre,
 Porque la desmaridé
 Mil pleitos contra mi tiene.
 Non escuchéis sus querellas,
 Quando á mi las enderece,
 Que á las fembras mas astutas
 Cualquier enojo las vence.
 Acudid en su presencia,
 Que cuido que vos atiende
 Mas ganosa de vos ver
 Que vos venides de verme,
 Que si ma os consejeros
 Facen oficios que suelen,
 En cambio de saludarme
 Atenderedes mi muerte :
 Non la atendais, home bueno,
 Ansi os valga san Llorente,
 Y riñas de por san Juan
 Sean paz que dure siempre.
 Prended al cuello los brazos,
 Que vuestros brazos bien pueden
 Prender en paz vuestro rey,
 Pues en guerra cinco prenden :—
 El rey don Alfonso el Sesto
 Le dice esto al Cid valiente,
 Que de lidiar con los moros
 Victorioso á su rey vuelve.

XXIV. — (Anónimo.)

Fablando estaba en celada
 El Cid con la su Jimena
 Poco antes que se fuese
 A las lides de Valencia :

(1) A pesar de esta reconciliacion el Cid no volvió á la corte, y el rey retuvo á Jimena y sus hijas en rehenes, como se verá mas adelante.

Por non con ella imitar
A las mal habladas fembras :
Como en el suelo por falta
De las levantadas mesas,
Y por postre tengo asaltos,
Que son frutas que me alegran :
Non desentierro las vidas
De hombre bueno o muger buena,
Nin digo si fué fidalgo,
Nin si ha pechado ó si pecha :
Non trato sobre comida
De hacer á nadie ofensa,
Simon de si han apretado
Bien las cinchas á Babieca :
Non me acuesto imaginando
Con mentiras quitar tierras,
Si acaso puedo las gano,
Y si non, fisco sin ellas,
Y conquistando el castillo
Fago pintar en sus piedras
Las armas del rey Alfonso,
Y yo humillado á par dellas :
Lloro, quando estoy á solas,
La mi consorte Jimena,
Que finca cual tortolilla
Sola y triste en tierra agena,
Que maguer es tierra suya
Tiene enemigos muy cerca,
Que pues lo son de su esposo,
¿ Quién duda lo serán della ?
Pido justicia, y mis voces
Cuido fasta el cie o llegan,
Que como son voces justas
Non dudo que llegar puedan :
Aquesto escribe Rodrigo
A los condes de Consuegra,
A los fidalgos y ricos,
Sin honor y sin hacienda.

XXI. — (Anónimo.)

Ese buen Cid Campeador
De Zaragoza parba,
Sus gentes lleva consigo
Y la su seña tendida
Para correr á Monzon :
A Huesca tambien corria,
A Onda con Almenar
Estragado los habia.
El rey Pedro de Aragon
Muy gran pesar recibia
Quando supo que el buen Cid
Tan cerca de si yacia.
Apellidara sus gentes,
Muchas son en demasia ;
Llegado han á Piedra Alta,
Sus tiendas fincar facia,
A ojos esta del Cid,

Mas para él no venia.
El Cid salió de Monzon
Con doce en su compañía
A helgarse por el campo
Armados de buena guisa.
Los de ese rey de Aragon
Le tuvieron puesta espia,
Caballeros eran ciento
Y cincuenta que á él salian.
El Cid lidiara con todos,
Como bueno los vencia :
Siete son los caballeros
Y caballos que prendia,
Los otros huyen del campo
Que aguardarle no querian :
Los presos piden merced,
Que los suelte le pedian,
El Cid como es muy honrado
Lo que piden concedia.

XXII. — (Sepúlveda.)

Adofir de Mudafar
A Rueda en guarda tenia
Por el buen rey don Alfonso
Que conqnerido la habia.
Almofalas, ese moro,
Con sobrada maestria
Metiése dentro el castillo,
Con él alzado se habia :
Adofir quando lo supo
Al rey su mensage envia,
Pidiéndole su socorro
Para recobrar la villa.
El rey envió á Ramiro
Y á ese conde don Garcia,
Con muchas gentes armadas
Que van en su compañía.
El moro quando lo supo
Dijo el castillo daría
A ese buen rey don Alfonso,
Y que á otro no queria.
Convidóle á comer
Por hacelle alexosia
Allá dentro del castillo :
El rey temido se habia.
El infante don Ramiro
Con el conde en compañía
Entraron para comer,
Que ir el rey no queria ;
Mas luego que entraron dentro
A entrambos quitan la vida
Con otros que van con ellos,
Y al rey mucho le dolia.
Túvose por deshonrado,
Y al Cid sus cartas envia,
Que estaba cerca de allí
Desterrado de Castilla.

Rodrigo que vió el mensage
Para el rey luego venia :
Caballeros fijosdalgo
Acompañado lo habian :
Quando lo vido el buen rey
Su perdon le concedia :
Contólo lo acontecido,
Que le vengue le pedia,
Y que con el se viniese
A su reino y señoría.
El Cid le besó las manos
Por el perdon que le hacia,
Mas no lo quiso aceptar
Si el rey no le prometia
De dar á los fijosdalgo
Un plazo de treinta dias
Para alir de la tierra,
Si algun crimen cometian,
Y que fasta ser oidos
Jamás los desterraria.
Nin querantaria los fueros
Que sus vasallos tenían,
Nin menos que los pechase
Mas de lo que convenia,
Y que si lo tal ficiese
Contra él alzarse podian.
Todo lo promete el rey
Que nada contradecia,
Y á Castilla caminado
Rodrigo el cerco ponía.
Al moro que tal mal fizo
Por gran fambre lo prendia,
Y á todos los mas traidores
Al rey luego los envia.
El rey los ha recibido,
Dellos fizo gran justicia,
Y mucho agradece al Cid
El presente que le hacia.

XXIII. — (Anónimo.) (1)

Ceñid las membrados brazos
Al cuello que bien os quiere,
Por ser asaz de tal dueño
Que mundo otro par no tiene :
Non rehuyais de abrazarme,
Que brazos de home tan fuerte
Desentollescen mis tierras
Y las de moros tollescen ;
Facedlo, que bien podeis,
E cuidá non me manchedes,
Que aun finca en las vuestas armas
La sangre mora reciente.
Non atendais tuertos que os fice.

Pues tan buen precio merecen,
Que non quise en mi servicio
Homes á quien sirven reyes.
Si vos desterre, Rodrigo,
Fué porque á moros que crecen
Desterreis sus fechorias,
Y las vuestas alto vuelen.
Non vos eche de mi reino
Por falsos que vos mal quieren,
Si porque en tierras agenas
Por vos mi poder se muestre.
De Alvar Fañez vuestro primo
Recebi vuestro presente,
No en feudo vuestro, Rodrigo,
Simon como de parientes.
Las banderas que gana-teis
A sarracenos de atende,
Por vuesa mandadería
En San Pedro las veredes,
La vuesa Jimena Gomez,
Que tanto vos quiso siempre,
Porque la desmaridé
Mil pleitos contra mi tiene.
Non escuchéis sus querellas,
Quando á mi las enderece,
Que á las fembras mas astutas
Cualquier enojo las vence.
Acudid en su presencia,
Que cudo que vos atiende
Mas ganosa de vos ver
Que vos venides de verme,
Que si ma os consejeros
Facen oficios que suelen,
En cambio de saludarme
Atenderedes mi muerte :
Non la atendais, home bueno,
Ansi os valga san Llorente,
Y riñas de por san Juan
Sean paz que dure siempre.
Prended al cuello los brazos,
Que vuestros brazos bien pueden
Prender en paz vuestro rey,
Pues en guerra cinco prenden :
El rey don Alfonso el Sesto
Le dice esto al Cid valiente,
Que de lidiar con los moros
Victorioso á su rey vuelve.

XXIV. — (Anónimo.)

Fablando estaba en celada
El Cid con la su Jimena
Poco antes que se fuese
A las lides de Valencia :

(1) A pesar de esta reconciliacion el Cid no volvió á la corte, y el rey retuvo á Jimena y sus hijas en rehenes, como se verá mas adelante.

— Bien sabeis, dice, señora,
Como las nuevas querencias
En fe de su voluntad
Muy mal admiten ausencia;
Pero piérdese el derecho
Adonde interviene fuerza,
Que el servir al rey lo es
Quien noble sangre semeja.
Faced en la mi mudanza
Como tan sesuda fembra,
Y en vos no se vea ninguna,
Pues venis de honrada cepa.
Ocupad las pocas horas
En catar vuestras haciendas,
Un punto no esteis ociosa,
Pues es lo mismo que muerta.
Guardad vuestros ricos paños
Para cuando yo dé vuelta,
Que la fembra sin marido
Debe andar con gran llaneza.
Mirad por las vuestras hijas,
Celadlas; pero no entiendan
Que algun vicio presumis,
Porque fareis que lo entiendan:
No las apartéis un punto
De junto á vuesa cabeza,
Que las hijas sin su madre
Muy cerca están de perderla.
Sed grave con los criados,
Agradable con las dueñas,
Con los extraños sagaz,
Y con los propios severa.
Non enseñéis las mis cartas
A la mas cercana dueña,
Porque no sepa el mas sabio
Cómo paso yo las vuestras:
Mostradlas á vuestras hijas,
Si non tuvieris prudencia
Para encubrir vuestro gozo,
Que suele ser propio en fembras.
Si vos aconsejaren bien,
Faced lo que vos aconsejan,
Y si mal vos aconsejaren,
Faced lo que mas convenga.
Veinte y dos maravedis
Para cada día os quedan,
Tratadvos como quien sois,
Non endureis la despensa:
Si dineros vos faltaren,
Faced como no se entienda,
Enviádmelos á pedir,
Non empañéis vuestras prendas:
Buscad sobre mi palabra,
Que bien fallareis sobre ella
Quien á vuestra cuita corra,
Pues yo acudo á las agenas:
Con tanto, señora, á Dios,
Que el ruido de armas resuena. —

Y tras un estrecho abrazo
Ligero subió en Babieca.

XXV. — (Anónimo.)

Apretada está Valencia,
Puedese mal defender,
Porque los Almoravides
No la quieren ayudar.
Viendo aquesto un moro viejo,
Que solia adivinar,
Subiérase á una alta torre
Para bien la contemplar.
Cuanto mas la mira hermosa,
Mas la crece su pesar,
Sospirando con gran pena,
Aquesto fue á razonar:
— ¡ O Valencia! ¡ O Valencia,
Digna de siempre reinar!
Si Dios de ti no se duele,
Tu honra se va apocar,
Y con ella las holgazanas
Que nos suelen deleitar:
Las cuatro piedras caudales
Do fuiste el muro á sentar,
Para llorar si pudie- en
Se querrian ayuntar:
Tus muros tan preminentes,
Que fuertes sobre ella están,
De mucho ser combatidos
Todos los veo temblar:
Las torres que las tus gentes
De lejos suelen mirar,
Que su alteza ilustre y clara
Los solia consolar,
Poco á poco se derriban
Sin podellas reparar;
Y las tus blancas almenas,
Que lucen como el cristal,
Su lealtad han perdido
Y todo su bel mirar:
Tu río tan caudaloso,
Tu río Guadalquivir,
Con las otras aguas tuyas
De madre salido ha:
Tus arroyos cristalinos
Turbios ya siempre vendrán,
Tus fuentes y manantiales
Todos secado se han:
Tus verdes huertas victosas
A ninguno gozo dan,
Que la raíz de sus yerbas
Bestias roido las han:
Tus prados de cien mil flores
Olores de sí no dan,
Mustios andan y marchitos,
Sin calor ni oír están:
Aquel honrado provecho

De tu playa y de tu mar,
En deshonra y daño torna,
¡ Mal te pueda aprovechar!
Los montes, campos y tierras
Que tú solias mandar,
El humo de los sus fuegos
Tus ojos cegado han:
Es tan grave tu dolencia
Y tanta tu enfermedad
Que los hombres desesperan
De salud poderte dar.
¡ O Valencia! ¡ O Valencia!
Dios te quiera remediar,
Que muchas veces predije
Lo que agora veo llorar.

XXVI. — (Sepúlveda.)

Cercada tiene á Valencia
Ese buen Cid castellano.
Con los moros que están dentro
Cada día peleando:
Muchos ha muerto y prendido
Y á otros ha cautivado.
Al real del buen Rodrigo
Un caballero ha llegado,
Martin Pelaez ha por nombre,
Martin Pelaez asturiano;
Muy ercico es en el cuerpo,
En los miembros arceciado.
Aqueste es de buen donaire,
Pero muy acobardado,
Halo mostrado en las lides
Y batallas do se ha hallado.
Mucho le pesó al buen Cid
Quando lo vido á su lado,
No es para vivir con él
Hombre tan afeminado.
Un día entrara el buen Cid
Y con él los sus vasallos
En batalla con los moros,
Pelean como esforzados.
Allá va Martin Pelaez
Bien armado y á caballo.
Antes de dar el torneo
Al real habia tornado,
Fuése para su posada
Cubierto y disimulado.
En ella anduvo escondido
Hasta que el Cid ha tornado;
Dejó muertos muchos moros,
A ellos ganara el campo.
El Cid se sentó á comer
Como tiene acostumbrado,
Solo en su cabo á una mesa
Y en el su escaño asentado,
Y en otra sus caballeros,
Los que tiene por preciados.

Con aquestos nadie come
Sino los mas afamados,
Asi lo ordenó el buen Cid
Por facerlos esforzados,
Y que cada uno procure
Facer fechos estimados
Para comer á la mesa
De Alvar Fañez y su hermano.
Bien cuidó Martin Pelaez
Que non vió el Cid lo pasado,
Y así las manos se lava,
A la mesa se ha sentado
Donde está don Alvar Fañez
Con la compañía de hourrados.
El Cid se fué para él
Y del brazo le ha trabado,
Diciendo: — Non sois vos tal
Para en tal mesa sentarvos
Con estos parientes míos
A quien vos podais llegarvos:
Mas valen que yo ni vos,
Que son buenos y aprobados,
Sentadvos á la mi mesa,
Comed comingo á mi plato. —
Con mengua de entendimiento
No creyó que es baldonado,
Asentóse con el Cid
A su mesa y á su lado,
Y el Cid con grande cordura
Esta reprehension le ha dado.

XXVII. — (Anónimo.)

A solas le reprehende
A Martin Pelaez el Cid,
Que las faltas de los buenos
A solas se han de refirir.
Dícele con rostro airado:
— ¿ Es posible que fuir
Pueda un home, siendo noble,
Por temores de una lid,
Y mas vos siendo quien sois,
Viniedo de do venis,
Que cuando sincarais muerto
Os fuera honroso el morir?
Levantéme de la mesa
Do bocado no comí,
¡ Qué buena pro me tuviera
Cuitando en el que vos vi!
Atended lo que vos digo
Y non cuideis en fuir,
Porque fuyendo afrontades
A vuesa honra y á mí.
Si me dades por disculpa
Decir que visteis venir
Mucha multitud de moros,
Non la quiero recibir.
Entraos en la religion

Adonde podreis vivir
 Sirviendo á Dios, que en las guerras
 Non sois para lo servir.
 Pusieraisos á mi lado,
 Que pudiera ser que allí
 Se vos quitára el pavor
 A vuestras menguas cubrir.
 Salid esta tarde al campo,
 Que quiero ver si sufris
 Mas que os afrenten mil homes
 Que quedar muerto en la lid.
 Y podrá ser que deis vivo
 Que yo tengo de ir allí,
 Y veré lo que facedes
 Y si de honra sentis.
 Con esto, Martin, á Dios,
 Que habeis de yanlar sin mi
 Hasta que traigais cobrado
 El honor que yo vos di.

XXVIII. — (Anónimo.)

Corrido Martin Pelaez
 De lo que el Cid ha sabido,
 Dello cobró gran vergüenza,
 Dello está muy ocupado.
 Fuése para su posada,
 Triste estaba y muy cuitado
 Viendo como el Cid ha visto
 Su cobardia tan claro,
 Por lo cual no consintió
 Que coma con los honrados;
 Propónese ser valiente
 O de morir en el campo.
 Otro día salió el Cid,
 Junto á Valencia ha llegado,
 Salieron luego los moros
 A ferir en los cristianos,
 Llegan denodadamente
 Con los esfuerzos sobrados.
 Martin Pelaez fué el primero
 Que la lid habia entrado,
 Y ferió tan recio en ellos
 Que á muchos ha derribado;
 Allí perdió todo el miedo,
 Muy gran esfuerzo ha cobrado.
 Peleó valientemente
 Mientras la lid ha durado,
 Unos mata y otros hiere,
 Hizo en ellos grande estrago:
 Los moros dicen á gritos:
 — ¿De dó ha venido este diablo?
 Hasta aquí no le hemos visto
 Tan valiente y esforzado,
 A todos nos hiere y mata,
 Del campo nos ha lanzado.—
 Por las puertas de Valencia
 A los moros ha encerrado,

Los brazos hasta los codos
 En sangre lleva bañados,
 Ninguno hay tal como el
 Si no es el Cid afamado.
 Los moros fueron vencidos,
 Pelaez se habia tornado,
 Esperándole es á el Cid
 Hasta que fuera llegado,
 Con muy crecido placer
 Rodrigo lo habia abrazado,
 Dijo: — Martin Pelaez,
 Vos sois bueno y esforzado,
 Non sois tal que merecais
 De hoy mas conmigo sentaros,
 Asentaos con Alvar Fañez
 Que era mi primo hermano,
 Y con estos caballeros
 Que son buenos y estimados,
 Que los vuestros buenos fechos
 Siempre serán bien mentados,
 Screis dellos compañero,
 Sentaros heis á su lado. —
 De aquel día en adelante
 Fizo fechos muy granados
 De esforzado caballero,
 Bueno como el mas preciado.
 Aquí se cumplió el proverbio
 Entre todos divulgado,
 Que el que á buen árbol se arrima
 De buena sombra es tapado.

XXIX. — (Anónimo.)

Partios ende los moros,
 Non pongais mientes en al,
 Cuidá de los doloridos
 Y los muertos sotetrad:
 Decidles á los cuitados
 Y á las cuitadas contad,
 Que el saber nuso en la guerra
 Es humildoso en la paz;
 Poned la furia en facer
 Que me vengan á hablar,
 Porque les diga mi boca
 Toda la mi voluntad,
 Que non quiero sus faciencias
 Nin se las he de tirar,
 Nin para mis barraganas
 Sus fijas he de tomar,
 Que yo non uso mugeres
 Sinon la mia natural,
 Que en San Pedro de Cardeña
 Yacé agora al mi mandar,
 Y mándoyos yo, Alvar Fañez,
 Si he poder de vos mandar,
 Vais por ella y por mis fijas,
 Mis fijas otro que tal.
 Llevad treinta marcos de oro

Con que se puedan guiar
 Para venir á Valencia
 A la ver y á la gozar:
 Llevá otros tantos de plata
 Para San Pedro y su altar,
 Y entregadlos á don Sancho,
 Que ende yace por abad;
 Y al noble rey don Alfonso,
 Mi buen señor natural,
 Llevá doscientos caballos
 Bien guarnidos al mi usar;
 Y á los honrados judíos
 Raquel y Vidas llevá
 Doscientos marcos de oro.
 Tantos de plata, y non mas,
 Que me endonaron prestados
 Cuando me parti á lidiar
 Sobre dos cofres de arena
 Debajo de mi verdad:
 Rogarles heis de mi parte
 Que me quieran perdonar,
 Que con acuita le fice
 De mi gran necesidad,
 Que aunque cuidan que es arena
 Lo que en los cofres está,
 Quedó soterrado en ella
 El oro de mi verdad.
 Pagáles la logrería
 Que soy tenuto á les dar
 Del tiempo que su dinero
 He tenido á mi mandar.
 Y vos, Martin Antolinez,
 Le íredes á acompañar,
 Y las mis buenas venturas
 A mi Jimena contad.
 Direis al rey don Alfonso
 Que me empreste en su lugar,
 Porque á mi Jimena agrada
 Mucho el tañer y cantar.—
 Aquesto dijera el Cid
 Despues que ya entrado ha
 En Valencia vitorioso,
 Pues conquerido la ha.

XXX. — (Anónimo.) (1)

Desterrado estaba el Cid
 De la corte y de su aldea
 De Castilla por su rey,
 Cansado de vencer guerras,
 Y en las venturosas armas
 Apenas las manchas secas
 De la sangre de los moros
 Que ha vencido en sus fronteras,
 Y aun estaban los pendones

Tremolando en las almenas
 De las soberbias murallas
 Humilladas de Valencia,
 Cuando para el rey Alfonso
 Un rico presente ordena
 De cautivos y caballos,
 De despojos y riquezas.
 Todo lo despacha á Búrgos,
 Y á Alvar Fañez que lo lleva,
 Para que lo diga al rey
 Le dice desta manera:
 — Dile, amigo, al rey Alfonso,
 Que reciba su grandeza
 De un fidalgo desterrado
 La voluntad y la ofrenda,
 Y que en este don pequeño
 Solamente tome en cuenta
 Que es comprado de los moros
 A precio de sangre buena:
 Que con mi espada en dos años
 Le he ganado yo mas tierras
 Que le dejó el rey Fernando
 Su padre, que en gloria sea:
 Que en fendo dello le tome,
 Y que no juzgue á soberbia
 Que con parias de otros reyes
 Pague yo á mi rey mis deudas;
 Que pues él como señor
 Me pudo quitar mi hacienda,
 Bien puedo yo como pobre
 Pegar con hacienda agena:
 Y que juzgue que en su dicha
 Son delante mis enseñas
 Millaradas de enemigos
 Como ante el sol las tinieblas:
 Y espero en Dios que mi brazo
 Ha de hacello rico, mientras
 La mano aprieta á Tizona
 Y el talon fiere á Babieca:
 Y en tanto mis envidiosos
 Descansen, mientras les sea
 Firme muralla mi pecho
 De su vida y de sus tierras,
 Y entreténgante en palacio,
 Y guardense no me vendan,
 Que del tropel de los moros
 Soltaré una vez la presa
 Y llegarán su avenida
 A ver entre sus almenas;
 Y defiendan bien sus honras
 Como manchan las agenas;
 Y si les diere en los ojos
 Lo que les dió en las orejas,
 Verán que el Cid no es tan malo
 Como son sus obras buenas,

(1) Es al mismo asunto que el de los romances de Sepúlveda: « Ganada tiene á Valencia. »

Y si sirven á su rey
En la paz como en la guerra
Mentirosos lisonjeros,
Con la espada ó con la lengua,
Y verá el buen rey Alfonso
Si son de Búrgos las fuerzas
Los caminos de ladrillo
O los ánimos de piedra :
Que le suplico permita
Se pongan esas banderas
A los ojos del glorioso
Mi príncipe de la Iglesia,
En señal que con su ayuda
Apenas enhiestas quedan
En toda España otras tantas,
Y ya me parto por ellas :
Y le suplico me envíe
Mis hijas y mi Jimena,
Esta alma sola afligida
Regalada y dulce prenda :
Que si non mi soledad,
La suya al menos le duela,
Porque de mi gloria goce
Ganada en tan larga ausencia.
Mirad, Alvaro, no erreis,
Que en cada razon de aquestas
Llevais delante del rey
Mi descargo y mi limpieza.
Decidlo con libertad,
Que bien sé que habrá en la rueda
Quien mis pensamientos mida
Y vuevas palabras mesmas.
Procurad que aunque les pese
A los que mi bien les pesa,
No lleven mas que la envidia
De mí, de vos, ni de ellas :
Y si en mi Valencia amada
No me halláreis á la vuelta,
Peleando me hallaredes
Con los moros de Consuegra.

XXXI. — (Anónimo.)

Llegó Alvar Fañez á Búrgos
A llevar al rey la empresa
De cautivos y caballos,
De despojos y riquezas.
Entró á besarle la mano,
Después de darle licencia,
Y puesto ante él de rodillas
Este recaudo comienza :
— Poderoso rey Alfonso,
Reciba vuesa grandeza
De un fidalgo desterrado
La voluntad y la ofrenda.
Don Rodrigo de Vivar,
Fuerte muro en tu defensa,
Por envidia desterrado

De su casa y de su tierra,
Píde que con libertad
Hable puesto en su defensa,
Y así quiero por no errar
Decir sus palabras mesmas.
Dice : que este don pequeño
Tomeis solamente en cuenta,
Que es ganado de los moros
A precio de sangre buena :
Que con su espada en dos años
Te ha ganado el Cid mas tierras
Que te dejó el rey Fernando,
Tu padre, que en gloria sea :
Que en feudo desto lo tomes,
Y no juzgues á soberbia
Que con parias de otros reyes
El pague á su rey sus deudas ;
Y pues tú como señor
Le quitaste su hacienda,
Que bien puede como pobre
Pagar con hacienda agena.
Que fies en Dios y en él
Que te ha de hacer rico, mientras
La mano aprieta á Tizona
Y el talon hiere á Babieca.
Y que gustes que en San Pedro
Se pongan estas banderas
A los ojos del glorioso
Gran príncipe de la Iglesia
En señal que con su ayuda
Apenas enhiestas quedan
En toda España otras tantas,
Y ya se parte por ellas.
Que te suplica le envíes
Sus hijas y su Jimena,
Del alma triste afligida
Regaladas dulces prendas :
Y si non su soledad,
La suya al menos te duela,
Para que su alma goce
Ganada en tan larga ausencia.
No quisiera haber errado,
Que en cada palabra destas
Te traigo, rey, de Rodrigo
Su descargo y su limpieza. —
Apenas dió la embajada
Cuando la envidia revienta
De envidiosos lisonjeros
Y corredores de orejas.
Movióse un conde agraviado,
Y dijole al rey : — Tu alteza
No dé crédito á estas cosas,
Que son engaños que ceban.
Querrá ahora el Cid Rodrigo
Con esto que te presenta
Venirse á Búrgos mañana
A confirmar tus ofensas. —
Caló Alvar Fañez la gorra

Y empuñando en la derecha,
Tartamudo de corage
Le dió al conde esta respuesta :
— Nadie se mude ni hable,
Y el que se moviere atienda
Que le fabla el Cid presente,
Pues yo lo soy en su ausencia :
Y cuando en mi pobre esfuerzo
Cupiere alguna flaqueza,
La gran firmeza del Cid
Me ayuda desde Valencia :
No le venda ningun falso
Ni sus lisonjas le vendan,
Que dél y de mi, en su nombre,
No aseguro la cabeza.
Y tú, rey, que las lisonjas
Acomodas y aprovechas,
Haz de lisonjas murallas,
Y verás como pelean.
Perdona que con enojo
Pierdo el respeto á tu alteza,
Y dame si me has de dar
Del Cid las queridas prendas :
A doña Jimena digo,
Y á sus dos hijas con ella,
Pues te ofrezco su rescate
Como si estuvieran presas. —
Levantóse el rey Alfonso,
Y á Alvar Fañez pide y ruega
Que se sosiegue y los dos
Vayan á ver á Jimena.

XXXII. — (Anónimo.) (1)

« El vasallo dosleale,
« El desterrado, el traidor,
« El que non capo en Castilla,
« Magüer que en ella nació,
« El aviltado de todos,
« Y mas que dellos de vos,
« El que de si non se miembra
« Por tratar de vuestro pro,
« El que de vuestros denuedos
« Ya non se le acuerda, non,
« Desde Valencia os envia
« Salud, otórgueosla Dios.
« Non satisface los tuertos
« Que le feisteis, señor,
« Pues dellos ha resultado
« Vuestro provecho y su honor.
« Sus maldicientes perdona,
« Aunque indignos de perdon,
« Que los divinos secretos
« Tienen asaz gran fondon,
« Que por donde el home cuida

« Que amaga su perdicion
« Viene su pro á las vegadas,
« ¡ Mirad pues cuán altos son !
« Yo hablaré de experiencia
« Que he recibido el favor,
« Y vos sois en grave parte
« El instrumento de Dios.
« En ese arqueton de plata
« Vos endono un rico don,
« Estimadlo, Alfonso, en mucho,
« Que merece estimacion.
« Cinco coronas van ende
« Cada con su real pendon,
« Cinco cetros de oro puro
« Que de cinco reyes son,
« Cinco llaves van tambien,
« Que como á rey y señor
« Vos entriega el vuestro siervo,
« Non lo ficiera un traidor.
« Chantaldas en vueso escudo,
« Que non menguareis de honor,
« Farta sangre asaz me cuesta
« Su prolija aquisstacion.
« Non deis nada al mandadero
« Que ya le he pagado yo,
« Que es Alvar Fañez Minaya,
« Un mi sirviente de pro :
« Conoceide, señor rey,
« Y fabialde con amor,
« Ya que yo no he alcanzado
« Este agasajo de vos,
« Que el buen fablar en los reyes
« Cuesta muy poco, señor,
« Y face vasallos leales,
« Lo que non face el temor,
« Que non el temor y amores
« Comen en un plato, non,
« Y el temido, pocas veces
« Fué amado de corazon.
« Direis que aqueste Rodrigo
« Siempre fué aconsejador,
« Y aina os dirán los tiempos
« Si teneis otro mejor,
« Que non soy tan mal vasallo
« Que con muchos como yo
« Non restaurára de presto
« Lo que el rey godo perdió,
« Goceis lo que os doy mil años,
« Que hoy vos pongo en posesion ;
« Non quiero para mí nada,
« Solo escucho vuestro amor,
« Y que por la mi Jimena,
« Que es dueña de gran valor,
« Miredes y por mis hijas :
« Solo vos pido este don

(1) Es la carta que el Cid remitió á Alfor so con Alvar Fañez acompañando el regalo que tehizo.

- En pago de mis servicios,
- Si merecen galardón,
- Que non vos será afanoso
- Cumplir vuestra obligacion. »

XXXIII. — (Anónimo.)

Victorioso vuelve el Cid
A San Pedro de Cardeña
De las guerras que ha tenido
Con los moros de Valencia.
Las trompetas van sonando
Por dar aviso que llega,
Y entre todos se señalan
Los relinchos de Babieca.
El abad y monjes salen
A recibirlo á la puerta,
Dando alabanzas á Dios
Y al Cid mil enhorabuena.
Apeöse del caballo,
Y antes de entrar en la iglesia
Tomó el pendón en sus manos
Y dice de esta manera :
— Sali de ti, templo santo,
Desterrado de mi tierra,
Mas ya vuelvo á visitarte
Acogido en las agenas.
Desterróme el rey Alfonso
Porque allá en Santa Gadea
Le tomé el su juramento
Con mas rigor que el quisiera.
Las leyes eran del pueblo,
Que no escedi un punto dellas,
Pues como leal vasallo
Saqué á mi rey de sospecha.
¡ O envidiosos castellanos,
Cuan mal pagais la defensa
Que tuvistes en mi espada
Eusanchando vuestra cerca !
Veis aquí os traigo ganado
Otro reino y mil fronteras,
Que os quiero dar tierras mias
Aunque me echéis de las vuestras.
Pudiera dárselo á estraños,
Mas pará cosas tan feas
Soy Rodrigo de Vivar,
Castellano á las derechas.

XXXIV. — (Sepúlveda.)

Aquese famoso Cid
Con gran razón es loado ;
Ganada tiene á Valencia,
De moros la ha conquistado :
En ella esta su muger,
Fija del conde Lozano,
Doña Sol y doña Elvira
Poco ha que habian llegado

De San Pedro de Cardeña
Do el Cid las habia dejado.
Estando el Cid á placer
Nuevas le habian llegado
Que el gran Miramamolín,
Rey de Túnez coronado,
Venía á se la quitar
Con gran gente de á caballo :
Cincuenta mil eran estos,
Los de á pié no tienen cabo.
El Cid como era valiente
Y en armas tan aprobado,
Basteció bien los castillos
Y en todo puso recaudo ;
Esforzó sus caballeros
Como lo habia acostumbrado.
Subiera á doña Jimena
Y á sus hijas en su cabo
En una torre mas alta
Que en el alcázar se ha hallado.
Miraron contra la mar,
Los moros están mirando
Viendo como armaban tiendas
A gran prisa y gran cuidado.
Al rededor de Valencia
Grandes alaridos dando,
Tañendo sus atambores
Los aires van penetrando.
Doña Jimena y sus hijas
Gran pavor habian cobrado,
Porque jamas habian visto
Tantas gentes en un campo ;
Esforzábalas el Cid
De aquesta suerte hablando :
— No temais, doña Jimena,
Y hijas que tanto amo,
Mientras que yo fuere vivo
De nada tengais cuidado,
Que los moros que aquí vedes
Vencidos habrán quedado,
Y con el su gran haber,
Hijas, os habré casado :
Que cuantos mas son los moros
Mas ganancia habrán dejado ;
Y las bocinas que traen
Y ante vos se habian tocado,
Servirán para la iglesia
Deste pueblo valenciano. —
Viendo entonces que los moros
Por las huertas han entrado
Berramados y esparcidos
Sin orden y á mal recaudo,
A don Alvar Salvadores
Le oíjo : — Sed luego armado,
Tomareis doscientos homes
De á caballo aderezados,
Y haced una espolonada
Contra los perros paganos,

Porque Jimena y sus hijas
Vean que sois esforzado. —
Salvadores lo cumpliera
Como el Cid lo habia mandado.
Dió de tropel en los moros,
De las huertas los ha echado :
Firiendo iban en ellos,
Firiendo van y matando
Hasta dentro de las tiendas
Que los moros han armado.
De allí se tornaron todos
Doscientos moros matando :
Preso queda Salvadores,
Que por ser aventajado
Se metió tanto en los moros
Que lo habian cautivado ;
Sacóle el Cid otro día
Los moros desbaratando.

XXXV. — (Sepúlveda.)

Ya se salen de Valencia
Con el buen Cid castellano
Sus gentes bien ordenadas,
Las de á pié y las de á caballo.
Su seña lleva tendida
Bermudez el esforzado,
Por la puerta la Cu'ebra
Salían todos al campo.
Don Gerónimo arzobispo
Delante va bien armado
Para contra el moro rey
Miramamolín llamado,
Que venia contra el Cid
A le quitar lo ganado.
Cincuenta mil caballeros
Trae el moro á su mandado,
Las haces muy ordenadas
Ambas se habian juntado ;
Como los moros son muchos
Y tan pocos los cristianos
Tiénelos en grande aprieto,
Mas el buen Cid ha llegado
A grandes voces diciendo,
En Babieca cabalgado :
« Dios ayuda y Santiago. »
Firiendo van en los moros,
Firiendo van y matando.
Grande favor habia el Cid
En verse bien cabalgado
En su caballo Babieca,
Y el brazo lleva bañado
En la sangre de los moros
Fasta el codo ensangrentado ;

No hiere mas de una vez
Al moro que osa aguardallo.
Fuido han en fin los moros
Y el campo les han dejado ;
Mas yendo en su seguimiento
Con el rey moro habia dado.
Tres veces ya lo ha herido,
Mas el moro es bien armado
Y el caballo del buen Cid
Mucho adelante ha pasado,
Y cuando tornára al moro
Mucha tierra le ha cobrado,
No lo pudiera alcanzar,
En un castillo se ha entrado :
De las gentes que traía
Solamente habian quedado
No mas de mil y quinientos,
Los mas muerto y cautivado.
Gran haber hubiera el Cid
De oro y plata y de caballos,
Y una tienda la mas rica
Que se viera entre cristianos.
A don Alvar Salvadores
En la tienda lo ha hallado,
De lo cual se alegró el Cid,
Y á Valencia se ha tornado,
Y Jimena con sus hijas
Gran placer habian tomado.

XXXVI. — (Anónimo.) (1)

Considerando los condes
Lo que el de Vivar vale
Y que su fama se aumenta
Por las fazañas que face,
Al rey don Alfonso piden
Que con sus hijas les case,
Porque ser yernos del Cid
Es bien que puede estimarse.
El rey por facelles bien
Luego le envió un mensaje
Que se viniese á Requena
Para que con él lo trate.
Rodrigo, vista la nueva,
Dió dello á Jimena parte,
Que en tal caso las mugeres
Suelen ser muy importantes.
Sabido, no gustó dello
Y dijo al Cid : — Non me place
De emparentar con los condes,
Magüer sean de linage,
Mas fágase ende, Rodrigo,
Lo que á vos mas os agrade,
Que non hay mengua de consejo

(1) Aquí empiezan los romances de los condes de Carrion, con sus bodas y la afrenta hecha á las hijas del Cid, hasta que este los retó por ello ante el rey Alfonso y las córtes.

Do está el rey y vos estades. —
 Rodrigo partió á Requena,
 Y tambien el rey se parte
 Juntamente con los condes,
 Porque el Cid los vea y fable.
 Despues de dicha una misa
 Delante el rey y los grandes
 Por don Gerónimo obispo
 Con muchas solemnidades,
 El rey al Cid apartó
 De todos los circunstantes,
 Y estas palabras propuso
 Con gravadoso semblante :
 — Bien sabedes, don Rodrigo,
 Que os tengo amor asaz grande,
 Y por vuestras cosas cuído
 Con solicitud bastante :
 Por ende habeis de saber
 Que fice aqueste viaje
 Por hablaros de un negocio
 Que importa con vos se fable.
 Los condes de Carrion
 Me han rogado que vos trate
 En que les deis vuestras fijas
 Y que con ellas los case,
 Que estarán agradecidos
 Si esta merced se les face,
 Porque es gran razon se estimen
 Fijas que son de tal padre.
 Codician vuesa amistad,
 Atienden al trato afable,
 Aman mucho vuestras cosas,
 Y estiman á vuesa sangre. —
 Agradeció el Cid entonces
 Al rey la merced tan grande,
 Y dijole se sirviese
 De todo lo que á él tocase,
 Que dél, de fijas, de haberes
 Ficiese lo que mandase,
 Que él no casaba á sus fijas,
 Mas las da que se las case.
 Dióle el rey gracias por ello
 Y mandó les entregasen
 Ocho mil marcos de plata
 Para el día en que se casen,
 Y al tío de las doncellas,
 Que era el buen don Alvar Fañez,
 Mandó el rey que las tuviese
 Hasta que se desposasen.
 Luego el rey llamó á los condes
 Y mandó que le besasen
 Las manos al Cid Ruy Diaz
 Y le fagan homenaje.
 Ficiéronlo así los condes
 Delante el rey y los grandes,
 Y convidó el Cid á todos
 Porque en sus bodas se hallen.
 Partióse el rey á Castilla

Y el de Vivar con él parte
 Y á dos leguas mandó el rey
 Que no pasen adelante.
 Fuése Rodrigo á Valencia
 Donde quiso se juntasen
 Los condes y caballeros
 Porque las bodas se acaben.
 Cuando el Cid los vido juntos
 Dijole á don Alvar Fañez
 Que lo que el rey le mandó
 Luego al punto efectuase,
 Que trajese á sus sobrinas,
 Y que á los condes ó infantes
 Que llaman de Carrion
 Al punto las entregase.
 Diéronselas, y los condes
 Con amorosas señales
 Dieron muestras del contento
 Que deste suceso nace,
 Porque es tan fuerte el amor
 Y son sus efectos tales,
 Que lo publican los ojos,
 Aunque la lengua lo calle.
 Fizo el obispo su oficio,
 Dió bendiciones y paces,
 Hubo fiestas ocho dias
 De cañas, toros y halles.
 Dió grandes dones el Cid
 A los condes y magnates,
 Que aquel que es grande en sus fechos
 Suele ser en todo grande.

XXXVII. — (Anónimo.)

Acabado de yantar,
 La faz en somo la mano,
 Durmiendo está el señor Cid
 En el su precioso escaño.
 Guardándole están el sueño
 Sus yernos Diego y Fernando
 Y el tartajoso Bermudo,
 En lides determinado :
 Fablando están juglerías,
 Cada cual para hablar paso
 Y por soportar la risa
 Puesta la mano en los labios,
 Cuando unas voces oyeron
 Que atronaban el palacio
 Diciendo : — Guarda el leon,
 Mal muera quien lo ha soltado. —
 No se turbó don Bermudo,
 Empero los dos hermanos
 Con la cuita del pavor
 De la risa se olvidaron,
 Y esforzándose las voces
 En puridad se hablaron,
 Y aconsejéronse aprisa
 Que no fuyesen despacio.

XXXVIII. — (Anónimo.)

El menor, Fernan Gonzalez,
 Dió principio al fecho malo,
 En zaga el Cid se escondió
 Bajo su escaño agachado.
 Diego, el mayor de los dos,
 Se escondió á trecho mas largo
 En un lugar tan lijoso
 Que no puede ser contado.
 Entró gritando el gentío
 Y el leon entró bramando,
 A quien Bermudo atendió
 Con el estoque en la mano.
 Aquí dió una voz el Cid,
 A quien como por millagro
 Se humilló la bestia fiera,
 Humildosa y coleando.
 Agradecióselo el Cid,
 Y al cuello le echó los brazos
 Y llevólo á la leonera
 Faciéndole mil falagos.
 Aturdido está el gentío
 Viendo lo tal, no acatando
 Que ambos eran leones,
 Mas el Cid era mas bravo.
 Vuelto pues á la su sala,
 Alegre y no demudado,
 Preguntó por sus dos yernos
 Su maldad adivinando.
 Bermudo le respondió :
 — Del uno os daré recaudo,
 Que aquí se agachó por ver
 Si el leon es fembra ó macho. —
 Allí entró Martin Pelaez,
 Aquel temido asturiano,
 Diciendo á voces : — Señor,
 Albricias, ya lo han sacado. —
 El Cid replicó : — ¿ A quién ? —
 Él respondió : — Al otro hermano,
 Que se sumió de pavor
 Do no se sumiera el diablo.
 Miradle, señor, do viene,
 Empero faceos á un lado
 Que habeis para estar par dél
 Menester un incensario. —
 Desenjaularon al uno,
 Metieron otro del brazo,
 Manchados de cosas malas
 De boda los ricos paños.
 Movido de saña el Cid
 A uno y á otro mirando
 Reventando por hablar
 Y por callar reventando,
 Al cabo soltó la voz
 El soberbio castellano,
 Y los denuestos les dijo
 Que vos contaré despacio.

Non quisiera, yernos míos,
 Haber visto tal guisado
 Cual el deste mal suceso,
 Magüer cuído algun gran daño.
 ¿ Son estas ropas de bodas ?
 ¿ Haya mal grado el diablo !
 ¿ Qué pavor ha sido el vueso
 Que habeis fecho tal recaudo ?
 Teniendo las vuestas armas
 ¿ Porqué fugisteis entrambos ?
 ¿ Non estábades conmigo
 Para siquiera mirallo ?
 Pedisteis al rey mis fijas
 Cuidando de valer algo,
 Non fice mi voluntad,
 Mas fice en el su mandado.
 ¿ Vosotros sodes los novios
 Para mi vejez guardados ?
 ¿ Buena vejez me daredes
 Siendo tan afeminados !
 No quiero pasar de aquí,
 Que si miro lo pasado
 Reviento de pesadumbre
 Considerando este caso. —
 Estas palabras el Cid
 Les dijo muy enojado
 Por haber así fuido
 Del leon los dos hermanos :
 Agraviáronse los condes,
 Y con él quedan odiados.

XXXIX. — (Anónimo.)

Si de mortales heridas
 Fincare muerto en la guerra,
 Llevadme, Jimena mia,
 A San Pedro de Cardaña :
 Y así buena andanza hayades
 Que me fagades la huesa
 Junto al altar de Santiago,
 Amparo de lides nuevas.
 Non me curedes plañir,
 Porque la mi gente buena
 Viendo que falta mi brazo
 Non fuya y deje mi tierra.
 Non vos conozcan los moros
 En vuestro pecho flaqueza,
 Sino que aquí griten armas,
 Y allí me fagan obsequias :
 Y la Tizona que adorna
 Esta mi mano derecha
 Non pierda de su derecho,
 Ni venga á manos de fembra.
 Y si permittiere Dios
 Que el mi caballo Babieca
 Fincare sin su señor

Y llamare á vuesa puerta,
Abridle y acaríñadle
Y dadle racion entera,
Que quien sirve á buen señor
Buen galardón dél espera.
Ponedme de vuesa mano
El peto, espaldar y grebas,
Brazal, celada y manoplas,
Escudo, lanza y espuelas;
Y puesto que rompe el día
Y me dan los moros priesa,
Dadme vuesa bendición
Y fíncad enhorabuena.—
Con esto salió Rodrigo
De los muros de Valencia
A dar la batalla á Búcar,
¡Plegue á Dios que con bien vuelva!

XL. — (Anónimo.)

La venida del rey Búcar
A la ciudad de Valencia
Está consultando el Cid
Con muchos homes de cuenta.
Estando en aquesta tabla
Han entrado por la puerta
Sus yernos disimulando
La traición que asaz le ordenan.
Asiento les diera el Cid
A la su mano derecha,
Él temblando de atrevido
Y ellos tiemblan de flaqueza,
Que los ánimos cobardes
Carecen de fortaleza.
En estas fablas estando,
Toda la gente trae nuevas
Con cajas, pífanos, trompas,
De como los moros llegan.
Subióse el Cid con los suyos
A una torre tan soberbia
Como son sus pensamientos
Que igualan á las estrellas.
Puesto de pechos el Cid
En las soberbias almenas,
Miraba al rey que ha llegado
Con el ejército y tiendas,
De que sus cobardes yernos
Ya se temen y recelan.
El Cid ha sido avisado
Que un recaudo del rey llega,
Bajóse por recibillo
Sin bajar su fortaleza.
A las razones del moro
Atiende el Cid con prudencia
Y turbado de su aspecto
Le dice desta manera:
— El rey Búcar, mi señor,
Ha venido de su tierra

A deshacer el gran tuerto
Con que tú le tienes esta.
Enviatela á pedir,
Y en viendo que no la dejas
Te apercibe á la batalla
Y procura defendella.—
Oidas estas razones
No haciendo dellas cuenta,
Alegre responde el Cid,
Mostrando mucha clemencia:
— Dile al rey que se aperciba,
Que yo pondré mi defensa;
Valencia me cuesta mucho
Y no pienso salir della,
Porque he pasado en ganalla
Muy grandes cultas y penas.
Gracias infinitas doy
A la infinita grandeza
Que me otorgó la vitoria
En tan peligrosa guerra;
A solo Dios lo agradezco,
Y á la sangre y gente buena
De mis parientes y amigos,
Que también mucho les cuesta.
El moro se despidió
Cobarde en ver su presencia,
Y temeroso de oírle
Al rey le lleva la nueva.
El Cid se queda ordenando
Cosas sobre esta hacienda,
Y conoció de sus yernos
La cobardía que encierran.
Mandóles que se quedasen
Porque no prueben sus fuerzas:
Ellos temerosos desto,
Corridos de tal afrenta,
Le dicen que han de ir con él
A tan peligrosa empresa.
Juntas las gentes del Cid
Sus haces trazan y ordenan,
Todos salen al real
Y el Cid con tanta braveza,
Que los moros temerosos
Sus haces juntan apriesa.
Al son de pífano y cajas
La batalla se comienza,
Animándolos Rodrigo
Que lleva la delantera;
Con su gente puesta en orden
La batalla le presenta.
Embistense ambas las partes,
Y en la batalla sangrienta
Diez y ocho reyes prende,
Y á todos ellos prendiera,
Mas poniendo á los pies alas
Desembarazan la tierra,
Y aunque costó mucha sangre
Durando tan grande pieza,

La vitoria llevó el Cid
Y con ella entró en Valencia.
Recibiólo la ciudad
Con aplauso y buena estrena,
Deséanle mil saludes
Para su amparo y defensa,
Y él contento y muy alegre
Se va á ver á su Jimena.

XLI. — (Sepúlveda.)

En batalla temerosa
Andaba el Cid castellano
Con Búcar, ese rey moro,
Que contra el Cid ha llegado
A le ganar á Valencia
Que el buen Cid ha conquistado.
Los condes de Carrion
En ella se hablan hallado,
Y contra un infante de ellos,
Fernán González llamado,
Un moro viene corriendo
Con fuerte lanza en su mano;
Fuerte muestra el moro ser,
Segun viene denodado.
El conde que vido al moro
Huyendo va por el campo:
No lo había visto ninguno
Para que sea publicado,
Si no fuera don Ordoño,
Escudero es muy honrado,
Que del buen Cid es sobrino,
De Pedro Bermudo hermano.
Ordoño fué contra el moro,
Con su lanza lo ha encontrado,
Y firiéndolo en los pechos
Pasólo de lado á lado,
El pendón que va en la lanza
Todo sale ensangrentado:
El moro cayera muerto,
Don Ordoño se ha apeado
Y el caballo que traía
Con las armas le ha tomado.
Llamó á su cuñado el conde,
Esto le estaba hablando:
— Cuñado Fernán González,
Tomad vos este caballo,
Decid que al moro matasteis
Que en él venia cabalgando,
Que en días que yo viviere
Non diré yo lo contrario,
Non haciendo vos porqué,
Siempre se estará encelado.—
Estando en estas razones
El buen Cid había llegado,

A un moro venia signiendo
Y muerto lo ha derribado.
Don Ordoño dijo al Cid:
— Señor, este yerno honrado,
Que por bien os ayudar
Un moro mató en el campo
De un golpe que le dió,
Suyo fizo este caballo.—
Mucho le plugo al buen Cid
De lo que le había contado,
Cuidando decir verdad
Mucho á su yerno ha loado.
Juntos van por la batalla,
Firiendo van y matando,
Y en moros que los aguardan
Haciendo van grande estrago.

XLII. — (Lope de Vega.) (1)

Tirad, fidalgos, tirad
A vuestro troton el freno,
Que en fuir de aquese modo
Mostrais el pavor del pecho.
De un home solo fuis,
Mirad que no es de homes buenos
Fuir en tal lid de un moro
Donde hay tantos que lo vieron.
Si non queredes morir
Como buen fidalgo á fierro,
Non vivais entre fidalgos
Que fíncan continuo muertos.
Tornadvos luego á Valencia,
Que si non faceis mas qu'eso
También saldrán á lidiar
Las damas que quedan dentro.
Mal andanza vos dé Dios,
Pues con aspecto tan feo
Así en público fuis,
¿Qué vos dirán en secreto?
Mala doctrina tomastes
De mi tío vuestro suegro,
Pues non mancháis la Tizona
Deshonrando el honor viejo.
Decides que sois fidalgos,
Pues yo vos juro á San Pedro
Que tales desaguisados
Non facen fidalgos buenos.
Las armas traeis doradas,
Non las regaleis, mancebos,
Porque son fierros dorados
Que publican vuestros yerros.
Tomad aquese caballo
Del moro que yace muerto,
Y decid que le vencistes,
Que de callar os prometo.

(1) Al mismo asunto del anterior.

Y llamare á vuesa puerta,
Abridle y acariñadle
Y dadle racion entera,
Que quien sirve á buen señor
Buen galardón dél espera.
Ponedme de vuesa mano
El peto, espaldar y grebas,
Brazal, celada y manoplas,
Escudo, lanza y espuelas;
Y puesto que rompe el día
Y me dan los moros priesa,
Dadme vuesa bendición
Y fíncad enhorabuena.—
Con esto salió Rodrigo
De los muros de Valencia
A dar la batalla á Búcar,
¡Plegue á Dios que con bien vuelva!

XL. — (Anónimo.)

La venida del rey Búcar
A la ciudad de Valencia
Está consultando el Cid
Con muchos homes de cuenta.
Estando en aquesta tabla
Han entrado por la puerta
Sus yernos disimulando
La traición que asaz le ordenan.
Asiento les diera el Cid
A la su mano derecha,
Él temblando de atrevido
Y ellos tiemblan de flaqueza,
Que los ánimos cobardes
Carecen de fortaleza.
En estas fablas estando,
Toda la gente trae nuevas
Con cajas, pífanos, trompas,
De como los moros llegan.
Subióse el Cid con los suyos
A una torre tan soberbia
Como son sus pensamientos
Que igualan á las estrellas.
Puesto de pechos el Cid
En las soberbias almenas,
Miraba al rey que ha llegado
Con el ejército y tiendas,
De que sus cobardes yernos
Ya se temen y recelan.
El Cid ha sido avisado
Que un recaudo del rey llega,
Bajóse por recibillo
Sin bajar su fortaleza.
A las razones del moro
Atiende el Cid con prudencia
Y turbado de su aspecto
Le dice desta manera:
— El rey Búcar, mi señor,
Ha venido de su tierra

A deshacer el gran tuerto
Con que tú le tienes esta.
Enviatela á pedir,
Y en viendo que no la dejas
Te apercibe á la batalla
Y procura defendella.—
Oidas estas razones
No haciendo dellas cuenta,
Alegre responde el Cid,
Mostrando mucha clemencia:
— Dile al rey que se aperciba,
Que yo pondré mi defensa;
Valencia me cuesta mucho
Y no pienso salir della,
Porque he pasado en ganalla
Muy grandes cultas y penas.
Gracias infinitas doy
A la infinita grandeza
Que me otorgó la vitoria
En tan peligrosa guerra;
A solo Dios lo agradezco,
Y á la sangre y gente buena
De mis parientes y amigos,
Que también mucho les cuesta.
El moro se despidió
Cobarde en ver su presencia,
Y temeroso de oírle
Al rey le lleva la nueva.
El Cid se queda ordenando
Cosas sobre esta hacienda,
Y conoció de sus yernos
La cobardía que encierran.
Mandóles que se quedasen
Porque no prueben sus fuerzas:
Ellos temerosos desto,
Corridos de tal afrenta,
Le dicen que han de ir con él
A tan peligrosa empresa.
Juntas las gentes del Cid
Sus haces trazan y ordenan,
Todos salen al real
Y el Cid con tanta braveza,
Que los moros temerosos
Sus haces juntan apriesa.
Al son de pífano y cajas
La batalla se comienza,
Animándolos Rodrigo
Que lleva la delantera;
Con su gente puesta en orden
La batalla le presenta.
Embistense ambas las partes,
Y en la batalla sangrienta
Diez y ocho reyes prende,
Y á todos ellos prendiera,
Mas poniendo á los pies alas
Desembarazan la tierra,
Y aunque costó mucha sangre
Durando tan grande pieza,

La vitoria llevó el Cid
Y con ella entró en Valencia.
Recibiólo la ciudad
Con aplauso y buena estrena,
Deséanle mil saludes
Para su amparo y defensa,
Y él contento y muy alegre
Se va á ver á su Jimena.

XLI. — (Sepúlveda.)

En batalla temerosa
Andaba el Cid castellano
Con Búcar, ese rey moro,
Que contra el Cid ha llegado
A le ganar á Valencia
Que el buen Cid ha conquistado.
Los condes de Carrion
En ella se hablan hallado,
Y contra un infante de ellos,
Fernán González llamado,
Un moro viene corriendo
Con fuerte lanza en su mano;
Fuerte muestra el moro ser,
Segun viene denodado.
El conde que vido al moro
Huyendo va por el campo:
No lo había visto ninguno
Para que sea publicado,
Si no fuera don Ordoño,
Escudero es muy honrado,
Que del buen Cid es sobrino,
De Pedro Bermudo hermano.
Ordoño fué contra el moro,
Con su lanza lo ha encontrado,
Y firióndolo en los pechos
Pasólo de lado á lado,
El pendón que va en la lanza
Todo sale ensangrentado:
El moro cayera muerto,
Don Ordoño se ha apeado
Y el caballo que traía
Con las armas le ha tomado.
Llamó á su cuñado el conde,
Esto le estaba hablando:
— Cuñado Fernán González,
Tomad vos este caballo,
Decid que al moro matasteis
Que en él venia cabalgando,
Que en días que yo viviere
Non diré yo lo contrario,
Non haciendo vos porqué,
Siempre se estará encelado.—
Estando en estas razones
El buen Cid había llegado,

A un moro venia signiendo
Y muerto lo ha derribado.
Don Ordoño dijo al Cid:
— Señor, este yerno honrado,
Que por bien os ayudar
Un moro mató en el campo
De un golpe que le dió,
Suyo fizo este caballo.—
Mucho le plugo al buen Cid
De lo que le había contado,
Cuidando decir verdad
Mucho á su yerno ha loado.
Juntos van por la batalla,
Firiendo van y matando,
Y en moros que los aguardan
Haciendo van grande estrago.

XLII. — (Lope de Vega.) (1)

Tirad, fidalgos, tirad
A vuestro troton el freno,
Que en fuir de aquese modo
Mostrais el pavor del pecho.
De un home solo fuis,
Mirad que no es de homes buenos
Fuir en tal lid de un moro
Donde hay tantos que lo vieron.
Si non queredes morir
Como buen fidalgo á fierro,
Non vivais entre fidalgos
Que fíncan continuo muertos.
Tornadvos luego á Valencia,
Que si non faceis mas qu'eso
También saldrán á lidiar
Las damas que quedan dentro.
Mal andanza vos dé Dios,
Pues con aspecto tan feo
Así en público fuis,
¿Qué vos dirán en secreto?
Mala doctrina tomastes
De mi tío vuestro suegro,
Pues non mancháis la Tizona
Deshonrando el honor viejo.
Decides que sois fidalgos,
Pues yo vos juro á San Pedro
Que tales desaguisados
Non facen fidalgos buenos.
Las armas traeis doradas,
Non las regaleis, mancebos,
Porque son fierros dorados
Que publican vuestros yerros.
Tomad aquese caballo
Del moro que yace muerto,
Y decid que le vencistes,
Que de callar os prometo.

(1) Al mismo asunto del anterior.

Galanes sois entre damas,
Sed valientes entre perros,
Porque non digan de vos
A los que os han parentesco :
Y á Dios, que quiero partirme,
Porque el Cid mi tío es viejo,
Y le quiero ir á ayudar,
Pues no le ayudan sus yernos. —
Esto dijo el buen Bermudez
Porque el infante don Diego
En la vega de Valencia
Fuyó de un moro gran trecho.

XLIII. — (Anónimo.) (1)

Helo, helo por do viene
El moro por la calzada,
Caballero á la gineta
Encima una yegua baya,
Borceguies marroquies
Y espuela de oro calzada,
Una adarga ante los pechos
Y en su mano una azagaya,
Mira y dice á esa Valencia :
— De mal fuego seas quemada,
Primero fuiste de moros
Que de cristianos ganada.
Si la lanza no me miente,
A moros serás tornada,
Y á aquel perro de aquel Cid
Prenderélo por la barba,
Su muger doña Jimena
Será de mi captivada,
Y su hija Urraca Hernandez
Será la mi enamorada,
Despues de yo harto della
La entregaré á mis compañas. —
El buen Cid no está tan lejos
Que todo no lo escuchara.
— Venid vos acá, mi fija,
Mi fija doña Urraca,
Dejad las ropas continas
Y vestid ropas de Paseua,
A aquel moro hi de perro
Detiénemelo en palabras,
Mientras yo ensillo á Babieca
Y me ciño la mi espada.
La doncella muy fermosa
Se paró á una ventana,
El moro desque la vido
Desta suerte le hablára :
— Alá te guarde, señora,
Mi señora doña Urraca.

(1) Es por antigüedad y popularidad uno de los mas interesantes que se hallan en la colección.

— Así faga á vos, señor,
Buena sea vuestra llegada.
Siete años ha, rey, siete,
Que soy vuestra enamorada.
— Otros tantos ha, señora,
Que os tengo dentro en mi alma. —
Ellos estando en aquesto
El buen Cid ya se asomaba.
— A Dios, á Dios mi señora,
La mi linda enamorada,
Que del caballo Babieca
Yo bien oigo la patada. —
Do la yegua pone el pié
Babieca pone la pata.
El Cid hablára al caballo,
Bien oíreis lo que hablaba :
— Reventar debía la madre
Que á su hijo no esperaba. —
Siete vueltas la rodea
Al derredor de una jara,
La yegua que era ligera
Muy adelante pasaba
Fasta llegar cabe un rio
Adonde una barca estaba ;
El moro desque la vido
Con ella bien se folgaba,
Grandes gritos da al barquero
Que le allegase la barca :
El barquero es diligente,
Túvosela aparejada,
Embarcóse presto en ella,
Que no se detuvo nada.
Estando el moro embarcado
El buen Cid se llegó al agua,
Y por ver al moro en salvo
De tristeza reventaba,
Mas con la furia que tiene
Una lanza le arrojaba,
Y dijo : Coged, mi yerno,
Arrecogedme esa lanza,
Que quizá tiempo verná
Que os será bien demandada.

XLIV. — (Anónimo.) (2)

De concierto están los condes
Hermanos Diego y Fernando,
Afrentar quieren al Cid,
Y han muy gran traicion armado.
Quieren volverse á sus tierras,
Sus mugeres demandando,
Y luego les dice el Cid,
Cuando las hubo entregado :
— Mirad, yernos, que tratades

(2) Con pocas variantes es el mismo que mas modernizado se halla en el *Romancero del Cid*.

El Cid al rey se ha quejado.
El rey como aquesto vido,
Tres córtés habia armado.

XLV. — (Anónimo.)

En las malezas de un monte
Desnudas por gran traicion,
Dos soles contempla el mundo
Doña Elvira y doña Sol,
Hijas de Jimena Gomez
Y del buen Cid Campeador,
Regalo del alma suya
Y prendas del corazon.
Allí en la blanca azucena
Muestra el lirio su color,
Y en dos albas claras bellas
La grana por arrebol :
Dos cielos que llueven perlas
Y estrellas dan al licor,
Y entre aljófar y corales
Esta vez forma el dolor :
¡Ay duro roble!
¡Ay soledad! ¡ay breña!
¡Ay quien del mundo fia! cómo sueña!
— ¡Ay, alevos condes, dicen,
Cuán ciegos en vuestro error
Dejais presas nuestras manos,
Sueltas las del vengador!
¡Ay famoso Cid! tus obras
Ganadas con tu valor,
Hoy en duros robles mueren
A manos del desamor.
Mil baluartes y muros
Ha derribado el temor
De tu brazo, á quien ultrajan
Las chozas de Carrion.
¡Espanto de mil traiciones!
Ya dirá el mundo traidor
Que se le atreven los condes
Al que es de reyes señor :
¡Ay duro roble, etc.
¡Ay honor, prenda del alma!
Decidle al Cid que os ganó
Entre lanzas de dos hierros
Que en uno solo os perdió.
Id luego, no vais agora,
Pero no lo hareis vos, no,
Que aborreceis á desnudos
Y á deshonrados mejor.
Id, pues que sois tan altivo,
Decid al rey en Leon
Que se duela cuando os mire
O que os vuelva cual os vió :
Y en tanto destas montañas
Con tierna lamentacion
Volveremos de las fieras
En piedad dulce el rigor.

Ay duro roble!
¡Ay soledad! ¡Ay breña!
¡Ay! quien del mundo fia ¡cómo sueña!

XLVI. — (Anónimo.)

Al cielo piden justicia
 De los condes de Carrion
 Ambas las hijas del Cid
 Doña Elvira y doña Sol.
 A sendos robles atadas
 Dan gritos que es compasión,
 Y no las responde nadie
 Sino el eco de su voz.
 El menosprecio y afrenta
 Sienten, que las llagas non,
 Que es dolor á par de muerte
 En la muger un baldon.
 Tal fuerza tiene consigo
 La verdad y la razon,
 Que hallan en los montes gentes
 Y en las fieras compasion.
 A los lamentos que hacen,
 Por allí pasó un pastor,
 Por donde no puso pié
 Cosa humana, si ahora non.
 Danle voces que se acerque,
 Y él non osa de pavor,
 Que son hijos de ignorancia
 El empacho y el temor.
 — Por Dios te rogamos, home,
 Que hayas de nos compasion,
 Asi tus ganados vayan
 Siempre de bien en mejor,
 Nunca les falten las aguas
 En el estío y calor,
 Las yerbas no se les sequen
 Con la helada y con el sol,
 Tus ternos hijuelos veas
 Criados en bendicion,
 Y peines tus blancas canas
 Sin dolencia y sin lesion;
 Que desates nuestras manos,
 Pues que las tuyas non son
 Como las que nos ataron
 De malicia y de traicion. —
 Estando en estas palabras,
 El buen Ordoño llegó
 En hábito de romero.
 De orden del Cid su señor:
 Prestamente las desata
 Disimulando el dolor.
 Ellas que no conocieron
 Juntas lo abrazan las dos;
 Llorando les dice: — Primas,

Secretos del cielo son,
 Cuya voz y cuya causa
 Está reservada á Dios.
 No tuvo la culpa el Cid
 Que el rey se lo aconsejó;
 Mas buen padre teneis, dueñas,
 Que vuelva por vuestro honor.

XLVII. — (Anónimo.)

Atended á la mi fabla,
 Alevs yernos del Cid,
 Cobardes como traidores,
 Que siempre es cobarde un vil.
 ¿Homes buenos sois vosotros?
 Non sois, si canalla ruin,
 Que el Cid en sus fechorias
 Da demostracion de sí.
 Non fuyais, alevs condes,
 Que non vos valdrá el fuir,
 Que es águila la venganza
 Cuando el agravio es neblí.
 Un home solo os va en zaga,
 Non fuyais, facelde huir,
 Mas es la razon gigante
 Que se acompaña con mil.
 Volved, que non me desmayan
 Las espadas que ceñis,
 Que el Cid las cubrió de sangre,
 Pero vosotros de orin.
 Sus dos fijas le azotasteis;
 Pero fué tuerto, que al fin
 Al Cid ofendeis y á Dios,
 Al rey Alfonso y á mí:
 Todos cuatro son leones,
 Y mas bravos, si advertis,
 Que tomarán la venganza
 Sin pasta ni menjui. —
 Desta suerte á los infantes,
 Dando rienda á su rocín,
 Los sigue el valiente Ordoño,
 El buen sobrino del Cid.

XLVIII. — (Anónimo.)

No con poco sentimiento
 Mira á los condes infames
 Entre unas ramas oculto
 El cuidadoso Alvar Fañez (1).
 Al mandato de su tío
 Obedece, porque sabe
 Que las sospechas dudosas
 Suelen engendrar verdades.
 Viendo desnudas sus primas
 A la inclemencia del aire

Amarradas á dos robles
 Así empezó á lamentarse:
 — ¡Cómo es que así se trate
 La honra de mi tío y vuestro padre! —

No quiso llegar á ellas
 Mientras los dos miserables
 Al peregrino sucesos
 Dieron fin para ausentarse.
 Bien se atreviera á los dos
 Y á ciento de su linage,
 Si no fuera en guarda suya
 Una gran cuadrilla infame;
 Y viendo que estaban solas,
 Triste ante sus ojos parte,
 Que es propio en un pecho noble
 Cuando no puede vengarse.
 Al cielo vuelve los ojos
 Reventando de corage,
 Y dice, mirando atento
 De sus primas las señales:

— ¡Cómo es que así se trate, etc.

Si vuestra honra es la mia,
 No es bien honrado me llame
 Si no gano como fuerte
 Lo que boy pierdo por cobarde.
 Entended, alevs condes,
 Que á mi tío no afrentastes,
 Ni que se mancha tal paño
 Con cuatro gotas de sangre.
 No puede, aunque fué en dos primas,
 Afrenta aquesta llamarse,
 Si el Cid que el baldon recibe
 No lo escucha ni lo sabe;
 Mas desátentov mis manos,
 Que del recibido ultrage
 Venganza nos dará el cielo,
 Si yo no fuere bastante:

¡Cómo es que así se trate, etc.

Con su capa las cubria
 Que están desnudas al aire,
 Mientras la noche vecina
 Su manto piadoso esparce.
 A la choza de un pastor
 Vinieron á repararse,
 Que á veces pueden humildes
 Hacer merced á los grandes.
 En esto amaneció el dia,
 Y el pastor corriendo parte
 A dar las nuevas al Cid,
 Y así replica Alvar Fañez:
 — ¡Cómo es que así se trate
 La honra de mi tío y vuestro padre!

XLIX. — (Anónimo.)

Elvira, soítá el puñal,
 Doña Sol, tiradvos fuera,
 Non me tengades el brazo,

Dejadme, doña Jimena.
 Non me tollais el rencor,
 Que me empacha la vergüenza
 Que todas mis fechorias
 Manchen mis suertes siniestras.
 ¿A mis fijas, falsos condes,
 Y á mis acatadas dueñas,
 Canes, faceis tales tuertos,
 Tenudas en lueñas tierras?
 ¿A mi, que vos di humildoso
 Mis fijas cuando os las diera
 De mil pulidas garnachas
 Guarnidas y ricas prendas?
 Endonévos mis espadas,
 Lo mejor de mi hacienda,
 Y en dos mil maravedía
 Me empeñára yo en Valencia;
 Cadenas de oro de Arabia
 Con buenos ingenios fechas,
 Que en la su mandadería
 Me enviára el rey de Persia;
 Caballos os di ruanos,
 Y para en plaza seis yeguas,
 Sendas capas de conray
 Con los aforros de felpa;
 ¿Y en pago de mis fiducias,
 Y en pago de mis recuestas
 Me las enviades, condes,
 Azotadas sin vergüenza,
 Sus albos cuerpos desnudos,
 Ligadas sus manos bellas,
 Sus crenchas desmelenadas,
 Sus tristes carnes abiertas?
 Voto hago al Pescador
 Que gobierna nuestra Iglesia,
 Y mal grado haya con él
 Cuando le fable en Cardeña,
 Si en Fromesta y Carrion,
 Torquemada y Valenzuela,
 Villas de vuestros condados,
 Queda piedra sobre piedra.
 Antolinez testimonio,
 Pelaez vino con ellas;
 Yo vos pondré la caluña
 Tal que atemorice en vella:
 Que con ella y mi razon,
 Ellos y sus parentelas
 Han de fincar á mis manos,
 A mis agravios desfechas.
 Camperos tiene el buen rey
 Que vos apañen y prendan;
 Fágame justicia en todo
 Y tendré mi espada queda. —
 Esto fabió y dijo el Cid,
 Y cabalgando en Babieca
 Partió de Valencia á Burgos
 A dar al rey su querella.

(1) En este romance se pone á Alvar Fañez en lugar de Ordoño que se halla en otros.

L. — (Anónimo.)

Lloraba doña Jimena
A sus solas con el Cid
La afrenta de sus dos hijas,
Y así comenzó á decir:
— ¿Cómo es posible, señor,
Siendo temido en la lid,
Que os afrontasen dos homes,
No siendo bastantes mil?
Y si aquesto no vos duele,
Ved que á mi padre perdi
Por ser vos tan vengativo
En las cosas que sentís.
Considerad vuestras hijas,
Aquesas que yo parí,
Que non son hijas prestadas,
Sinon de vos y de mí.
Es bien que aquesto miredes,
Y que esa gente ruin
Non se atreva á hacer tal
Sabiendo que sois el Cid,
Pues no faltarán salida
Para poderse eximir.
Si es bien que aquesto sintades
Farto os he dicho, sentid.

LI. — (Anónimo.)

Despues que una fiesta fizo
Al santo y divino Pedro
Aquel que africanos moros
Pagaron tributo y pecho,
Hizo una junta en su casa
De parientes y homes buenos,
Y como juntos los vido
El buen Cid les dijo aquesto:
— Bien sabeis, amigos míos,
La fazaña de mis yernos:
¡Bien me pagaron las obras
Que en Valencia hice por ellos!
Con riendas me las pagaron,
No teniendo rienda en ellos
De ponellas en mis hijas
Azotadas en desiertos:
Y agora el rey de Leon
Dice por su mandadero
Que dentro de treinta dias
Tengo de estar en Toledo.
Así vos suplico y pido,
Aunque no es menester ruegos
Para amigos tan leales
Teniendo fidalgos pechos,
Non se fable allá en las córtes,
Nio perdamos el respeto
Al rey, que non es razon,
Juzgando bien y derecho.
Non se descomida nadie

Non hablando en nuestros fechos,
Que yo pondré la demanda
De lo que les di primero,
La hacienda, plata y oro,
Las espadas amen d'eso,
Y pedire el desacato
Que á mis hijas les ficeron.

LII. — (Anónimo.)

Asida está del estribo
La noble Jimena Gomez,
Y en tanto que al Cid le habla,
El Cid su gaban compone.
— Mirad, le dice, señor,
Que la sangre de aquel conde
Que matasteis bueno á bueno
Que la vengueis como noble.
A las córtes vais, buen Cid,
Y á lo que os lleva á la corte
Ha de dar corte la espada,
Porque no tiene otro corte.
Al rey habrán prevenido
Y á sus amigos, los condes,
Que es de cobardes muy propio
Socorrerse de invenciones.
No aceteis del rey Alfonso
Escusas, ruegos ni dones,
Que mal se cubre una injuria
Con afeite de razones.
Considerad vuestras hijas
Amarradas á dos robles,
De quien hoy tiemblan las hojas
Condolidas de sus voces;
Y mirad que aquella ofensa
Contra mí fecha en el monte,
Descubre en vos las señales,
Y en mis hijas los azotes.
Dios os guarde donde vades,
Que son los competidores
Cruelles como cobardes,
Como cobardes traidores.
Yo sé bien que vais seguro,
Si no fuere de traiciones,
Que atrevidos con mugeres
Nunca lo son con los hombres.
No entreis, señor, en batalla,
Que menguáis vuestros blasones
Honrando con vuesa espada
Una sangre tan enorme.
El que venció á tantos reyes
No se iguale á aquestos homes,
Que relinchos de Babieca
Han vencido otros mejores.
Cobrad vuestras dos espadas
Para Bermudo y Ordoñez,
Que ellos pondrán en sus filos
El uso de vuestros golpes.

Sacará del fuego mio
La Tizona los tizonos,
Y la famosa Colada
La mancha de mis pasiones.
Por mi aviso y vuesa mano
Que á mi venganza se ponen,
Desde luego la esperanza
Me promete alegres dones.
— Así suceda, Jimena, —
El famoso Cid responde,
Y abajando la cabeza
Picó á Babieca y partióse.

LIII. — (Anónimo.) (1)

Recibiendo el alborada
Que viene á alegrar la tierra
Tocaban á recoger
Seis clarines por Valencia.
Don Rodrigo de Vivar,
El buen Cid, su gente apresta
Para partir á Toledo,
Que á córtes el rey le espera.
Ya la plaza del palacio
Está de gente cubierta,
De escuderos y fidalgos
Esperando que el Cid venga.
El sale ya de la sala,
Ya está en medio la escalera,
Y salenle á acompañar
Sus dos hijas y Jimena.
Abrazalas cortesmente
Y ruégales que se vuelvan,
Que en ver presentes sus hijas
Tiene presente su afrenta.
Descendió fasta el zaguan
Donde estaba su Babieca,
Que de ver triste á su amo
Casi siente su tristeza,
Salió en cuerpo hasta la plaza
Armado con armas negras,
Sembradas de cruces de oro
Desde la gola á las grebas.
Vió su gente tan lucida
Y en la ventana á Jimena,
Y por hacer lozania
Puso al caballo las piernas.
Llevó los ojos de todos,
Y al cabo de la carrera
Quitó á Jimena la gorra
Y tocaron las trompetas.
Todos siguieron tras él,
¡Cuán lucida gente lleva!
Pues alegre el sol de vellos

En las armas reverbera.
Caminan por sus jornadas,
Y á la vista de Requena
Detuvo la rienda el Cid,
Que no quiso entrar en ella.
Acordóse en aquel punto
Que allí fué la vez primera
Que le llamó el sexto Alfonso
Estando él quieto en ella.
Con grave y severa voz,
Levantando la visera
Y afirmado en los estribos,
La dice desta manera:
— Teatro de mi deshonra
Do se hizo la tragedia
En que mis alevos yernos
Fueron los autores della;
Principio de mi desdicha,
Do sin ser jueves de cena
Comieron con faz doblada
Ambos Judas á mi mesa:
Al rey vó á pedir justicia,
Ruego á Dios que no la tuerza,
Que á postre de mi venganza
No estareis en mi frontera. —
Y llevado de furor
Puso al caballo las piernas
Contra la flaca muralla,
Que de verle airado tiembla.

LIV. — (Anónimo.)

Tres córtes armara el rey
Todas tres á una sazón,
Las unas armara en Búrgos,
Las otras armó en Leon,
Las otras armó en Toledo
Donde los hidalgos son,
Para cumplir de justicia
Al chico con el mayor.
Treinta dias da de plazo,
Treinta dias, que mas non,
Y el que á la postre viniere
Que lo diesen por traidor.
Veinte nueve son pasados
Los condes llegados son.
Treinta dias son pasados
Y el buen Cid non viene, non.
Allí hablarán los condes:
— Señor, dadlo por traidor. —
Respondiérale el rey:
— Eso non faria, non,
Que el buen Cid es caballero
De batallas vencedor,

(1) Romances desde la partida del Cid para vengar la afrenta que recibió de sus yernos los condes de Carrion.

Pues que en todas las mis cortes
 Non lo habia otro mejor. —
 Ellos en aquesto estando,
 El buen Cid alli asomó.
 Con trecientos caballeros,
 Todos fijosdalgo son,
 Todos vestidos de un paño,
 De un paño y de una color,
 Si no fuera el buen Cid
 Que traia un albornoz;
 El albornoz era blanco;
 Parecía emperador,
 Capacete en la cabeza
 Que relumbra como el sol.
 — Dios vos mantenga, buen rey,
 Y á vosotros salvos Dios.
 Que non fablo yo á los condes,
 Que mis enemigos son. —
 Allí dijeron los condes,
 Fablaron esta razon:
 — Nos somos fijos de reyes,
 Sobrinos de emperador,
 ¿ Merescimos ser casados
 Con fijas de un labrador? —
 Allí hablára el Cid,
 Bien oiréis lo que habló:
 — Convidáraos yo á comer,
 Buen rey, tomástelo vos,
 Y al alzar de los manteles
 Dijistes esta razon:
 Que casase yo mis fijas
 Con los condes de Carrion.
 Diérais yo en respuesta
 Con respeto y con amor:
 Preguntarélo á su madre,
 Su madre que las parió,
 Preguntarlo he yo á su ayo,
 Al ayo que las crió.
 Dijérame á mi el ayo:
 « Buen Cid, non lo fagais, non,
 Que los condes son muy pobres
 Y tienen gran presunción: »
 Mas por non contradeciros,
 Buen rey, ficiéralo yo.
 Treinta dias duraron las bodas,
 Que non quisieron mas, non,
 Cien cabezas yo matára
 De mi ganado mayor:
 De gallinas y capones,
 Buen rey, non lo cuento, non.

LV. — (Anónimo.)

Idos vos, Martin Pelaez,
 A mi Valencia y guardalla
 Mientras que me quejo al rey
 De aquesta traicion tamaña.
 Rogaréle que se lembre

Cuando á mis fijas casára
 Contra la mi voluntad,
 De mi Jimena y mi casa;
 Y que por facer la suya
 Y cumplir la su palabra,
 Yo folgué que se ficiesen
 Aquestas bodas amargas.
 Diréle yo cómo Ordoño
 Las falló tan mal paradas
 Y desnudas de las ropas
 Que les diera para honrallas;
 Y si los ojos me dejan
 Contar tan malas fazañas,
 Diré cómo las toparon
 En el monte aprisionadas,
 Y pediré que en sus cortés
 Desagravie aquestas canas,
 Que el deshonor de mis fijas
 Las tienen avergonzadas.
 Y de tan grande traicion
 Faré un reto, una demanda
 A los condes, si tuvierén
 La faz para sustentalla.
 Cobraré allí mis dos joyas,
 Pues están mal empleadas
 En poder de dos traidores
 Mi Tizona y mi Colada:
 Y vos, amigo Martin,
 Quedareis desta vegada
 Como señor de mis tierras,
 Por mi falta gobernallas.
 Actúdreis á Jimena
 A servilla y regalalla,
 Tendreis mucha cuenta en esto.
 Catad que os deixo en mi casa.

LVI. — (Anónimo.)

Años hace, el rey Alfonso,
 Que solo en vuestro servicio
 El arambre de Tizona
 Apenas lo he visto limpio,
 Y que mi pobre Jimena,
 Nacida en contrario signo,
 Fué por mi sola de padre
 Como por vos de marido.
 Ella mi ausencia ha llorado
 El medio lecho vacío,
 Mientras que yo derribaba
 Mil estandartes moriscos.
 Testigos tengo presentes,
 Y vos, rey, sois buen testigo
 Que he atropellado mas lunas
 Que el sol ha durado siglos.
 Fuí en juveniles años
 Rayo en vuestros enemigos,
 Como agora son mis canas
 Terrero de mal nacidos.

Todo lo gobierna el ciclo
 Con su nivel y destino,
 Desde la tierra á su altura
 Y desde el ciclo á su abismo.
 Al pavon le dió los pies,
 Al águila el corvo pico,
 Y al leon la calentura,
 Porque esten menos altivos.
 Dos fijas tengo, señor,
 Y porque le hurté al serviros
 El tiempo del engendrallas,
 Las engendré con delito.
 Agraviáronlas traidores,
 Y por haberse atrevido,
 Aunque mi brazo pudiera,
 Solo al vuestro lo remito.
 Dos cobardes las ofenden
 Cuyos corazones tibios
 Al temor hacen altares
 Y le ofrecen sacrificios.
 Carrion les da tributo
 Como la fama al olvido,
 Y por tal yo me querello,
 De tal injuria ofendido.
 Levante vuesa justicia
 El peso con el cuchillo,
 Que aunque suyo sea el peso
 El pesar ha de ser mio.
 Si la justicia en las armas
 Falló el natural abrigo,
 Ya sirvo yo con las unas,
 Faced justicia y castigo.
 Si Dios es justo y el home
 Tan obligado á servillo,
 En cuanto mas le imitare
 Será mas justo y mas digno.

LVII. — (Anónimo.)

A Toledo habia llegado
 Ruy Diaz, que el Cid decian,
 A cortés del rey Alfonso,
 Que por su amor las hacia
 Para le dar gran derecho
 De la gran alevosia
 Que sus yernos los infantes
 De Carrion fecho habian.
 En palacios de Galiana
 El rey mandado tenia
 Que se juntasen á las cortés
 Todos los que alli vendrian.
 La silla del rey Alfonso,
 Que era muy hermosa y rica,
 Púsose al mejor lugar
 Que en toda la sala habia,
 Al rededor de la cual
 Escaños grandes ponian,
 Donde se sentasen todos

Los de la caballeria.
 El Cid llamó á un escudero,
 Muy fidalgo en demasia,
 Fernan Alfonso ha por nombre,
 El Cid criado le habia.
 Mandóle tome un escaño
 Que de Valencia traia,
 Que se lo ganó al rey moro
 Cuando en ella lo venia.
 Mandóle que le pusiese
 Donde el rey tenia su silla,
 Escuderos fijosdalgo
 Mandó leve en compania
 Y que guarden el escaño
 Hasta que sea otro dia.
 Todos llevan el escaño,
 Que es hermoso á maravilla,
 Sus espadas á los cuellos,
 ¡ Oh qué bien que parecian!
 Pusieron el rico escaño
 Donde el Cid mandado habia,
 Cubierto de ricos paños
 De oro, seda y pedreria.
 Otro dia de mañana,
 Despues que el rey oyó misa,
 Fuése para los palacios
 Con muy gran caballeria,
 Solo el Cid no va con él,
 Que en su posada yacia.
 Garcí Ordoñez, ese conde
 Que al buen Cid muy mal queria,
 Cuando viera aquel escaño,
 Al rey dijo desta guisa:
 — Por merced os pido, rey,
 Oigais lo que yo decia:
 Aquel tálamo que armaron
 Junto de la vuesa silla
 ¿ Para cuál novia se armó?
 Pregúntoos, ¿ verná vestida
 De almejas ó alquiceles,
 O cómo verán guarnida?
 Mandadle quitar de allí,
 Porque á vos pertenece. —
 Fernan Alfonso lo oyó,
 Al conde le respondia:
 — Conde, muy mal razonades,
 Mucho mal dello os vernia,
 Que decidis mal de aquel
 Que muy mas que vos valia.
 No novia, como decis,
 Y si decis que mentia,
 Las manos yo vos podre
 Y conocervos faria,
 Ante el rey que está presente,
 De qué lugar descendia,
 Que no me podreis negar
 No tener vos mejoría. —
 Mucho le pesó al buen rey

Y á los que con él venian
De lo que habia pasado,
Mas el conde don Garcia,
Como era hombre sañudo,
El manto al brazo ponía,
Dijo: — Dejadme ferir
Al rapaz que tal decía. —
Alfonso cuando lo vido
Su espada sacado habia,
Viniéndose contra el conde
Diciendo: — Castigaría
Las locuras que habeis dicho,
Mas por el rey no osaría. —
El rey los ha despartido
Y á los presentes decía:
— Ninguno debe hablar
Deste escaño que aquí habia,
Que el Cid lo ganó muy bien
Y como home de valia,
Y es caballero esforzado
Y de muy gran valentia,
Y non hay otro en el mundo
Que tan bien lo merçia
Como el buen Cid mi vasallo
De tan alta nombradía:
Y quanto el Cid es mejor
Mas honra á mi me venia,
Que cuando ganó el escaño
A muchos moros vencía.
Envióme su presente,
Por señor me obedecia,
Como vasallo leal
Cumpliendo lo que debía:
Muchos caballos me dió,
Con moros que los traian,
Y enviárame mi quinto
Como á mi pertenecia.
Nadie non fable del Cid,
Que segundo no tenia.

LVIII. — (Anónimo.)

Digádesme, alevos condes,
¿Qué fallasteis en mis hijas,
Y cuándo tener cuidasteis
Dueñas de tan alta guisa?
¿Por aventura con ellas
Los fidalgos de Castilla
Que baldones vos han dado?
¿En qué vuestro honor vos quitan?
Por madre han á mi Jimena
La mi doña Sol y Elvira:
De tal madre, ¿qué enseñanza?
¿Nin qué fembras de tal vida?
En dote vos di con ellas

Los haleres que tenia,
Y las mis ricas espadas
Que menos falla mi cinta:
Mas fambrientas las tenedes,
Non yantan como solian,
Que siempre fechos cobardes
Dan escasas las heridas.
Yo vos las demando, condes,
Ante el rey que ende nos mira,
Porque á Colada y Tizona
No es bien que alevos las ciñan.
Non son heredadas, non,
Sino en batallas tenidas
De entre lanzas y con sangre
Mis armas todas tenidas.
En los robledos de Tórmes
Me la dejades vertida;
Mas la de dueñas atales
Ved qué varones no estiman.
Non por ende me afrentades
Por ser mis fijas queridas,
Que aunque son mi sangre estaba
En vuestas mugeres mismas.
Con todo vos reto, condes,
Por facer la sangre limpia,
Porque el golpe del agravio
No hay miembro que no lastima.
Tenudo soy á facello
Por vuesa honra y la mia,
Que la mancha del honor
Solo con sangre se quita. —
Estas palabras el Cid
A sus dos yernos decía,
Levantado del escaño,
La mano á la barba asida.

LIX. — (Anónimo.) (1)

El temido de los moros,
Aqueña gloria de España,
El que nunca fué vencido,
El rayo de las batallas,
Ese buen Cid Campador,
Defensor de nuestra patria,
Espejo de capitanes
Y de traidores venganza,
En las córtes de Toledo
Do le fueron entregadas
Ante el sexto rey Alfonso
Por los condes las espadas,
Así fablaba con ellas
Sin hartarse de mirallas:
— ¿Dó estais, mis queridas prendas?
¿A dó estais, mis prendas caras?
No caras porque os compré

Por dinero, oro ni plata,
Mas caras porque os gané
Con el sudor de mi cara.
Al rey moro de Marruecos
Siendo Valencia cercada
A vos gané, mi Tizona,
Que vos traia en su guarda;
Y al conde de Barcelona
A vos os gané, Colada,
Quando les tomé á los moros
Los castillos de Brianda.
Yo nunca os fice cobardes,
Antes por la fe cristiana
En la sarracena gente
Os traje siempre cebadas.
A los condes mis dos yernos,
Por ser joyas tan preciadas,
Vos di, y ellos (¡mal pecado!)
Os tienen de orin manchadas.
Non érades para ellos,
Que vos traian afrentadas,
Por de dentro muy fambrientas,
Por de fuera pavonadas.
Libres estais de las manos
Que os traian cautivadas,
El Cid os mira en las suyas
Dónde seréis mas honradas. —
Dijo, y á Pedro Bermudez
Y á don Alvar Fañez llama,
Y manda que se las guarden
Mientras las córtes duraban.

LX. — (Anónimo.)

A vosotros, fementidos,
Condes de villano pecho,
Como traidores al rey
A entrambos juntos vos reto.
Mis fijas os di, traidores,
Pero non, que en ello miento,
Al rey las di que las diese
A quien él fuese contento.
A él se fizo esta injuria,
A él se fizo este avieso,
Y él las recibió por fijas,
Yo á vosotros por mis yernos.
Por ser fecha á mi señor
Esta injuria, por él vuelvo,
Que el que ha vasallos honrados
Ellos le enmiendan sus tuertos.
Con mugeres teneis manos,
¡Por Dios, bravos caballeros,
Si al veros con el rey Búcar
No fuérais de piés tan prestos!
Pero bien dice el refran
Que hay tan valientes guerreros
Por los piés como por manos,
Y vosotros sois de aquestos.

¡Oh cuánto diérais agora
Por fallar otros dispuestos
Tales como los fallasteis
Quando los leones sueltos!
Faced cuenta son leones
Los que en este pecho siento,
Que es un leon cada agravio
Fecho en un honrado pecho.
Agradecédselo al rey
Que le veo y le respeto;
Pero pagarlo heis, villanos,
Si no es que os subois al cielo.
Mas non subireis, cobardes,
Que es Dios grande justiciero
Y no consiente traidores
Sin castigo de sus yerros:
Cuanto mas que la Colada
Y la Tizona yo entiendo
Vos serán tal purgatorio
Que vais desta culpa absueltos.

LXI. — (Sepúlveda.)

En las córtes de Toledo
Que el buen rey Alfonso hacía
Para dar derecho al Cid
Que querellado se habia
De los condes de Carrion
Sus yernos que ser solian,
Porque á sus buenas mugeres
Deshonrado las habian,
Vuelto le han sus dos espadas,
El haber tambien volvian.
El Cid por grandes traidores
A ambos retado habia;
Los infantes no responden
A lo que el buen Cid decía.
El rey dijo á los infantes
Qué era lo que respondian,
Diego Gonzalez el uno
Al rey así le decía:
— Ya, señor, sabeis que somos
De los buenos de Castilla,
Dejamos nuosas mugeres
Porque no nos merecian;
Casar con fijas del Cid
Gran deshonra nos traia. —
Los del Cid no respondieron,
Que el Cid mandado tenia
Que si él no lo mandase
Ninguno hablar debía.
Ordoño, sobrino suyo,
Era el que respondía:
— Calla tú, Diego Gonzalez,
Que eres de gran cobardia,
Muy valiente eres de lengua,
Mas esfuerzo no tenias,
Y en esa tu falsa boca

(1) Al mismo asunto del romance de Sepúlveda que dice: « En Toledo estaba Alfonso.

Ninguna verdad habia.
Lembrate cuando en Valencia
En la lid que el Cid facia
Echaste á fuir de un moro,
Y el moro bien te seguia,
Y yo le salí al encuentro,
Muerto en tierra lo ponía,
Díte su caballo y armas
Y al Cid entender facia
Que tú mataste aquel moro
Que aquel caballo traía.
Yo lo fice por te honrar
Por casar con la mi prima:
Alabásete tú desto,
Yo lo otorgaba á tu guisa,
Nunca salió de mi boca
Fasta hoy que lo decia,
Y si agora lo publico
Es por tu gran villanía:
Y sepan cuando en Valencia
Cuando el leon que ende habia
Se soltó de donde estaba,
Tú, porque á esconderte ibas,
Rompiste el manto y el sayo
Que cobijado tenias,
Por entrar bajo un escaño
Que en el aposento habia.
No digo cómo tu hermano,
Que es aquel que me veía,
Cayó con notable miedo
En parte do no debía.
Así, señor rey Alfonso,
A tu alteza yo decia
Que este día fuera bien
Demostrar su valentía,
No en los robledos de Tórmes
Do ferido habian mis primas,
Mugeres de tal linage
Que muy mas que ellos valian,
Que si yo ende estuviera
Cometerlo no osarian;
Ficieron como cobardes,
Yo se lo combatiría,
No ficieron como buenos
Como manda la hidalguía.
Muy feble es facer tal cosa
Ningun home de valia,
Y poner mano en mugeres
Non es de caballería.

LXII. — (Anónimo.)

Despues que el Cid Campeador
Pidió derecho del tuerto
Por que fueron emplazados
Los condes para Toledo,
El rey don Alfonso el Bravo,
Aquel que con gran denuedo

Al foradar de la mano
Tuvo siempre el brazo quedo,
Mandó que dentro en tres meses
Pareciesen en Toledo,
O fincasen por traidores
Ellos y el conde don Suero.
Mandó que se fagan córtes
Y se junten á ellas cedo
Sus grandes y ricos homes,
Que quiere tomar su acuerdo;
Que si los condes son nobles,
Alfonso es rey de derecho,
Magüer que el Cid en honor
Es honrado caballero.
Antes de cumplir el plazo
Todos á córtes vinieron,
Y el Cid trujo en su compañía
Novecientos caballeros.
Saltó el rey á recibirlo
A dos leguas de Toledo;
Unos de envidiosos callan,
Otros dicen que es escoso.
Palacios de Galiana
Mandó el rey esten compuestos,
Las paredes de brocado
Y el suelo de terciopelo.
Junto á la silla del rey
Su escaño del Cid pusieron,
Do que mofaban los condes
Profanando y zaheriendo,
Sentados en córtes todos
Fabió el rey á sus porteros:
— Mandóvos que callen todos,
Infanzones y homes buenos:
Vos, el Cid, decid su culpa
Y ellos defendan su pleito,
Librásevos ha justicia
Con que quedéis satisfecho.
Seis alcaldes vos señalo
De mi casa y mi consejo,
Y que todos ellos juntos
Juren por los evangelios
Que cuidarán de ambas partes
Asaz entender el pleito,
Y entendido juzgarán
Sin pasion, amor, ni miedo.—
Levantóse luego el Cid,
Y sin mas alongamientos
Pide le den sus espadas
Tizona y Colada luego.
El rey miraba á los condes
Qué responden atendiendo,
Pero ninguna razon
En su defensa dijeron.
Los jucces mandan las den
Sin ningun detenimiento;
Magüer hubieron pavor,
Entregarlas no quisieron

El rey dijo: — Descorteses,
Volvedselas á su dueño,
Que supo mejor ganallas
De los moros de Marruecos.—
Ya cebradas las espadas,
Dos mil marcos de dinero
Les pide y todas las joyas
Que les dió en los casamientos.
Unánimes los jueces,
De comun consentimiento,
Los condenan á que paguen
De contado todo el precio.
Comenzó de nuevo el Cid,
Los ojos como de fuego
Y el rostro como una gualda,
A demandalles el tuerto.

LXIII. — (Anónimo.)

En las córtes de Toledo
A do yace Alfonso el Sesto,
El Cid le fabla á Bermudo
Con muy grande sentimiento:
— ¿ Non fablais vos, Pedro mudo?
Fablád, que non estais muerto:
¿ Non sabedes que mis fijas
Son vuesas primas en deudo?
Ende mas que en su deshonra
Mucha parte os cabe dello.—
Mucho le pesó á Bermudo
De lo que el Cid ha propuesto:
Juntóse con Garcí Ordoñez,
Y desque fué cerca puesto
Le diera tan gran puñada
Que dió con él en el suelo.
Alborótanse las córtes,
No queda nadie en su asiento,
Aquí sacan las espadas,
Allí dicen mil denuestos.
Unos apellidan Cabra,
Otros Valencia, otros reino,
El rey está ardiendo en ira,
Diciendo: — Afuera, teneos.—
Otra vez replicó: — Afuera,
Sin mas audiencia condeno,
Con acuerdo de mi corte
Y de mi real consejo,
Por los méritos que fallo
Que resultan deste pleito,
A los condes de Carrion
Que lidien conforme al reto,
Y que el Cid haya cumplido
Con dalles tres escuderos,
Y los que mejor lidiaren
Ellos salven su derecho.—
Pidieron plazo los condes
Para guisar en el fecho,
Y al cabo de ruegos muchos

La noche se puso en medio.
Volvióse el rey á su casa,
La corte á su alojamiento,
Y al salir de los palacios
Donde las córtes se han fecho
De Navarra y de Aragon
Al rey vienen mensageros.
Cartas le traen de sus reyes
Pidiendole otorgamiento
De las dos fijas del Cid
Para dos fijos mancebos.
Don Ramiro el de Navarra
La pide, si bieu me acuerdo,
A la mayor doña Elvira,
Dueña de virtud y arreo:
A la menor doña Sol
Ha pedido el rey don Pedro
Para su hijo don Sancho
De Aragon propio heredero.
Partióse á Valencia el Cid
Ufano, alegre y contento,
Desagraviadas sus fijas
A guisar los casamientos.

LXIV. — (Sepúlveda.)

Ya se parte de Toledo
Ese buen Cid afamado,
Y acabáronse las córtes
Que allí se habian celebrado.
Aguese buen rey Alfonso
Muy gran derecho le ha dado
De los infantes, los condes
De Carrion el condado.
Don Rodrigo va á Valencia
Que á los moros la ha ganado:
Novecientos caballeros
Lleva todos fijosdalgo,
Que de la rienda le llevan
A Babieca el buen caballo.
Despidióse el rey del Cid,
Que le habia acompañado,
Lejos van uno de otro,
El Cid envió un recaudo,
Pidiendo merced al rey
Le aguarde para hablallo.
El rey aguardára al Cid
Como á bueno y leal vasallo,
Y el Cid le dijo: — Buen rey,
Yo he sido muy mal mirado
En llevarme yo á Babieca,
Caballo tan afamado,
Que á vos, señor, pertenece
Como mas avantajado.
Non le mercede ninguno,
Vos si solo á vuestro cabo,
Y porque veais cual es,
Y si es bien el estimallo,

Ninguna verdad habia.
Lembrate cuando en Valencia
En la lid que el Cid facia
Echaste á fuir de un moro,
Y el moro bien te seguia,
Y yo le salí al encuentro,
Muerto en tierra lo ponía,
Díte su caballo y armas
Y al Cid entender facia
Que tú mataste aquel moro
Que aquel caballo traía.
Yo lo fice por te honrar
Por casar con la mi prima:
Alabásete tú desto,
Yo lo otorgaba á tu guisa,
Nunca salió de mi boca
Fasta hoy que lo decia,
Y si agora lo publico
Es por tu gran villanía:
Y sepan cuando en Valencia
Cuando el leon que ende habia
Se soltó de donde estaba,
Tú, porque á esconderte ibas,
Rompiste el manto y el sayo
Que cobijado tenias,
Por entrar bajo un escaño
Que en el aposento habia.
No digo cómo tu hermano,
Que es aquel que me veía,
Cayó con notable miedo
En parte do no debía.
Así, señor rey Alfonso,
A tu alteza yo decia
Que este día fuera bien
Demostrar su valentía,
No en los robledos de Tórmes
Do ferido habian mis primas,
Mugeres de tal linage
Que muy mas que ellos valian,
Que si yo ende estuviera
Cometerlo no osarian;
Ficieron como cobardes,
Yo se lo combatiría,
No ficieron como buenos
Como manda la hidalguía.
Muy feble es facer tal cosa
Ningun home de valia,
Y poner mano en mugeres
Non es de caballería.

LXII. — (Anónimo.)

Despues que el Cid Campeador
Pidió derecho del tuerto
Por que fueron emplazados
Los condes para Toledo,
El rey don Alfonso el Bravo,
Aquel que con gran denuedo

Al foradar de la mano
Tuvo siempre el brazo quedo,
Mandó que dentro en tres meses
Pareciesen en Toledo,
O fincasen por traidores
Ellos y el conde don Suero.
Mandó que se fagan córtes
Y se junten á ellas cedo
Sus grandes y ricos homes,
Que quiere tomar su acuerdo;
Que si los condes son nobles,
Alfonso es rey de derecho,
Magüer que el Cid en honor
Es honrado caballero.
Antes de cumplir el plazo
Todos á córtes vinieron,
Y el Cid trujo en su compañía
Novecientos caballeros.
Saltó el rey á recibirlo
A dos leguas de Toledo;
Unos de envidiosos callan,
Otros dicen que es escoso.
Palacios de Galiana
Mandó el rey esten compuestos,
Las paredes de brocado
Y el suelo de terciopelo.
Junto á la silla del rey
Su escaño del Cid pusieron,
Do que mofaban los condes
Profanando y zaheriendo,
Sentados en córtes todos
Fabió el rey á sus porteros:
— Mándovos que callen todos,
Infanzones y homes buenos:
Vos, el Cid, decid su culpa
Y ellos defendan su pleito,
Librásevos ha justicia
Con que quedéis satisfecho.
Seis alcaldes vos señalo
De mi casa y mi consejo,
Y que todos ellos juntos
Juren por los evangelios
Que cuidarán de ambas partes
Asaz entender el pleito,
Y entendido juzgarán
Sin pasion, amor, ni miedo.—
Levantóse luego el Cid,
Y sin mas alongamientos
Pide le den sus espadas
Tizona y Colada luego.
El rey miraba á los condes
Qué responden atendiendo,
Pero ninguna razon
En su defensa dijeron.
Los juces mandan las den
Sin ningun detenimiento;
Magüer hubieron pavor,
Entregarlas no quisieron

El rey dijo: — Descorteses,
Volvedselas á su dueño,
Que supo mejor ganallas
De los moros de Marruecos.—
Ya cebradas las espadas,
Dos mil marcos de dinero
Les pide y todas las joyas
Que les dió en los casamientos.
Unánimes los jueces,
De comun consentimiento,
Los condenan á que paguen
De contado todo el precio.
Comenzó de nuevo el Cid,
Los ojos como de fuego
Y el rostro como una gualda,
A demandalles el tuerto.

LXIII. — (Anónimo.)

En las córtes de Toledo
A do yace Alfonso el Sesto,
El Cid le fabla á Bermudo
Con muy grande sentimiento:
— ¿ Non fablais vos, Pedro mudo?
Fablád, que non estais muerto:
¿ Non sabedes que mis fijas
Son vuesas primas en deudo?
Ende mas que en su deshonra
Mucha parte os cabe dello.—
Mucho le pesó á Bermudo
De lo que el Cid ha propuesto:
Juntóse con Garci Ordoñez,
Y desque fué cerca puesto
Le diera tan gran puñada
Que dió con él en el suelo.
Alborótanse las córtes,
No queda nadie en su asiento,
Aquí sacan las espadas,
Allí dicen mil denuestos.
Unos apellidan Cabra,
Otros Valencia, otros reino,
El rey está ardiendo en ira,
Diciendo: — Afuera, teneos.—
Otra vez replicó: — Afuera,
Sin mas audiencia condeno,
Con acuerdo de mi corte
Y de mi real consejo,
Por los méritos que fallo
Que resultan deste pleito,
A los condes de Carrion
Que lidien conforme al reto,
Y que el Cid haya cumplido
Con dalles tres escuderos,
Y los que mejor lidiaren
Ellos salven su derecho.—
Pidieron plazo los condes
Para guisar en el fecho,
Y al cabo de ruegos muchos

La noche se puso en medio.
Volvióse el rey á su casa,
La corte á su alojamiento,
Y al salir de los palacios
Donde las córtes se han fecho
De Navarra y de Aragon
Al rey vienen mensageros.
Cartas le traen de sus reyes
Pidiendole otorgamiento
De las dos fijas del Cid
Para dos fijos mancebos.
Don Ramiro el de Navarra
La pide, si bien me acuerdo,
A la mayor doña Elvira,
Dueña de virtud y arreo:
A la menor doña Sol
Ha pedido el rey don Pedro
Para su hijo don Sancho
De Aragon propio heredero.
Partióse á Valencia el Cid
Ufano, alegre y contento,
Desagraviadas sus fijas
A guisar los casamientos.

LXIV. — (Sepúlveda.)

Ya se parte de Toledo
Ese buen Cid afamado,
Y acabáronse las córtes
Que allí se habian celebrado.
Aguese buen rey Alfonso
Muy gran derecho le ha dado
De los infantes, los condes
De Carrion el condado.
Don Rodrigo va á Valencia
Que á los moros la ha ganado:
Novecientos caballeros
Lleva todos fijosdalgo,
Que de la rienda le llevan
A Babieca el buen caballo.
Despidióse el rey del Cid,
Que le habia acompañado,
Lejos van uno de otro,
El Cid envió un recaudo,
Pidiendo merced al rey
Le aguarde para hablallo.
El rey aguardára al Cid
Como á bueno y leal vasallo,
Y el Cid le dijo: — Buen rey,
Yo he sido muy mal mirado
En llevarme yo á Babieca,
Caballo tan afamado,
Que á vos, señor, pertenece
Como mas avantajado.
Non le mercede ninguno,
Vos si solo á vuestro cabo,
Y porque veais cual es,
Y si es bien el estimallo,

Quiero facer ante vos
Lo que no he acostumbrado
Si non es cuando hube lides
Con enemigos en campo. —
Cabalgó el buen Cid en él
De piel de armiño arreado,
Firióle de las espuelas,
El rey se quedó espantado
En mirar cuan bien lo face,
A ambos está alabando;
Alababa á quien lo rige
De valiente y esforzado,
Y al caballo por mejor,
Que otro no es visto ni hallado.
Con la furia de Babieca
Una rienda se ha quebrado,
Paróse con una soia
Como si estuviera en prado.
El rey y sus ricoshomes
De verlo se han espantado,
Diciendo que nunca oyeron
Fablar de tan buen caballo.
El Cid le dijo: — Buen rey,
Suplicoo querais tomallo.
— Non lo tomaré yo, el Cid,
El rey por respuesta ha dado,
Si fuera, buen Cid, el mio
Yo vos lo dicra de grado,
Que en vos mejor que en ninguno
El caballo está empleato,
Con él honrades á vos
Y á nos en extremo grado,
Y á todos los de mis tierras
Por vuestros fechos granados;
Mas yo lo tomo por mio
Con que vos querais llevarlo,
Que cuando yo lo quisiere
Por mí vos será tomado. —
Despidióse el Cid del rey,
Las manos le habia besado,
Y fuése para Valencia
Donde le están aguardando.

LXV. — (Sepúlveda.)

Ya se parte el rey Alfonso,
De Toledo se partia
Para ir á Carrion,
Que los condes no venian
A lidiar con los del Cid
Que retados los tenia
Por la deshonra que hicieron,
Ave y gran villanía,
A las dos hijas del Cid
Doña Sol y doña Elvira.
Consigo llevó los seis
Jueces de la tal porfia,
Don Ramon, yerno del rey,

Llevaba en su compañía,
Y los que habian de lidiar
Con los que el aleva hacian.
A Carrion es llegado
A la vega que ende habia,
Sus tiendas mandára armar,
Los condes á él venian
Con su tío Suer Gonzalez,
Que la gran traicion urdia.
Traen consigo sus parientes,
Muchos son en demasia,
Armados venian todos
De ricas fuertes lorigas,
Que entre sí han acordado
Que si tiempo se ofrecia
De matar á los del Cid
De cualquier guisa, lo harian
Antes de entrar en la lid,
Porque así les convenia.
Los del Cid lo habian sentido,
Y al rey — Señor, le decian,
En vuesa mano y metced
El de Vivar nos ponía,
Por eso, señor, pedimos
Non consintais que hoy día
Nos fagan desaguisados,
Nin tuerto, ni alevosía,
Que con la merced de Dios
El Cid vengado seria:
Derecho habremos de aquesto,
Que Dios nos ayudaría. —
El rey dijo: — Non temais,
Magüer yo lo proveería. —
Mandó dar luego un pregon
Qu'estas palabras decia:
« Quien tuerto ó desaguisado
« A los del Cid les ficiese,
« Que la cabeza y sus biencs
« Allí todo lo perdiere. »
Él los metiera en el campo
Do la lid hacerse habia,
Los infantes y su tío
Tambien al campo acudian.
Gran compañía traen consigo
De gente que los seguía;
El rey á muy grandes voces
Estas palabras decia:
— Infantes de Carrion,
La lid que hacerse quería
En Toledo la quisiera,
Y non en aquesta villa.
Dijisteis que guarnimientos
A vos allí fallecian,
Vine al vuestro natural
Por faceros cortesia:
Los caballeros del Cid
Conmigo yo los traía,
En mí fe y en mí verdad

Ellos sus vidas ponian.
Condes, yo vos desengaño
A vos y á vuesa valía
Non fagades contra ellos
Lo que hacer non se debía,
Que aquel que lo tal ficiere
Ya yo mandado tenia
En campo le despedacen
Sin que nadie se lo impida. —
A los condes les pesó
De lo que el rey les avisa.
La Colada y la Tizona
Al rey suplicado habian
Que no entren en la lid,
Que era mucha su valía.
El rey les dijera: — Infantes,
Facer eso no podia,
Pidiéradeslo en Toledo,
Que aquí lugar ya no habia:
Meted vos muy buenas armas
Que no se os contradiria,
Que crecidos sois de cuerpo,
Pelead con valentia. —
En el campo son metidos
Todos seis como cumplía,
Arreada está la gente
Y todos se apercebían:
Embrazaron los escudos,
Pónense las capellinas,
Firiéronse de las lanzas
Que so los brazos tenian.
A Pedro Bermudo luego
Fernan Gonzalez heria,
Pasóle todo el escudo,
En la carne no le heria;
El firió á Fernan Gonzalez
De una muy grande ferida,
Pasóle de lado á lado,
Mucha sangre le salía,
Y ya desmayado en tierra
Fernan Gonzalez caía
Por las ancas del caballo
Asido á la misma silla;
La lanza echára de sí,
Mano á Tizona ponía,
Dijole á Fernan Gonzalez:
— Traitor, perderás la vida. —
Y él conociendo la espada
Que el buen Bermudez traía
Temiérase de la muerte,
Y antes que le diera herida
Dijo: — Yo vencido soy
Y por tal me conocía. —
Martin Antolin de Búrgos
Con el otro está en gran prisa:
Quebrado habian las lanzas,
Con las espadas reñian.
Antolin le dicra un golpe

Con Colada, espada fina,
Por cima de la cabeza
Que mal ferido lo habia;
Cortárale el guarnimiento
Y el casco tambien hendia.
Diego Gonzalez desmaya,
Cuidó que no escaparía.
Grandes voces da el infante
Por golpes que recibía,
Sacóle el caballo fuera
Del cerco que el rey ponía,
Vencido es como su hermano,
Y por tal él se tenia.
Nuño Busto y Suer Gonzalez
Se fieren con valentia,
Las lanzas traen muy fuertes,
Reclas son á maravilla.
Suer Gonzalez á Nuño Bustos
El escudo le partía.
Pasóle de parte á parte,
Que el golpe muy recio iba;
Pasóle los guarnimientos,
A la carne no prendía.
Firme estuvo Nuño Bustos,
Que era de grande valía,
Pasárale con la lanza
El escudo que tenia,
Y fuera de las espaldas
El hierro se parecía.
Suer Gonzalez cayó en tierra,
Nuño Bustos le ponía
La su lanza sobre el rostro,
Herirlo otra vez quería.
— Non lo frades, por Dios,
Su padre á voces decía,
Que mi hijo ya es vencido
Y creo muerto estaria. —
Nuño Bustos á los fieles
Dijo si aquello valía:
— No vale nada, responden,
Si él propio no lo decía. —
Suer Gonzalez volvió en sí:
— Yo soy vencido, — publica.
Por alevosos el rey
Los tiene desde aquel día,
Con su tío Suer Gonzalez
Que el consejo dado habia.
Fuyéronse de la tierra,
Que jamas no parecían,
Ni mas alzaron cabeza:
Los del Cid con honra fincan,
Dióles muy grandes haberes,
A Valencia se volvian.
Gran compañía les da el rey,
Muy seguros los envía
Para su señor el Cid
Que por tal le conocían.

LXVI. — (Anónimo.)

Cuando el rojo y claro Apolo
 El hemisferio alumbraba
 Y cuando su hermana bella
 En el otro se mostraba,
 Por una verde espesura
 De arboleda bien cercada
 Donde dulces ruiseñores
 Muy claramente cantaban,
 Y donde el céfiro manso
 Sabrosamente sopaba,
 Con esfuerzo y gallardía
 Un caballero pasaba
 En un caballo furioso
 Bordado el jaez de plata,
 Las armas de fino acero,
 Todo de blanco se armaba,
 Una lanza larga y gruesa
 Y en ella veleta blanca;
 Ha salido de Castilla
 Y entra bravo en Lusitania.
 Solo va á buscar un moro
 Que el fuerte Audalla se llama,
 Que la fama de sus hechos
 Por toda España volaba.
 En medio de su camino
 El caballo se paraba.
 Don Rodrigo es de Vivar
 Que con la espuela le daba,
 Mas el caballo por eso
 Adelante no pasaba.
 Como esto vido Rodrigo
 En los estribos se alzaba;
 Por ver qué cosa sería
 A todas partes miraba.
 Hincando la lanza en tierra
 En ella el cuerpo afirmaba,
 Y oyó una voz que decía,
 Aunque no vió quien la daba:
 — ¡O ingrata y cruel fortuna!
 ¡Dí si estás de mi vengada,
 Pues me has quitado la vida
 Y con ella el bien del alma.
 Metióse por la espesura
 Por saber quien lamentaba,
 Cuando no lejos de sí
 Vió que un moro se quejaba
 Tendido en la fresca yerba
 Que en sangre líquida estaba
 De las heridas que tiene,
 Que todo el cuerpo le pasan.
 Cuando lo vió don Rodrigo,
 Movido de grande lástima,
 Apeóse del caballo,
 Mas aun bien no se apeaba
 Vió estar cuatro caballeros
 Y con ellos una dama

Que dellos se defendía,
 Aunque ya cansada estaba,
 Y como vió á don Rodrigo,
 A grandes voces le llama:
 — Ayudeisme, caballero,
 Si cortesía en vos se halla;
 Yo soy Aja, sin ventura,
 Cautiva del fuerte Audalla.—
 Arremetió don Rodrigo
 Poniendo al ristre la lanza,
 Los cuatro vienen á él
 Y cada cual le encontraba.
 No le mueven de la silla
 Y él á uno derrotaba.
 Vuelve furioso á los tres
 Poniendo mano á la espada,
 Dió al uno tan recio golpe
 Que en tierra lo derribaba:
 Los dos se vuelven huyendo,
 Y él dellos no se curaba.
 A la dama se volvía
 Por saber lo que pasaba,
 Mas la dama temerosa
 No le responde palabra,
 Antes por la espesura
 Iba buscando á su Audalla.
 No curó mas de seguirla,
 Mas en Castilla se entraba,
 Y así hizo buena obra
 A quien la pensó hacer mala.

LXVII. — (Anónimo.)

Acabada la batalla
 Por el de Vivar pedida
 Contra los alevos condes
 Que le afrentaron sus fijas,
 El noble rey don Alfonso,
 Que el suceso honroso estima
 Que haya sido por el Cid,
 Como el que tenía justicia,
 Con los tres fuertes guerreros
 Que por él lidiado habían
 Y alcanzado la victoria,
 Así escribe al Cid Ruy Diaz:
 « A vos, el Cid castellano,
 « El de la espada temida,
 « Pestilencia de los moros
 « Y defensa de Castilla,
 « A vos á quien guarde el cielo
 « En próspera y larga vida
 « Para que estemos seguros
 « De la enemiga morisma,
 « A vos el rey don Alfonso
 « Salud por esta os envía,
 « Como vuestro mas amigo
 « Aunque enemigos resistan
 « El suceso del combate

« Que se ha hecho en esa villa
 « De Carrion por el órden
 « Que se dió en las córtes mías,
 « Os lo escribo por mi mano
 « Y va con mi sello y firma
 « Porque sea testimonio
 « Verdadero y sin malicia,
 « Y que en la edad venidera
 « Como fue se entienda y diga,
 « Sin que amistad ó respetos
 « Hagan que acorten ó añidan.
 « Luego que fueron las córtes
 « En Toledo concluidas,
 « A esta villa nos partimos
 « Por los dos condes pedida.
 « Su demanda dió sospecha
 « Por ser en su tierra misma,
 « Que tierra que cria alevos
 « No sin recelo se pisa.
 « Yo aseguré este recelo,
 « Porque á los tres que venian
 « Por vos á lidiar con ellos
 « Guardé con la guarda mía.
 « Siempre los tuve delante,
 « Conociendo bien que había
 « De la parte de los condes
 « Mas traicion que valentía.
 « Llegó el plazo y día asignado
 « En que habian de ser vistas
 « La justicia y la razon
 « Lidiar con la alevosía.
 « Hizose un fuerte palenque
 « Cerrado, y puestos encima
 « Asientos y seis jueces,
 « Y enfrente mi real silla.
 « A todo estuve presente
 « Po que en mi ausencia no digan
 « Que el rostro escondi al efecto
 « En que el honor vuestro iba,
 « Porque no fablen aquellos
 « Que vuestro daño codician
 « Que os falta el rey don Alfonso
 « Como no os faltó en la vida,
 « Aunque por malditos medios
 « Traidores nos revolvián
 « Vuesa lealtad condenando
 « Con envidiosas mentiras:
 « Advertido deste engaño,
 « A maldades conocidas
 « Les cerré el oído á aquellos
 « Que os condenaban en vida.
 « He querido que entendais
 « Que su maldad entendida
 « Hago el honor vuestro mio,
 « Cual lo mostré en la conquista,
 « Que yo propio y á mi lado
 « Meti los tres que venian
 « A defender vuesa causa,

« Que yo llamo propia mía.
 « Puestos por mí en el palenque,
 « Los dos condes á la mira
 « Y Suer Gonzalez su tio
 « Llegaron cual convenia
 « De fuertes armas cubiertos,
 « Con muy grande compañía
 « De parientes y de amigos
 « Y el pueblo que los seguia.
 « Cuando yo vi tanta gente
 « Que en torno á todos seguia,
 « Temí el seguro no fuese
 « El robo de las sabinas.
 « Mandé sentar á los jueces,
 « Y yo tomando mi silla,
 « Sosegado el alboroto
 « Fué de mi esta razon dicha:
 « — Condes, las fijas del Cid,
 « Por vos sin causa otendidas
 « Con la traza mas soez
 « Que se ha visto ni hay escrita,
 « Demandaron la venganza
 « De su afrentosa ignominia
 « Al Cid su padre, que al punto
 « Salíó á ella por sus fijas.
 « Pidió campo á todos tres
 « Para que en él fuese vista
 « Como quedaba su ofensa
 « Con la sangre vuesa limpia.
 « Respondisteis que con él
 « La batalla que os pedia
 « No queriades hacer,
 « Porque yo lo ayudaria,
 « Que enviase á quien quisiese
 « Que sobre la causa misma
 « Con vos fuese batalla
 « Segun fueros de Castilla.
 « Estos tres nobles guerreros
 « El Cid por su parte envia,
 « Que ya en el campo os aguardan,
 « Os retan y desafian.
 « Haced vuestra obligacion,
 « Que es lo que os fuerza y obliga,
 « Que es tiempo que las razones
 « A las armas se remitan. —
 « Quisiéronme dar respuesta,
 « Y de mí no siendo oida,
 « A dar principio al combate
 « Fueron, aunque lo temian.
 « Partióse el campo luego
 « Un rey de armas con insignias
 « Del terrible ministerio
 « Que administrándoos iba.
 « De tres en tres en sus puestos
 « Se pusieron, recogidas
 « Las riendas á los caballos,
 « Las lanzas apercebidas.
 « Contra el conde don Fernando

« Que á la victoria se aplica
 « Martin Antolínez fué
 « Fuego echando por la vista.
 « A don Diego, el otro hermano
 « Que encendió la horrible cisma,
 « Le cupo Pedro Bermudez
 « Para la batalla esquivar :
 « Nuño Bustos de Linzucla
 « Ardiendo en honrosa ira
 « Se opuso con Suer Gonzalez,
 « Autor de la alevosía.
 « Cuando vi tres contra tres
 « En dos hileras distintas,
 « La lid de los Carriacos
 « Se me figura que via.
 « A este punto el ronco son
 « De la trompa les avisa
 « Que den principio á la lid
 « Para el fin que pretendian.
 « Arremetieron á una
 « Todos, la señal oída,
 « Cada cual con el contrario
 « Que enfrente de si tenia.
 « Don Fernando y Antolínez
 « Que igualmente se herian
 « Quebraron juntos las lanzas,
 « Firmes quedan en las sillas,
 « Mas desnudando á Colada,
 « Despues de muchas heridas
 « Que Antolínez le dió al conde
 « Con destreza y valentía,
 « Le dió un golpe en lo mas alto
 « Del yelmo, que las hebillas
 « Faltaron y la cabeza
 « Fué en dos partes dividida.
 « Derríbóle del caballo,
 « Y el suyo dejando, encima
 « Del cuello se puso en pié,
 « Y el acero al pecho afirma.
 « A este punto un gran ruido
 « Se alzó y una vulgar grita
 « Pidiendo no le matase
 « Cumpliendo con que se rinda.
 « Fué poderoso el clamor
 « De aplacar la ardiente ira
 « Del vencedor animoso
 « Para dejallo con vida,
 « Mas puesto sobre él de piés
 « A Pedro Bermudez mira
 « Que traia al conde don Diego
 « Sin valor con que resista.
 « Dióle un golpe con Tizona
 « Despues de tener rompidas
 « Las lanzas, y fué tan fuerte
 « Que hombre y caballo derriba.
 « Pidióle misericordia
 « Pidiendo en merced la vida,
 « Confesando su maldad

« Diciendo que se rendia.
 « No dió oído á sus plegarias,
 « Mas la fiera espada hinca
 « Por el alevoso pecho,
 « Con que dió fin á su vida.
 « El valiente Nuño Bustos
 « Y Suer Gonzalez querian
 « Cada uno de por si
 « La victoria de aquel dia.
 « Duró mucho este combate,
 « Mas la justicia divina
 « Dió victoria á Nuño Bustos
 « Como á quien tenia justicia.
 « Atravesó á su contrario
 « De parte á parte, y fué grima
 « Verle venir del caballo
 « Cayendo la boca arriba.
 « Con esto acabó el combate,
 « Y los vencedores gritan
 « Si habia que hacer mas
 « O mas traidores que rindan.
 « Respondieronles que no,
 « Que la victoria tenian
 « Ganada como valientes
 « Sin haber quien se lo impida.
 « Dos cajas y un pregonero,
 « Puestos á este punto encima
 « Del palenque, resonaron
 « Y la victoria os aplican.
 « El rey de armas con mi guarda
 « A los vencedores guia
 « Adonde los aguardaban
 « Yo y toda mi compañía.
 « Luego dieron los jueces
 « Sentencia definitiva,
 « Que por traidores infames
 « De honor los inhabilitan.
 « Esta sentencia fué al punto
 « Confirmada y queda escrita
 « Para que pueda dar fe,
 « Sin la mia, con seis firmas.
 « Buen Cid, esto es lo que pasa
 « Sin que falte ni se añada,
 « Sin que odio ni amistad
 « Fagan que otra cosa escriba.
 « Ved si no quedais contento
 « Y quereis que se prosiga
 « Contra todo su linage
 « Sin dejar persona viva.
 « Encomendadme á Jimena
 « Y abrazadme á vuesas hijas,
 « Y decidles que de nuevo
 « Su causa tomo por mia. »

LXVIII. — (Sepúlveda.)

De aque-se buen rey Alfonso
 Los del Cid se despedian,

Para volverse á sus tierras,
 Pues ya vencidos tenian
 A los condes de Carrion
 Por el aleve que hacian.
 Llegados son á Valencia
 A do el buen Cid residia :
 Gran placer hubo con ellos,
 Muy gran gozo y alegría,
 Muy mayor cuando dijeron
 Cómo el buen rey dado habia
 Por alevosos los condes
 Y á don Suer que los regia.
 Hincado se habia de hinojos
 Las manos puestas arriba,
 Grandes gracias da á Dios
 Por la venganza que habia
 De los malos yernos suyos
 Y el tio que los regia.
 A doña Jimena Gomez
 Muy alegre le decia :
 — Jimena, ya sois vengada
 De tan grande villanía
 Como hicieron los condes
 A nos y á las nuevas hijas. —
 Cuando sus hijas oyeron
 Lo que tanto oír querian,
 Recibieron gran placer,
 El mayor que ser podia.
 Muy gran loor dan á Dios,
 Gracias grandes le rendian
 Porque vengó su deshonor,
 Y con los brazos corrian
 A abrazar al buen Bermudez
 Y á toda su compañía;
 Besarles quieren las manos
 Del placer que ende habian.
 Muy grandes fiestas hicieron
 Que duraron ocho dias,
 Porque Dios les dió venganza
 De los que el mal cometian.

LXIX. — (Anónimo.)

Erguios, no esteis postrado,
 Que no es justo ni razon
 Que esté ante mí de fnojos
 Quien reyes afnojó.
 Cubrid las canas honradas
 De grande prez y valor,
 Y del mas leal vasallo
 Que tuvo rey ni señor.
 Quedaos á yantar conmigo,
 Que me fareis gran favor,
 Y me tendrán las viandas
 Deste yantar mejor pro.
 Y desque hayamos yantado
 Vos quiero hacer favor
 De contaros de la enmienda

Del tuerto de Carrion;
 Mas quiero hacerlo luego.
 Sabed que le plugo á Dios
 De guardarles sendos reyes
 A Elvira y á doña Sol :
 Seré en las bodas padrino,
 Pues casamentero soy,
 Porque para fijas vuesas
 Los tales padrinos son.
 Alvar Fañiz de Minaya
 Vueso presente nos dió,
 Yo y nusco le recibimos
 Con gran talento y amor.
 Y por primeras mercedes
 Bien dignas de quien vos sois,
 Mando que no haya cadera
 En vuesa comparacion
 Si no fuera cual yo rey
 O dignidad superior. —
 Esto dijo el rey Alfonso
 A ese buen Cid Campeador.

LXX. — (Anónimo.)

Llegó la fama del Cid
 A los confines de Persia
 Cuando andaba por el mundo
 Dando razon de quien era,
 Y como lo oyó el soldan
 Y supo bien la certeza
 De los hechos del buen Cid,
 Un presente le apareja.
 Cargó copia de camellos
 De grana, púrpura y sedas,
 Oro, plata, incienso y mirra,
 Con otras muchas riquezas,
 Y con un pariente suyo
 De los de su casa y mesa
 Le envia al Cid el presente
 Diciendo desta manera :
 — Dirás á Ruy Diaz el Cid
 Que el soldan se le encomienda,
 Que de sus nuevas oír
 Le tengo grande querencia,
 Y por vida de Mahoma
 Y de mi real cabeza
 Que le diera mi corona
 Solo por verle en mi tierra :
 Y que aguese don pequeño
 Reciba de mi grandeza,
 En señal que soy su amigo
 Y lo seré hasta que muera. —
 El moro tomó el camino
 Y en poco llegó á Valencia,
 Pidiendo licencia al Cid
 Para hablarle en su presencia.
 El Cid salió á recibirlo
 Antes de saltar en tierra,

Y cuando lo viera el moro
De verle delante tiembla.
Empezó á darle el recaudo,
Y como á darlo no acierta
De turbado, el Cid le toma
La mano, y así dijera:
— Bien venido seas, el moro,
Bien venido á mi Valencia.
Si tu rey fuera cristiano
Fuera yo á verle á su tierra.—
Con estas y otras razones
A la ciudad ambos llegan,
Adonde los ciudadanos
Ficieron muy grande fiesta.
El Cid le mostró su casa,
A sus hijas y á Jimena,
De que el moro está espantado
Viendo tan grande riqueza.
Estúvose algunos días
El moro holgándose en ella
Hasta que se quiso ir
Y pidió para ir licencia.
En retorno del presente
Que del soldan recibiera,
Otras cosas le envia el Cid,
Las cuales allá no hubiera.
Despedido que fué el moro,
Rodrigo con su Jimena
Se quedó y con sus dos hijas
Dando á Dios gracias inmensas.

LXXI.— (Sepúlveda.)

Muy doliente estaba el Cid,
De trabajos muy cansado,
Cansado de tantas guerras
Como por él han pasado.
Nuevas le fueron venidas
Que le ponen en cuidado
Que el rey Búcar, fuerte moro,
Sobre Valencia ha llegado.
Treinta reyes trae consigo,
Valientes son y esforzados,
Con mucha gente de guerra,
De á pié son y de á caballo.
Echado estaba el buen Cid
Sobre su cama acostado,
Pensando estaba cuidado
En fecho tan afamado,
Suplicando á Dios del cielo
Que siempre esté de su bando,
Y de peligro tan grande
Con honra le saque á salvo.
Cuando el Cid no se cató
Un hombre vido á su lado,
El rostro resplandeciente
Como crespo y relumbrando,
Tan blanco como la nieve

Con olor muy sublimado,
Dijole: — ¿Duermes, Rodrigo?
Recuerda y está velando.—
Dijole el Cid: ¿Quién sois vos
Que así lo habeis preguntado?
— San Pedro llaman á mí,
Príncipe del apostolado:
Vengo á decirte, Rodrigo,
Otro que no estás cuidando,
Y es que dejes este mundo,
Dios al otro te ha llamado
Y á la vida que no ha fin
Do están los santos holgando.
Moriras en treinta días
Desde hoy que esto te fablo.
Dios te quiere mucho, Cid,
Y esta merced te ha otorgado,
Y es que despues de tu muerte
Venras á Búcar en campo.
Tus gentes habrán batalla
Con todos los de su bando,
Y esto será con ayuda
Del apóstol Santiago.
Tú, Rodrigo Campeador,
Faz enmienda á tu pecado,
Porque muerto que tú seas
A la gloria seas llevado,
Que Dios por amor de mí
Ha todo aquesto ordenado,
Porque honraste la mi casa
Do Cardena era nombrado.—
Cuando lo oyera el buen Cid
Gran placer habia tomado,
Saltó luego de la cama,
De rodillas se ha postrado
Para besarle los piés
Al buen apóstol sagrado.
Dijo san Pedro: — Rodrigo,
Aquesto es ya escusado,
Que á mí no podrás llegar,
No te trabajes en vano,
Mas ten por cosa muy cierta
Aquesto que te he contado.—
Esto dicho, el santo apóstol
A los cielos se ha tornado;
Rodrigo quedó contento,
Alegre y muy consolado,
Dando á Dios crecidas gracias
Por lo que le habia otorgado.

LXXII.— (Anónimo.)

En Valencia estaba el Cid
Doliente del mal postrero,
Que agravios en pechos nobles
Pueden mucho mas que el tiempo.
A su cabecera tiene
Religiosos y hombres buenos,

Y en torno de su persona
Sus amigos y sus deudos,
Cuyos semblanzas mirando
De dolor y cuita llenos,
Con tan sesudas razones
Así conhorta su duelo:
— Bien sé, mis buenos amigos,
Que en tan duro apartamiento
No hay causa para alegraros
Y hay mucha para doleros;
Pero mostrad mi enseñanza
Contra los adversos tiempos,
Que vencer á la fortuna
Es mas que vencer mil reinos.
Mortal me parió mi madre,
Y pues puede morir luego,
Lo que el cielo dió de gracia
Non lo pidais de derecho.
No muero en tierras ajenas,
En mis propias tierras muero,
Cuanto mas que siendo tierra
Es propia heredad del muerto.
No siento el verme morir,
Que si esta vida es destierro,
Los que á la muerte guiamos
A nuestra patria volvemos.
Tan solo llevo en el alma
Que en poder de un rey vos dejo,
En quien vos podrá empecer
Ser míos ó ser ya vuestos.
Que trate bien mis soldados,
Pues le defienden sus reinos,
Y crea á piernas quebradas
Mas que á sabios consejeros.
Que traiga siempre en balanza
El castigo con el premio,
Que la lealtad de vasallos
Virtud pone y pone miedo.
Que estime un noble leal
Mas que muchos falaguéños,
Que de muchos homes malos
Non puede hacer un bueno;
Y á quien menester hubiere
Nunca le haga denuestos,
Ni pague servicios propios
Por pareceres ajenos.
Y non fablo de agraviado,
Antes le quedo debiendo,
Que las sinrazones tuyas
Fueron mis merecimientos.—
En esto entrara Jimena,
Cuyo desamparo viendo,
Ellos se enjugan los ojos
Y el Cid dejó el parlamento.

LXXIII.— (Anónimo.)

La que á nadie no perdona,
A reyes ni á ricos homes,

A mi fincado en Valencia
Llegó á mi puerta y llamóme;
Y fallándome dispuesto
A su voluntad conforme
Fago así mi testamento,
Y mi voluntad al poestre.
« Yo Rodrigo de Vivar,
« Llamado por otro nombre
« El bravo Cid Campeador
« De las morismas naciones,
« El alma encomiendo á Dios
« Que en su reino la coloque,
« Y el cuerpo fecho de tierra
« Mando que á su centro torne:
« Y despues que sea finado,
« Con los untos de los botes
« Que me endonó el rey de Persia
« Unten, compongan y adoben;
« Y puesto sobre Babieca
« Tras mi seña y mis pendones,
« Lo enseñedes al rey de Búcar
« Y á todos sus valedores.
« Y mando que á mi Babieca
« Lo sotierren y lo afoden,
« Non coman canes caballo
« Que carnes de canes rompe.
« Y para facerme obsequias
« Se junten mis infanzones,
« Los de mi pan y mi mesa
« Los buenos conqueridores.
« Y á la santa cofradia
« Del rico Lázaro pobre
« Mando el prado de Vivar
« Ende, aqueñde, y su quifone.
« Item, mando que no alquilen
« Plañideras que me floren,
« Bastan las de mi Jimena
« Sin que otras lágrimas compre.
« Y en San Pedro de Cardena
« Junto al santo Pescadore
« Me fabriquen un fosol
« Con su tímulo de bronce.
« Item, mando que al judío,
« Que engañé estando tan pobre,
« Lo que pesare de arena
« Le den de plata otro cofre.
« Y á Gil Diaz tornadizo,
« Que de moro á Dios volviéso,
« Le mando mis femolarias,
« Mis corazas y quijotes.
« El noble rey don Alfonso
« Y el buen obispo don Lope
« Y mi sobrino Alvar Fañez
« Sean mis cabezadores.
« Y lo demas de mi haber
« Se reparta entre los pobres,
« Que son entre el hombre y Dios
« Padrinos y valedores. »

LXXIV. — (Anónimo.)

Las obsequias funerales
Celebra doña Jimena
De Rodrigo de Vivar
En San Pedro de Cardena,
Juntamente con sus hijas,
A quien el cielo hizo reinas,
Satisfaciendo el agravo
No debido á su inocencia.
Pone el cuerpo en una tumba
Mas que su esperanza negra,
Y así llorando le dice
Como si vivo estuviera :
— ¡O amparo de los cristianos!
¡Rayo del cielo en la tierra!
¡Azote de la morisma!
¡De la fe de Dios defensa!
¡No sois aquel que jamas
Os vieron la espalda vuelta
Los distraídos amigos
Que causaron vuestra ausencia?
¿No sois el que desterrado
Por palabras lisonjeras
Allanó para su rey
Mil castillos y fronteras?
¿No sois vos quien sujetó
A la ciudad de Valencia,
Y el que venció en seis batallas
Sin alma mil almas fieras?
¡Ay, amarga soledad,
Cómo al sufrimiento enseñas
A sufrir contra justicia
Tan penosa y triste ausencia! —
No pudo pasar de aquí
La madre de la nobleza,
Que sobre el cuerpo cayó
Desmayada ó casi muerta.

LXXV. — (Sepúlveda.)

Muerto yace ese buen Cid
Que de Vivar se llamaba,
Gil Diaz su buen criado
Cumpliera lo que mandára.
Embalsamára su cuerpo,
Y muy yerto se paraba,
Cara tiene de hermosura
Muy hermosa y colorada,
Los ojos igual abiertos,
Muy apuesta la su barba,
Non parece que está muerto,
Antes vivo semejaba;
Y para que esté derecho
Este ardido Gil Diaz usaba :
Puso el cuerpo en una silla,
Una tabla en las espaldas
Y otra delante del pecho

Y á los lados se juntaban,
Llegaban bajo los brazos
Y el colodrillo tapaban.
Esta era la de atras
Y otra llegaba á la barba,
Teniendo el cuerpo derecho
A ningun cabo inclinaba.
Doce dias son pasados
Despues que el Cid acabára;
Aderezansé las gentes
Para salir á batalla
Con Búcar ese rey moro
Y contra la su canalla.
Cuando fuera media noche
El cuerpo así como estaba
Le ponen sobre Babieca,
Y al caballo lo ataban.
Derecho está y muy igual,
Estar vivo semejaba,
Calzas tiene en las sus piernas
De blanco y negro labradas,
Parecian brasonetas
De las que en vida calzaba;
Vistiéronle vestidura
Que el espunte se mostraba,
Y su escudo puesto al cuello
Con su divisa ondeada,
Capellina en su cabeza
De pergamino pintada,
Parece que era de fierro
Segun está bien labrada.
En la su mano derecha
La Tizona le fué atada
Sutilmente, á maravilla
Iba en la su mano alzada.
De un cabo iba el obispo
Don Gerónimo de fama,
Del otro iba Gil Diaz,
El que á Babieca guiaba.
Salió don Pedro Bermudez
Con seña del Cid alzada
Con cuatrocientos fidalgos
Que con él van en su guarda :
Saliera luego el recuage,
Otros tantos le guardaban,
Saliera el cuerpo del Cid
Con gente muy esforzada.
Ciento son los guardadores
Que el cuerpo honrado llevaban.
Tras él va doña Jimena
Con toda la su compañía,
Con seisientos caballeros
Que para guarda le daban :
Callando van y tan paso
Que veinte no semejaban.
Ya están fuera de Valencia,
Claro el dia se mostraba :
Alvar Fañez fué el primero

LXXVI. — (Anónimo.)

Vencido queda el rey Búcar
Con todos sus allegados
De la campaña del Cid
En el campo valenciano.
Para Castilla caminan,
El buen Cid era finado,
Caballero va en Babieca
Con los suyos á su lado.
No llevaba armas ningunas
Sino sobre sí unos paños :
Los que no saben su muerte
Por vivo lo habian juzgado.
Cada vez que hacen jornada
Quitábanlo del caballo,
Quedaba yerto y derecho
En la silla cabalgado.
La buena Jimena Gomez
Su mensaje habia enviado
A los parientes del Cid
Para que vengan á honrallo,
Y tambien á sus dos yernos,
Que eran reyes coronados.
En tanto que ellos venian,
Alvar Fañez ha hablado
Que pongan el cuerpo muerto
En atahud y tapado,
Y con púrpura le cubran,
Con clavos de oro clavado.
No quiso doña Jimena,
Y así los ha razonado :
— El Cid tiene el rostro hermoso,
Los ojos muy aseados,
Mientras está desta suerte
No hay para que sea mudado,
Que mis yernos folgarán
Y mis hijas en su cabo
De verlo como ahora está,
Que non su cuerpo enterrado. —
Todos hubieron por bien
Lo que Jimena ha ordenado :
Don Sancho y tambien Garcia
Están al Cid aguardando,
Y media legua de Olmedo
Todos se habian juntado.
Ese buen rey de Aragon
Caballeros tiene armados,
Al revés traen los escudos
De los arzones colgados.
Las capas traian negras
Muy grande duelo mostrando,
Las capillas traen tendidas
Segun uso castellano.
Doña Sol y las sus dueñas
Estameña han cobijado :
Gran duelo querian hacer,
Mas su madre lo ha vedado,

Que arremetió con gran saña
Contra el gran poder de moros
Que Búcar trae en su compañía.
Halló delante de sí
Una mora muy gallarda,
Gran maestra en el tirar
Con saetas del aljaba
De los arcos de Turquía,
Estrella era nombrada
Por la destreza que habia
En el herir de la jara.
Ella fuera la primera
Que á caballo cabalgára
Con otras cien compañeras
Muy valientes y esforzadas.
Los del Cid las fieren recio,
Muertas en tierra quedarán.
Visto los habia el rey Búcar
Con los reyes de su banda,
Y quedan maravillados
En ver la gente cristiana.
Setenta mil caballeros
Les pareció que llegaban
Todos blancos como nieve,
Y uno que los asombraba,
Mas crecido que ninguno,
En blanco caballo andaba,
Cruz colorada en el pecho,
En su mano seña blanca,
La espada semeja á fuego
Con que á los moros llagaba;
Gran mortandad face en ellos,
Fuyendo van que no aguardan.
El rey Búcar y sus reyes
El campo desamparaban,
Camino van de la mar
Do los navios estaban.
Los del Cid los van firiendo,
Ninguno habia de escapa,
En la mar se ahogan todos,
Mas de diez mil se anegaban,
Que con la prisa que traen
Todos juntos no se embarcan.
De los reyes mueren veinte,
Búcar huyendo se escapa,
Los del Cid ganan las tiendas
Con mucho oro y mucha plata,
El mas pobre queda rico
De lo que ende ganára.
Caminan para Castilla
Como el buen Cid ordenaba;
Llegados son á San Pedro,
De Cardena se nombraba,
Do quedó el cuerpo del Cid,
El que á España tanto honraba.

Porque así lo mandó el Cid
Y así ha de ser obrado.
El rey y la su muger
Para el Cid habían llegado,
Ambos las manos le besan,
De lo ver se han espantado,
Que no semejaba muerto,
Sino vivo y muy honrado;
Muchos vienen á lo ver
De Castilla ese reinado,
También vino don García,
Rey dese reino navarro,
Consigno trae su muger,
Fija del buen Cid loado.
Las manos besan al Cid
Muchas lágrimas llorando,
Todos van para San Pedro
Porque allí le han enterrado.
Aquese buen rey Alfonso
Que ha sabido lo pasado
De Toledo se partiera
Y á San Pedro había llegado
Saliéronle á recibir
Los al Cid emparentados.
Mucha honra fizo el rey
Al cuerpo del Cid honrado,
Mandó que no se enterrase,
Sino que el cuerpo arreado
Se ponga junto al altar
Y á Tizona en la su mano:
Así estuvo mucho tiempo,
Que fueron mas de diez años.

LXXVII. — (Anónimo.)

En Búrgos nació el valor
Gloria y amparo de España,
Que es costumbre en la cabeza
Poner la insignia mas alta.
Aquel que vitorias suyas
De eterna memoria estampa
En los dos polos su nombre
Y el cielo da gloria al alma:
De quien españoles reyes
Tienen de su sangre tanta,
Que si duermen los despierta
A la guerra y las hazañas;
El que á los hijos de Agar
Destruyeron sus espadas,
Y á siete reyes venció,
Después de muerto, en batalla:
El valeroso y leal
A su señor y á su patria,
Que hizo famosa á Hesperia

Y á las estrellas la ensalza:
A quien prudentes varones
Ponen solo entre las armas,
Y por sus grandes proezas
Príncipe dellas le llaman,
Y moros sus enemigos
Por excelencia llamaban
El invencible Rodrigo
Y señor de la campaña.
Y siendo cuan bueno fué
Tiró la envidia su lanza,
Mas las armas de virtud
El hierro ayo no pasan,
Que como sucede siempre,
Quien mal anda mal acaba,
Y golpes de arma traidora
A su mismo dueño matan.
No puéleron las traiciones
De muchos manchar su fama,
Que con la infamia de aquellos
El cielo se la limpiaba.
En San Pedro de Cardeña
Su cuerpo la tierra ensancha,
Que como lo hizo en vida
Allí tampoco le falta.

LXXVIII. — (Sepúlveda.) (1)

En Sant Pedro de Cardeña
Está el Cid embalsamado,
El vencedor no vencido
De moros ni de cristianos,
Por mando del rey Alfonso
En su escaño está sentado,
Su noble y fuerte persona
De vestidos arreado:
Descubierto tiene el rostro
De gran gravezad dotado,
Su blanca barba crecida
Como de hombre estimado,
La buena espada Tizona
Puesta la tiene á su lado;
No parece que está muerto,
Sino vivo y muy honrado.
Siete años estuvo así,
Como está ya razonado;
Por su alma que es en gloria
Hacen fiesta cada año.
A ver su cuerpo tan bueno
Mucha gente se ha llegado.
Fuera de donde está el Cid
La fiesta se hizo un año,
Su cuerpo quedaba solo,
Ninguno le ha acompañado.

(1) Ni este romance ni el que sigue son de la vida del Cid, pero se colocan como serie de ella porque tratan de la memoria de este héroe.

Estando desta manera
Un judío había llegado:
Cuidando estaba entre sí
Desta suerte razonando:
— Este es el cuerpo del Cid
Por todos tan alabado,
Y dicen que en la su vida
Nadie á su barba ha llegado,
Quiero yo asirle della
Y tomarla en la mi mano,
Que pues aquí yace muerto
Por él no será escusado:
Yo quiero ver qué hará.
Si me pondrá algun espanto. —
Tendió la mano el judío
Para hacer lo que ha pensado,
Y antes que á la barba llegue,
El buen Cid había empuñado
A la su espada Tizona
Y un palmo la había sacado.
El judío que esto vido
Muy gran pavor ha cobrado:
Tendido cayó de espaldas
Amortecido de espanto.
Halláronle allí caido
Los que en la iglesia han entrado,
Agua le echan por el rostro
Para hacerlo acordado,
Y vuelto que fuera en sí
Todos le han preguntado
Qué cosa fuera la causa
De verlo tan mal parado:
El luego les declaró
La causa de lo pasado.
Todos dan gracias á Dios
Por el milagro contado
En se acordar que su siervo
No quiso fuese ensuciado
Por mano de aquel judío
Que tan mal lo había pensado.
Cristiano se volvió luego,
Diego Gil era llamado:
Fincó en servicio de Dios
En San Pedro el ya nombrado,
Y en él acabó sus dias
Como cualquier buen cristiano.

LXXIX. — (Anónimo.)

De Castilla van marchando
A Navarra con su gente
Don Sancho á quien dieron nombre
Por sus hechos de Valiente.
Delante lleva el despojo
Que ganó su brazo fuerte

En las tierras de Castilla
Sin que nadie le impidiese.
Triunfante, rico y contento
Por sus jornadas se vuelve,
Dejando á los castellanos
Despojados de sus bienes.
Por San Pedro de Cardeña
Mandó que el curso enderecen
La escolta y la cabalgada
Para que por allí fuesen.
Como llegase la fama
Al abad que en guardia tiene
El santo cuerpo del Cid,
Aguardó que el rey se acerque.
Aderezóse entre tanto
Como en procesion solemne,
Y con la insignia del Cid
Sale para cuando llegue.
Al son de las roncás cajas
Marchando de siete en siete
Al rey que llevan en medio
Miran ufanos y alegres,
Tremolando las banderas
Junto al rey, que alegrement
En ellas ponía los ojos
Como en su mayor deleite.
Yendo el valiente don Sancho
Marchando con sus ginetes,
Llegó donde el santo abad
Le aguardaba alegrement.
Puso en tierra las rodillas
Diciendo: — Rey, no desprecies
Mi razon, ni á la voz mia
Tu justo oído le cierras.
Bien sabes, valiente rey,
Y cuantos estais presentes,
Que esa presa es de cristianos
Y no es justo que la lleves.
Las guerras que traen contigo
Son causa para ponerte
Siempre la espada en la mano
Por su daño y con sus muertes.
Muy bien pudiera escusarse
La sangre que dellos viertes
Con que volvieras la ospalda
A los moros que nos vencen.
Mira, buen rey, esta insignia
Que es del Cid de quien descienes.
Y póngotela delante
Para que esa presa dejes. —
Conociendo el rey la insignia
Del caballo se descende,
Y en el suelo de rodillas
La saluda desta suerte:
— ¡ O estandarte poderoso

(1) A igual asunto del de Sepúlveda, que dice: « En Navarra es rey don Sancho. »

Porque así lo mandó el Cid
Y así ha de ser obrado.
El rey y la su muger
Para el Cid habían llegado,
Ambos las manos le besan,
De lo ver se han espantado,
Que no semejaba muerto,
Sino vivo y muy honrado;
Muchos vienen á lo ver
De Castilla ese reinado,
También vino don García,
Rey dese reino navarro,
Consigno trae su muger,
Fija del buen Cid loado.
Las manos besan al Cid
Muchas lágrimas llorando,
Todos van para San Pedro
Porque allí le han enterrado.
Aquese buen rey Alfonso
Que ha sabido lo pasado
De Toledo se partiera
Y á San Pedro había llegado
Saliéronle á recibir
Los al Cid emparentados.
Mucha honra fizo el rey
Al cuerpo del Cid honrado,
Mandó que no se enterrase,
Sino que el cuerpo arreado
Se ponga junto al altar
Y á Tizona en la su mano:
Así estuvo mucho tiempo,
Que fueron mas de diez años.

LXXVII. — (Anónimo.)

En Búrgos nació el valor
Gloria y amparo de España,
Que es costumbre en la cabeza
Poner la insignia mas alta.
Aquel que vitorias suyas
De eterna memoria estampa
En los dos polos su nombre
Y el cielo da gloria al alma:
De quien españoles reyes
Tienen de su sangre tanta,
Que si duermen los despierta
A la guerra y las hazañas;
El que á los hijos de Agar
Destruyeron sus espadas,
Y á siete reyes venció,
Después de muerto, en batalla:
El valeroso y leal
A su señor y á su patria,
Que hizo famosa á Hesperia

Y á las estrellas la ensalza:
A quien prudentes varones
Ponen solo entre las armas,
Y por sus grandes proezas
Príncipe dellas le llaman,
Y moros sus enemigos
Por excelencia llamaban
El invencible Rodrigo
Y señor de la campaña.
Y siendo cuan bueno fué
Tiró la envidia su lanza,
Mas las armas de virtud
El hierro ayo no pasan,
Que como sucede siempre,
Quien mal anda mal acaba,
Y golpes de arma traidora
A su mismo dueño matan.
No puéleron las traiciones
De muchos manchar su fama,
Que con la infamia de aquellos
El cielo se la limpiaba.
En San Pedro de Cardeña
Su cuerpo la tierra ensancha,
Que como lo hizo en vida
Allí tampoco le falta.

LXXVIII. — (Sepúlveda.) (1)

En Sant Pedro de Cardeña
Está el Cid embalsamado,
El vencedor no vencido
De moros ni de cristianos,
Por mando del rey Alfonso
En su escaño está sentado,
Su noble y fuerte persona
De vestidos arreado:
Descubierto tiene el rostro
De gran gravezad dotado,
Su blanca barba crecida
Como de hombre estimado,
La buena espada Tizona
Puesta la tiene á su lado;
No parece que está muerto,
Sino vivo y muy honrado.
Siete años estuvo así,
Como está ya razonado;
Por su alma que es en gloria
Hacen fiesta cada año.
A ver su cuerpo tan bueno
Mucha gente se ha llegado.
Fuera de donde está el Cid
La fiesta se hizo un año,
Su cuerpo quedaba solo,
Ninguno le ha acompañado.

(1) Ni este romance ni el que sigue son de la vida del Cid, pero se colocan como serie de ella porque tratan de la memoria de este héroe.

Estando desta manera
Un judío había llegado:
Cuidando estaba entre sí
Desta suerte razonando:
— Este es el cuerpo del Cid
Por todos tan alabado,
Y dicen que en la su vida
Nadie á su barba ha llegado,
Quiero yo asirle della
Y tomarla en la mi mano,
Que pues aquí yace muerto
Por él no será escusado:
Yo quiero ver qué hará.
Si me pondrá algun espanto. —
Tendió la mano el judío
Para hacer lo que ha pensado,
Y antes que á la barba llegue,
El buen Cid había empuñado
A la su espada Tizona
Y un palmo la había sacado.
El judío que esto vido
Muy gran pavor ha cobrado:
Tendido cayó de espaldas
Amortecido de espanto.
Halláronle allí caido
Los que en la iglesia han entrado,
Agua le echan por el rostro
Para hacerlo acordado,
Y vuelto que fuera en sí
Todos le han preguntado
Qué cosa fuera la causa
De verlo tan mal parado:
El luego les declaró
La causa de lo pasado.
Todos dan gracias á Dios
Por el milagro contado
En se acordar que su siervo
No quiso fuese ensuciado
Por mano de aquel judío
Que tan mal lo había pensado.
Cristiano se volvió luego,
Diego Gil era llamado:
Fincó en servicio de Dios
En San Pedro el ya nombrado,
Y en él acabó sus dias
Como cualquier buen cristiano.

LXXIX. — (Anónimo.)

De Castilla van marchando
A Navarra con su gente
Don Sancho á quien dieron nombre
Por sus hechos de Valiente.
Delante lleva el despojo
Que ganó su brazo fuerte

En las tierras de Castilla
Sin que nadie le impidiese.
Triunfante, rico y contento
Por sus jornadas se vuelve,
Dejando á los castellanos
Despojados de sus bienes.
Por San Pedro de Cardeña
Mandó que el curso enderecen
La escolta y la cabalgada
Para que por allí fuesen.
Como llegase la fama
Al abad que en guardia tiene
El santo cuerpo del Cid,
Aguardó que el rey se acerque.
Aderezóse entre tanto
Como en procesion solemne,
Y con la insignia del Cid
Sale para cuando llegue.
Al son de las roncás cajas
Marchando de siete en siete
Al rey que llevan en medio
Miran ufanos y alegres,
Tremolando las banderas
Junto al rey, que alegrement
En ellas ponía los ojos
Como en su mayor deleite.
Yendo el valiente don Sancho
Marchando con sus ginetes,
Llegó donde el santo abad
Le aguardaba alegrement.
Puso en tierra las rodillas
Diciendo: — Rey, no desprecies
Mi razon, ni á la voz mia
Tu justo oido le cierras.
Bien sabes, valiente rey,
Y cuantos estais presentes,
Que esa presa es de cristianos
Y no es justo que la lleves.
Las guerras que traen contigo
Son causa para ponerte
Siempre la espada en la mano
Por su daño y con sus muertes.
Muy bien pudiera escusarse
La sangre que dellos viertes
Con que volvieras la ospalda
A los moros que nos vencen.
Mira, buen rey, esta insignia
Que es del Cid de quien descienes.
Y póngotela delante
Para que esa presa dejes. —
Conociendo el rey la insignia
Del caballo se descende,
Y en el suelo de rodillas
La saluda desta suerte:
— ¡ O estandarte poderoso

(1) A igual asunto del de Sepúlveda, que dice: « En Navarra es rey don Sancho. »

De aquel varon excelente
Que fué muro de Castilla
Y cuchillo de la muerte;
De quien tembló la morisma;
Quien deshizo sus poderes;
Quien venció muerto al rey Dúcar
Y tuvo vasallos reyes;
A quien hablaban los santos
Y le acompañaban siempre,
Y le alcanzaron de Dios
Que vencido no se viese!
A vos y ante vos consagro,
Como á quien tan bien se deben,
Estos despojos de guerra,
Y en vuestro templo se cuelguen —
Y en diciendo estas razones
Mandó que los presos suelten,
Y toda la presa junta
Al bendito abad se entregue
Por amor y reverencia
Del Cid, á quien se la ofrece,
Reconociéndole muerto,
Que nunca su nombre muere.

LXXX. — (Anónimo.) (1)

Por el mes era de mayo
Cuando hace la calor,
Cuando canta la calandria
Y responde el ruiseñor,
Cuando los enamorados
Van á servir al amor,
Sino yo, triste cuitado,
Que vivo en esta prisión,
Que ni sé cuando es de día
Ni cuando las noches son,
Sino por una avejilla
Que me cantaba el albor.
Matóla un ballestero,
¡ Déle Dios mal galardón!
Cabellos de mi cabeza
Llégame al corvejon,
Los cabellos de mi barba
Por manteles tengo yo,
Las uñas de las mis manos
Por cuchillo tajador:
Si lo hacia el buen rey,
Hácelo como señor;
Si lo hace el carcelero,
Hácelo como traidor.
¡ Mas quién agora me diese

Un pájaro hablador,
Siquiera fuese calandria,
O tordico ó ruiseñor,
Crisdo fuese entre damas
Y avezado á la razon,
Que me lleve una embujada
A mi esposa Leonor,
Que me envíe una empanada
No de truchas ni salmon,
Sino de una lima sorda
Y de un pico tajador,
La lima para los bierros
Y el pico para el torreón! —
Oídolo habia el rey,
Mandóle quitar la prisión.

LXXXI. — (Anónimo.) (2)

Ese buen rey don Alfonso
El de la mano horadada,
Después que ganó á Toledo
En el puso su morada,
De do ganó los lugares
De moros que allí quedaban,
Montalban y Talavera,
Oropesa y Mejorada,
Y la villa de Escalona,
A Maqueda y Santa Olalla.
Ganó á Canales y á Illescas,
Madrid y Guadalajara,
Alcalá y Tordelaguna,
A Uceda y á Salamanca.
Ganó á Buitrago y Atienza,
A Sigüenza y á Berlanga,
Y ganó á Medinaceli,
Y ganó toda el Alcarria
De la otra parte del río
Que agora Tajo se llama,
Sin otros muchos lugares
Que allende el río ganára.
Luego en ganando el lugar
De cristianos le poblaba,
Luego le hace su iglesia,
Luego le pone campanas:
Déjalos fortalecidos
Y á Toledo se tornára.
Elegido ha un arzobispo,
Don Bernardo se llamaba,
Hombre de muy santa vida,
De letras y buena fama,
Y de que lo hubo elegido

(1) Este romance verdaderamente popular no habla del Cid, pero pertenece á la serie de su historia, porque trata de la muerte de don Garcia despojado y aprisionado por don Sancho, y al cual don Alonso VI no quiso dar libertad para aprovecharse de la usurpacion empezada

por aquel. Este asunto le trata muy mal Sepúlveda en un romance que dice: «En el castillo de Luna.»

(2) Tampoco es del Cid, pero pertenece á la historia de su tiempo.

Por nombre le intitulaba
Arzobispo de Toledo,
Primado de las Españas:
Todo cuanto el rey le diera
Se lo confirmára el papa.
Desque ya tuvo el buen rey
Esta tierra sosegada,
A la reina su muger
En gobernacion la daba.
Fuése á visitar su reino,
Fué á Galicia y su comarca.
Después de partido el rey,
La reina doña Costanza
Viendó su marido ausente
Pensamientos le aquejaban,
No de regalos de cuerpo,
Mas de salvacion del alma.
Estando así pensativa
El arzobispo llegára,
En llegando el arzobispo
Desta manera le habla:
— Don Bernardo, ¿qué faremos,
Que la conciencia me agrava
De ver mezquita de moros
La que fué iglesia santa,
Donde la reina del cielo
Solía ser bien honrada?
¿Qué modo, dice, ternemos
Que torne á ser consagrada,
Que el rey no quiebre la fe
Que á los moros tiene dada? —
Cuando esto oyó el arzobispo
De rodillas se hincaba:
Alzó los ojos al cielo,
Las manos puestas hablaba:
— Gracias doy á Jegeristo
Y á su Madre Virgen santa,
Que salis, reina, al camino
De lo que yo deseaba.
Quitémosela á los moros
Antes hoy que no mañana,
No dejéis el bien eterno
Por la temporal palabra.
Ya que el rey se ensañe tanto
Que venga á tomar venganza,
Perdamos, reina, los cuerpos,
Pues que se ganan las almas. —
Luego aquella misma noche

Dentro en la mezquita entraba;
Limpiando los falsos ritos
A Dios la redificaba,
Diciendo misa este día
El arzobispo cantada.
Cuando los moros lo vieron
Quejas al rey le enviaban;
Mas el rey cuando lo supo
Gravemente se ensañaba:
A la reina y al perlado
Malamente amenazaba;
Sin esperar mas consejo
A Toledo caminaba.
Los moros que lo supieron
Luego consejo tomaban;
Sálenlo á recibir
Hasta Olias y Cabañas,
Llegados delante el rey
De rodillas se hincaban:
— Mercedes, buen rey, mercedes, —
Dicen, las manos cruzadas;
Mas el rey que así los vido
Uno á uno levantaba:
— Calledes, buenos amigos,
Que este hecho me tocaba,
Quien á vos ha hecho tuerto
A mi quebró la palabra;
Mas yo haré tal castigo
Que aina habreis la venganza. —
Los moros cuando esto oyeron
En altas voces clamaban:
— Merced, buen señor, merced,
La vuestra merced nos valga:
Si tomáis venganza desto
A nos costará bien cara,
Quien matare hoy á la reina
Arrepentirse ha mañana.
La mezquita ya es iglesia,
No nos puede ser tornada,
Perdonedes á la reina
Y á los que nos la quitaran,
Que nosotros desde agora
Os alzamos la palabra. —
El buen rey cuando esto oyera
Gravemente se holgára,
Dándole gracias por ello
Perdido ha toda la saña.

